

**EL HOMBRE
DE CINCUENTA AÑOS.**



Tab. 8

Núm.

0-1
154



EL HOMBRE DE CINCUENTA AÑOS.

Novela escrita en frances

POR

M. CHARLES DE BERNARD,

Y TRADUCIDA AL CASTELLANO

Sign.^o Top.^o

Est. 75

Tab. 8

Núm. 568

por D. P. W. B.

BIBLIOTECA
DEL
INSTITUTO PROVINCIAL



B. P. de Soria



61110868

D-1 1154

D-1
1154

DEPARTAMENTO DE AGRICULTURA

SECRETARIA DE AGRICULTURA

Boletín de noticias agrícolas

1917

DEPARTAMENTO DE AGRICULTURA

SECRETARIA DE AGRICULTURA

Por D. J. G. G.



1917-1918

IMPRESA DE LA OFICINA NACIONAL DE ESTADÍSTICA

EL HOMBRE

DE CINCUENTA AÑOS.

CAPITULO I.

HAY ciertos sitios en los barrios elegantes de Paris que traen á la memoria la plataforma en que la hermana Ana se ponía en acecho en el castillo de Barba-azul. En los dias hermosos, á la hora en que las señoras de tono salen de casa á pasearse, á recorrer las tiendas ó hacer visitas, no puede un observador atravesar los parages de que hablamos sin notar en ellos un gran número de personajes del sexo masculino, por lo regular jóvenes, muchas veces de buena figura, y siempre tan escrupulosos en su traje como un enamorado de comedia. Segun el genio inquieto ó calmoso que les ha dado la naturaleza, estos sujetos interesantes permanecen inmóviles como estatuas ó recorren con paso irregular un limitado espacio como hace un soldado delante de su garita. Entre estos centinelas voluntarios hay algunos que acaban su tiempo de facion sin haber visto ó sentido otra cosa que la yerba que verdea ó el sol que abrasa, y estos por lo regular se vuelven á sus casas con aire melancólico; pero otros mas afortunados recogen al fin el fruto de su paciencia y ven suceder á las ansiedades de la espectacion los encantos de aquel instante que suele llamar-se el buen cuarto de hora.

En esta última clase debe colocarse á un jóven de muy buen aspecto que á mediados del mes de marzo, hace algunos años, habia tomado posicion, por no decir que habia echado raices, á la entrada del jardin de las Tullerías enfrente de la calle de Castiglione. De dos á cuatro de la tarde, en la época en que el sol de la primavera acaricia con sus tibios rayos las nacientes yermas de

los tilos y los castaños de Indias, aquel sitio ofrece á los curiosos un punto de observacion casi tan favorable como el anfiteatro de la ópera durante la noche. Con efecto, el paseo de los Fuldenses disputa al bosque de Bolonia el privilegio de llamar á sí una multitud de mugeres jóvenes que vienen á exponer á las vivificadoras influencias de un ambiente fresco y puro, sus mejillas pálidas y sus ojos fatigados por las vigiliass del invierno. Asi, pues, seria difícil enumerar los trages de todas formas y colores que á la hora privilegiada invaden el jardin de las Tullerías. Los elegantes de á pie son los que mas concurren de los cuatro puntos cardinales de París, pues aquel terreno parece que sea su propiedad segun se pavonean en él magestuosamente; allí no reconocen superioridad alguna, ni aun la de los salpicadores ginetes de *jockey-club*, á quienes en otro punto no se atreverian á disputar el paso, porque la importancia que uno se da á sí mismo varia segun los lugares, y el mismo que se inclina en el primer piso habla acaso con la cabeza ergüida en el segundo. En los Campos Elíseos el jinete que trota á la inglesa por medio de la calzada eclipsa desde su caballo, aunque sea de alquiler, al modesto paseante pedestre que vá por la calle de árboles inmediata; pero en las Tullerías desaparecen todas esas distinciones; las puertas que se abren á los perros que van atados con su cordon y llevados por las señoras, están irrevocablemente cerradas para los caballos, y cada paseante oprime el suelo del jardin tan solo con su peso personal. En la arena del paseo de los Fuldenses todas las botas son iguales, ora lleven espuelas, ora carezcan de ellas.

El joven cuya significativa inmovilidad hemos anunciado, parecia completamente aislado en medio de la multitud que atraía al paseo la seduccion de un dia hermosísimo. En vano paraban á la puerta del jardin los carruajes mas brillantes, en vano pasaban rozando con él las mugeres mas hermosas, nada conseguia distraer su atencion del punto en que se habia fijado. Apoyado contra la verja á pocos pasos de la garita que tiene el número 33, miraba invariablemente hácia la calle de la Paz, y si por un instante se separaban sus ojos de aquella direccion era para mirar el reloj, cuyas manecillas le parecian, como á todo el que espera, inconcebiblemente perezosas. Al cabo de media hora, poco mas ó menos, se animó su rostro que ya empezaba á mostrar mal hu-

mor, en el momento en que un landó pintado de pardo y tirado por dos caballos tordos apareció por el lado de la columna de Vendôme. A pesar de la distancia, el jóven reconoció al punto el carruaje, y le vió dirigirse al jardín con una sonrisa de satisfaccion muy expresiva; dejóle venir hasta la calle de Rivoli sin cambiar de postura, mas luego que llegó á este punto empezó á pasearse muy despacio á lo largo del terrado, obedeciendo, segun toda probabilidad á un consejo de la prudencia, que no siempre escuchan los enamorados.

Paró el landó á la puerta, y bajaron de él tres personajes. Era el primero un hombre como de treinta años de edad, muy espetado y de fisonomia muy grave, que aparentaba la edad proveyta con tanto cuidado y estudio como otros mas viejos emplean para figurar la juventud. Vestido de negro de pies á cabeza, rodeado el cuello con una gran corbata blanca, afeitado cuidadosamente todo el rostro, y cubiertos los ojos con unas gafas azules cuyos vidrios azulaban las mejillas, presentaba una muestra perfecta de la importante clase de los que en el día por gusto, por oficio ó por ambicion se dedican á los penosos trabajos de gabinete. Abogado ó periodista, magistrado ú hombre dedicado á las ciencias, el tal sugeto, cualquiera que fuese su verdadero estado, llevaba la frente tan erguida, hablaba con un tono tan decisivo, dirigia de cuando en cuando por encima de los anteojos una mirada tan penetrante, en una palabra, parecia que estaba tan seguro de su superioridad, que para no participar de la misma conviccion el que le veia por primera vez necesitaba estar dotado de cierta dosis de escepticismo.

El segundo personaje que salió del landó era mucho mas viejo que el primero. Se conocia que veinte años antes debió tener excelente figura, y si las canas de su cabeza anunciaban alguna decadencia, conservaba á lo menos aquellas ventajas que suele respetar la edad cuando ha destruido todas las demas. Su continente era noble y sus facciones sumamente distinguidas; en vano se hubiera buscado en su persona ni en su traje ninguno de aquellos inútiles artificios que suelen emplear los viejos contumaces para hacer al público partícipe de la ilusion que ellos se forman, pues todo en él era sencillo con elegancia, sério sin afectacion. Es verdad que la expresion de su fisonomia habitualmente melancólica podia dar motivo á creer que no se habia despedido sin pena

de los placeres de la juventud, pero aquella misma gravedad tenia en si cierto atractivo, y era dificil observarle durante algun tiempo sin experimentar aquella sensacion triste pero á la par agradable que produce la pálida serenidad de una hermosa tarde de otoño.

En vez de imitar á su compañero, que sin esperar á nada entró en el jardín, el mas anciano luego que echó pie á tierra se volvió para dar la mano á otra tercera persona cuyo solo aspecto justificaba la larga centinela que acababa de hacer el primero de los actores de esta narracion. Era una de esas mugeres todavia jóvenes, parisienses por excelencia, que á sus gracias reales y efectivas unen todas las gracias convencionales que la educacion moderna forma y desenvuelve á costa de otras cualidades menos brillantes pero mas sólidas; diamantes falsos algunas veces, pero tan bien montados que para descubrir sus defectos se necesita un valor brutal de que pocos hombres son capaces. Aquella criatura seductora, rubia con los ojos pardos y la tez sonrosada, llevaba un vestido de seda de color de malva, y encima de él una manteleta de terciopelo negro, guardanevada con una finísima piel blanca; un sombrero de terciopelo tambien negro y un manguito de armiño completaban un traje que estaba en perfecta armonia con la temperatura del dia, que participaba de la primavera por el sol, pero por el frío correspondia aun al invierno.

Al bajar del landó tomó el brazo que le ofrecia el hombre de mas edad, y con paso ligero subió los escalones que conducen al paseo de los Fuldenses. Apenas estuvo dentro de la verja dirigió hácia la derecha, pero sin volver la cabeza, una rápida mirada que fue á fijarse con una milagrosa exactitud en el jóven elegante que se habia parado á cierta distancia. Sin duda él esperaba aquella mirada porque correspondió con otra en extremo expresiva; al momento se encendió ligeramente el rostro de la hermosa rubia que llevó la mano derecha al peinado como para colocar bien los rizos debajo del sombrero, aunque no se habian salido, y en el mismo instante el hombre que la acompañaba la apretó el brazo por una crispacion acaso involuntaria, y dió un fuerte golpe en el suelo con su baston de puño de oro.

—¿Qué tiene Vd.? le preguntó la señora como admirada.

—Se lo diré á Vd. cuando su marido se haya separado de nosotros, respondió él arrugando el entrecejo.

—Y ¿por qué no delante de él, Mr. de Morsy? Yo no tengo ningún secreto para Mr. Gastoul.

—Me alegraré que así sea, señora, replicó Mr. de Morsy con un tono de tristeza que dulcificaba la severidad de sus palabras.

El hombre de los anteojos continuaba marchando delante, con la cabeza baja y las manos detras de la espalda, á la manera de Napoleon. Con la distraccion real ó afectada del hombre que revuelve en su cabeza el destino de las naciones y no presta atencion alguna á los objetos vulgares, atravesó la calle principal contentándose con hacer una inclinacion de cabeza á las personas de ambos sexos con quienes tropezaba al pasar; detúvose luego junto á los castaños de Indias y allí esperó á sus dos compañeros que de comun acuerdo interrumpieron su conversacion antes de llegar á él.

—Aquí me separo de Vds., dijo cuando se reunieron á él; marqués, confío mi esposa á la caballerosa galanteria de Vd. y le doy mis plenes poderes.

—¿Estás decidido á ir á la cámara? preguntó la señora, dirigiendo por encima del hombro de su marido una mirada al paseo contiguo á la calle de Rivoli.

—No puedo menos de ir, querida mia, respondió Mr. Gastoul con una familiaridad verdaderamente conyugal, la sesion de hoy es de mucho interés, se discute la reduccion de las rentas y como es una cuestion que yo he estudiado bastante, es menester que vea cómo la tratan nuestros representantes. Ademas, debe hablar Mr. Barrot y deseo estar allí para complimentarle.

—Y ¿está Vd. cierto de que habrá motivo para ello? preguntó el marqués con tono burlon.

—¿Qué se figura Vd. que soy yo? exclamó el de los anteojos. ¿Cree Vd. que no conozco los deberes que me impone mi calidad de candidato? No tengo gana de quedar mal en Limoges por no llevar un pasaporte firmado por el ilustre gefe de la oposicion.

—Pues yo creía que ese era ya asunto terminado.

—¿Acaso se puede terminar nada con esas gentes? Hace ocho dias que me estan enviando de Herodes á Pilatos; tengo preparada mi circular á los electores, no falta en ella mas que la indispensable apostilla, y en el momento en que yo la juzgaba ya puesta se me presenta un rival.

—¿Un rival?

—Si señor. Despues de haber reunido casi todos los

votos de la junta directiva, me veo hoy en concurrencia con un sugeto cuyo único mérito consiste en ser hijo de un convencional y poseer un millon de francos en bienes nacionales.

—Pues me parece que esos son títulos suficientes, dijo el marqués con una gravedad afectada.

—Títulos! interrumpió bruscamente Mr. Gastoul. ¿Quiére Vd. saber cuáles son los verdaderos títulos de mi adversario para obtener la proteccion de los que me le oponen? Pues son el ser un necio, un burro de yesero, una cera blanda de la cual harán lo que quieran, cuando en mi saben que no encontrarian igual sumision y docilidad. He cometido la imprudencia de dejarles medir mi altura, y sin vanidad, parece que tengo algunas pulgadas mas de la talla que á ellos les acomoda. Les parezco demasiado independiente para ser liberal, y á los ojos de ciertas personas esa es una falta imperdonable. Acaso su prevision no carece de fundamento; que me dejen llegar á donde quiero.....

En vez de terminar su frase, el candidato de diputado lanzó al aire por encima de los anteojos una de aquellas miradas que él creia irresistibles, y añadió como burlándose:

—Pero hasta tanto que haya llegado, es preciso que vaya á desempeñar mi papel de palmoteador parlamentario. Bajarse para subir es el primer artículo del catecismo de los hombres políticos.

— *Omnia serviliter pro dominatione*, dijo Mr. de Morsy sonriéndose.

—¡Siempre Tácito! Pues á la verdad no sienta bien eso en un noble de diez y seis cuarteles. Pero la sesion ha de haberse empezado y voy á llegar á la mitad de la discusion. Hasta luego.

Mr. Gastoul saludó con la mano á la pareja de quien se despedia y se dirigió rápidamente hácia la cámara de los diputados. El marqués y la señora que le habian confiado le miraron un instante mientras se alejaba, y en seguida empezaron á pasear dando algunos pasos sin decir una palabra. Mad. Gastoul fue la primera que al fin se decidió á romper un silencio que sin duda era incómodo para entrambos.

—Me alegro de estar sola un momento con Vd. le dijo con una sonrisa forzada; hace algunos dias que tengo ganas de reñirle y la ocasion es demasiado buena para que la deje escapar.

—En tal caso, respondió Mr. de Morsy, regáñeme Vd. sin perder tiempo, porque no estaremos mucho solos.

—Si teme Vd. que entre esta multitud se encuentre alguna señora amiga mía, podemos irnos por otra calle.

—Hay un encuentro que no evitaremos á cualquiera parte que vayamos.

—Y ¿qué encuentro es ese? preguntó la jóven afectando sorpresa.

—El de la persona á quien al entrar en el jardin ha permitido Vd. que venga á saludarla.

Encendiéronse las mejillas de Mad. Gastoul y titubeó un momento antes de responder, mas al fin lo hizo preguntando en tono sério:

—¿He permitido yo á alguien que venga á saludarme?

—Mucho daria yo por haberme engañado, replicó el hombre de cincuenta años ahogando un suspiro.

—Yo! ; Pues si no he hablado á nadie!

—Hay otros lenguajes que el de la palabra.

—¿El lenguaje de las flores? ¿Estaremos acaso en Persia? A la verdad estoy tentada por creerlo porque me habla Vd. de una historia maravillosa.

A estas palabras, pronunciadas con una alegría fingida, solo contestó el marqués con una mirada penetrante que hizo bajar los ojos á su compañera.

—La aprecio á Vd. lo bastante para atreverme á desagradarla, dijo en seguida, y la verdad, que nadie se atreveria á decir á Vd. la oirá de mi boca, aunque me esponga á grangearme su ódio.

Mr. de Morsy se detuvo un momento como si hubiera esperado una interrupcion, mas viendo que la joven guardaba silencio, y que apenas parecia que le escuchaba, continuó con voz un poco alterada:

—¿Es posible que Vd. con un talento tan perspicaz y tan burlon á veces, no haya podido todavia arrancar la máscara con que se cubre la presuntuosa é incurable vanidad de Mr. de Epenoy?

—¿Mr. de Epenoy? ; Al fin lo dijo Vd.! exclamó riéndose Mad. Gastoul.

—Por Dios, señora, dijo el marqués, por consideracion á mi profundo afecto, y sobre todo por el respeto que Vd. se debe á sí misma, no me desmienta Vd. porque me veria precisado á no creer sus palabras, y á su franqueza de Vd. le costaria trabajo el pronunciarlas. Para mí es evidente que despues de haberse Vd. reido ó afectado

tado reirse de los obsequios de Mr. de Epenoy, hoy los considera y los admira como una cosa seria.

—Lo que no puedo tomar seriamente es su lenguaje de Vd. Sin duda Vd. se ha propuesto enfadarme, pero no lo conseguirá porque cabalmente hoy me siento con una paciencia como un ángel.

—Pues esa confianza me anima para proseguir, y puesto que me permite que lo diga todo, diré que la conducta de Vd. con respecto á la persona de quien hablamos ha sido burlona al principio, tolerante despues y propia para animar de algunos dias á esta parte.

—¡Propia para animar, Sr. marqués! exclamó la señora con un acento que daba el mas formal mentis á la virtud que acababa de atribuirse.

—Si conociese otras palabras mas oportunas para designar lo que acaba de pasar, puede Vd. creer que las hubiera empleado.

—Pero ¿qué es lo que ha sucedido? Dígamelo Vd. por Dios, pues me está mortificando con sus alusiones misteriosas. Explíquese Vd. ¿Qué es lo que ha pasado?

—Nada que no se vea aqui todos los dias, respondió el marqués correspondiendo con una sonrisa amarga á la mirada irritada é inquieta que le dirigia su interlocutora. Usted quiere venir á las Tullerías; nada mas natural en un dia tan hermoso. Mr. de Epenoy se encuentra á la entrada del jardin en el momento en que Vd. llega; ¿qué cosa mas comun que un encuentro como ese? Al verle lleva Vd. la mano á los rizos; ¿qué hay de particular en ese movimiento? Y si Mr. de Epenoy dando á esta acción maquinal un sentido convenido de antemano, hubiese leído en ella la autorizacion de venir á hablar á Vd.; si estuviese ya seguro de que su marido de Vd. está en la cámara de los diputados; si tranquilo sobre este punto viniese en este momento detras de nosotros acomodando su paso al nuestro; si, en fin, cuando demos la vuelta nos encontrásemos de repente cara á cara con él y se acercase á saludar á Vd. dándose el parabien por la feliz casualidad que le ha conducido á este sitio ¿no seria preciso ser demasiado malicioso, ridiculo é injusto para interpretar mal esa reunion de circunstancias fortuitas, y ver un efecto de combinacion en lo que solo es obra de la casualidad?

Las mugeres jóvenes y bonitas quieren á sus Mentores todavia un poco menos que los jóvenes mientras estudian, es decir, los detestan. Al oír el comentario

irónico, cuya conclusion presentaba como una cita positiva un encuentro tan inocente en la apariencia, Madame Gastoul no pudo menos de maldecir la sagacidad del hombre que le daba el brazo. En aquel momento, cosa rara, echó de menos à su marido, que por efecto de los anteojos azules, ó acaso del mismo matrimonio, no veia tan claramente, y jamas se habia asociado à las crueles observaciones del marqués; sin embargo, en lugar de manifestar su despecho, dirigió à este sus hermosos ojos, en que la prudencia contenia la cólera, y con una voz cuyo acento dulcificaba en parte el tonillo de enfado que en ella se notaba, le dijo:

— ¡Qué cruel es Vd. conmigo cuando yo le creia mi amigo! ¡Tratarme con esa dureza! Quien oyera à Vd. creeria que yo era una muger odiosa, y entretanto ¿qué es lo que he hecho? ¿Es culpa mia que Mr. de Epenoy se esté paseando hoy en las Tullerías? Y ante todas cosas ¿quién asegura que esté aqui?

— ¡Señora, no diga Vd. eso! exclamó el marqués interrumpiéndola.

— Pues bien, supongamos que tiene Vd. razon; ¿puedo yo impedirle que venga à este paseo?

— No, señora; pero cuando venga à saludar à Vd. puede impedirle que prolongue mucho la conversacion, y eso es lo que suplico à Vd. que haga en nombre del respeto que se debe Vd. tener à si misma.

En esto habian llegado al extremo del paseo, y Madame Gastoul volviéndose con un movimiento violento que manifestaba la irritacion que producian en ella las amonestaciones de su nuevo tutor, le dijo:

— Sin duda la intencion de Vd. es excelente, pero no veo la necesidad ni la oportunidad de los consejos que tiene la bondad de darme, porque persisto en creer que Mr. de Epenoy no estará aqui, ó que si está y nos encuentra se contentará con saludarme.

— En este instante lo vamos à ver, replicó el marqués, porque ahí le tiene Vd. que viene hácia nosotros.

No necesitaba Mad. Gastoul esta advertencia para haber divisado entre la multitud al feliz mortal cuyos obsequios suponian que acogia demasiado bien. Mr. de Epenoy, realizando con una rigurosa puntualidad las predicciones del marqués venia hácia ellos poco à poco y sin manifestar ningun objeto determinado. El modo indiferente con que paseaba por una y otra parte sus miradas, anunciaba mas bien un curioso que un enamo-

rado, y se hallaba ya muy de cerca de ellos, y aun parecía que iba á pasar adelante sin haber visto á la joven cuando de pronto fijó los ojos en ella, sin que fuese posible descubrir en aquel movimiento la menor premeditación. Sus facciones lejos de manifestar la turbación que es inseparable, según dicen, de la pasión verdadera, no espresaron otra cosa que una sorpresa agradable; quitóse el sombrero apresuradamente y se acercó á Mad. Gastoul con una franqueza que excluía la ceremonia, pero no el respeto.

— ¡Qué feliz casualidad, señora! dijo sonriéndose con gracia.

De todos los modos posibles de entrar en conversación, este era el menos á propósito en aquella circunstancia, porque esta vulgaridad, irónicamente prevista por el marqués, estaba de antemano completamente ridiculizada. Incomodada por la torpeza del elegante joven que trataba de agradarla, Mad. Gastoul no le dió otra respuesta que una mirada descontenta, mientras Mr. de Morsy se reía á carcajadas hasta con afectación. Mr. de Epenoy miró á entrambos un poco descontento, pero en vez de desconcertarse como hubiera hecho un campeon menos aguerrido, dirigió al marqués un saludo familiar, é inclinándose de nuevo hácia la joven, añadió:

— Si doy gracias á la casualidad es porque además del placer que siempre se tiene en ver á Vd. me saca en este momento de una inquietud mortal en que estaba. Ayer noche en casa de..... se puso Vd. algo mala; la multitud que había no me dejó llegar hasta Vd., y cuando supe que se había marchado temí que estuviese enferma de cuidado.

— Poco me ha faltado para estarlo, de resultas de ese tonto acontecimiento, respondió ella con una alegría afectada; no puedo ver los desmayos, porque sé que hay muchas almas caritativas que no creen en ellos. Sin embargo, puedo asegurar á Vd. que en el mío no tuvo parte ninguna intención de hacerme interesante, y que su única causa fue el calor excesivo de la sala en que me hallaba.

Mientras la joven hablaba, Mr. de Epenoy se había colocado á su lado, como para invitarla á que continuase un paseo en el que parecía decidido á acompañarla. Mr. de Morsy observó aquella maniobra, pero en vez de favorecerla poniéndose en marcha, se apoyó con fuerza en su bastón y permaneció mas inmóvil que un navio

anclado. Fuese reserva, prudencia ó timidez, Mad. Gastoul no creyó que debía tomar la iniciativa que solicitaba la pantomima de su adorador, y Mr. de Epenoy, furioso contra el marqués, cuya hostil penetracion habia maldecido mas de una vez, y poco menos irritado que contra él contra el objeto de su llama, que lejos de favorecerle parecia que deseaba que se alejase, tomó la resolucion de no dejarse manejar como un chiquillo; y tomando posicion en el terreno, con una sonrisa en los labios, trató de anudar la conversacion.

—En tal caso, señora, dijo, espero que la indisposicion de Vd. no será de consecuencia, y no la impedirá que vaya esta noche al baile de Mad. Davesne.

—He bailado demasiado de algun tiempo à esta parte, respondió Mad. Gastoul, y mi médico me ha prohibido que baile por ahora; pero como el paso repentino del baile todas las noches à un reposo absoluto seria demasiado violento, me ha concedido como por via de transicion el teatro. Tengo permiso para estar fuera de mi casa hasta las once, pero no mas; en esa parte el doctor es inexorable.

—¿Con que esta noche irá Vd. al teatro? preguntó el jóven bajando la voz.

—Probablemente, porque todavia no he visto *Chatterton*.

A estas palabras, pronunciadas con el tono de la mas perfecta indiferencia, acompañó una mirada rápida, en que el hombre menos inteligente no hubiera podido menos de leer este complemento esencial: «Ahora que ya sabe donde podrá verme esta noche, váyase Vd.»

Mr. de Epenoy no trató de eludir una orden tan clara y que nada tenía de desesperante, y despidiéndose de Mad. Gastoul se alejó, saludando al hombre de cincuenta años con aquel aire burlon con que en los dias felices suelen los enamorados mofarse de los importunos, los curiosos, los impertinentes, los envidiosos y todos los demas insectos dañinos que abundan en el terreno de la galanteria.

Habiéndose separado Mr. de Epenoy, Mad. Gastoul y el marqués continuaron su paseo y anduvieron un corto rato sin decir nada. Esta vez parecia que la joven estaba decidida à no ser la primera que rompiese el silencio, y atribuyéndolo Mr. de Morsy à la especie de meditacion en que queda uno al separarse de un objeto amado, esta suposicion aumentó su mal humor y le obli-

gó á hablar despues de hacer un penoso esfuerzo para sonreirse.

—Espero, señora, dijo, que no me negará Vd. el favor que acaba de conceder á Mr. de Epenoy, y que me permitirá como á él que vaya esta noche á verla en su palco en el teatro frances.

—Se va Vd. enmendando, exclamó Mad. Gastoul con un despecho que no trató de ocultar siquiera; hace poco, solo me acusaba de haber permitido á Mr. de Epenoy que viniese á hablarme, ahora parece que quiere Vd. convencerme de que si voy al teatro es por verle allí. De aqui en adelante no me atreveré á despegar los labios ni á hacer un solo gesto, porque si los rizos se descomponen y llevo á ellos la mano, es una seña que hago; si en la conversacion pronuncio una palabra insignificante, es una cita que doy. Permítame Vd. que le diga, Mr. de Morsy, que eso es exagerar un poco el espíritu de interpretacion. A la verdad es lástima que no haya Vd. nacido en España en el tiempo de los autos de fé, pues con ese talento milagroso que Vd. tiene para trasformar en delitos las acciones mas inocentes, no hay duda que hubiera hecho un admirable inquisidor.

—Señora, respondió el marqués sin manifestarse ofendido, cuando me determiné á hablar á Vd. con franqueza me resigné á la desgracia de disgustarla, y no dejaré de continuar mi tarea, aunque sea á costa de aumentar su descontento. La amistad que la profeso me impone el deber de ilustrar su inexperiencia, que es la única que le oculta los peligros de su posicion. Si Vd. no fuese tan joven, no necesitaria mis consejos, pero ya que la edad los justifica tenga Vd. la bondad de no desecharlos. Repito que la indulgencia con que Vd. admite los obsequios de Mr. de Epenoy es mas que imprudente y llega á ser peligrosa.

—El peligro de que Vd. habla no puede existir sino tratándose de mugeres sin virtud, dijo Mad. Gastoul con tono altivo.

—Señora, no se trata de la virtud sino de la reputacion. Yo no necesito que se me recuerde el respeto con que debo mirar y miro á Vd.; pero quisiera que ese mismo respeto le tuviesen todos cuantos la conocen, y tiemblo al pensar que la menor apariencia equívoca puede perjudicarla mucho. Bien sabe Vd. que las gentes se ocupan mas de la forma que del fondo de las cosas, y que si son indulgentes con el vicio, son inexorables

con la imprevisión ; la inocencia les importa muy poco, porque á sus ojos la consideracion lo es todo.

—Y ¿quiere Vd. darme á entender que la mia está comprometida?

—¿No es bastante que se halle espuesta á estarlo?

—¿Por qué concurriendo á las mismas sociedades que Mr. de Epenoy le encuentro algunas veces en las casas á que concurrimos?

—Porque encontrando á Mr. de Epenoy, no algunas veces sino todas las noches hace tres meses, le ha dejado Vd. tomar insensiblemente una de esas posiciones, cuya completa inocencia no se cree jamás en el mundo.

—No me hable Vd. de ese mundo odioso.

—Muchas veces lo es; pero justo ó injusto es nuestro juez, y sus fallos no tienen apelacion; un hombre todavia puede aventurarse á arrostrarlos, pero una muger no tiene mas remedio que someterse á ellos.

Mad. Gastoul reconoció sin duda la verdad de esta máxima, porque bajó la cabeza y no respondió una palabra.

—Acaso se me han escapado algunas expresiones demasiado duras, continuó Mr. de Morsy con voz conmovida; y tal vez, segura Vd. de sí misma, gradúa de injuriosos mis temores; si así fuese, recuerde Vd. que una amistad como la mia merece alguna indulgencia, y perdóneme.

La jóven levantó la cabeza, y encontrando los ojos del marqués fijos en ella con una expresion de ternura que no suele encontrarse en la simple amistad, no pudo menos de asomar á sus labios una equívoca sonrisa.

—Le perdonaré á Vd. dijo, pero con dos condiciones; la primera, que no me mortifique mas con respecto á Mr. de Epenoy, cuya amabilidad no me parece de ningun modo peligrosa, ni justifica en nada esos temores; la segunda.....

—¿Cuál es la segunda? preguntó Mr. de Morsy mirándola con atencion.

—La segunda, respondió Mad. Gastoul con un tono decidido que contrastaba notablemente con su anterior timidez, es que me permita Vd. que pase toda la primavera en Paris, como pensé hacer desde que vine.

—¿Y con qué objeto se lo habia yo de impedir á Vd. ni qué medios tendria para conseguirlo? dijo el marqués con mas ceño aun que el que hasta entonces habia tenido,

—¿Con qué objeto? Me parece que no puede Vd. hacer seriamente esa pregunta despues de lo que acaba de decirme. ¿Por qué medio? Usando ó mas bien abusando del ascendiente que Vd. tiene con Mr. Gastoul, para persuadirle que traslade á Limoges el cuartel general de sus operaciones electorales.

—¿Ha hablado á Vd. de eso su marido?

—Si señor, y me alegro de que conozca Vd. que Mr. Gastoul tiene alguna confianza en mí.

—Pues bien, exclamó el marqués despechado; aunque sea cierto que yo le haya dicho que haria bien en volver por dos ó tres meses al pais en que tiene sus propiedades y en que desea ser elegido diputado, ¿no le habré dado un consejo excelente? El diputado á quien espera reemplazar está desahuciado por los médicos, y aunque su muerte no sea segura, su dimision por lo menos lo es; de un momento á otro, puede llegar á la cámara y puesto que su marido de Vd. desea recoger la sucesion, preciso es que se halle donde pueda hacerlo, para lo cual, en mi opinion, estaria mucho mejor en Limoges que en Paris. Podré engañarme, pero mi intencion es buena y no esperaba verme en la necesidad de justificarla.

CAPITULO II.

Por una de aquellas sutiles maniobras que las mugeres acostumbran emplear y casi siempre con buen éxito, la discusion habia cambiado de aspecto. Mr. de Morsy, que habia sido agresor en el principio, se veia reducido á la defensiva, y lo hacia bastante mal, como sucede ordinariamente á los hombres que atacan siempre mejor que resisten. Mad. Gastoul conoció al momento la ventaja que habia conseguido y no trató de perderla.

—Y ¿á quién persuadirá Vd. preguntó al marqués, que toma un verdadero interés en la eleccion de Monsieur Gastoul? Todos sabemos bien la indiferencia que Vd. profesa en materias de política. ¿Qué le importa á Vd. que el lado derecho ó el lado izquierdo tenga un diputado mas ó menos? No es, pues, á Mr. Gastoul á quien envia Vd. á Limoges por interés de su eleccion, sino á mí á quien quiere alejar de Paris; pero ¿por interés de quién? Permitame Vd. que se lo pregunte.

—Por el bien de Vd., por su propia reputacion; respondió el marqués con afecto.

—Y ¿á título de qué se ocupa Vd. tanto de mi repu-

tacion? replicó la jóven, cada vez mas animada. Cuando un marido, un padre, hasta un hermano, vigilan y dirigen la conducta de una muger, yo reconozco su indisputable derecho; pero Vd. no tiene ninguno, y su cuidado no es otra cosa que una usurpacion á la cual estoy poco dispuesta á someterme.

—Pues qué ¿negará Vd. á la amistad su mas precioso privilegio?

—¡La amistad! Con esa palabra se piensa responder á todo, pero ante todas cosas seria preciso estar de acuerdo sobre la inteligencia de esa palabra. La amistad, tal como yo la concibo, es benévola, servicial, discreta; y no desconfiada, gruñidora, intolerante, disputadora, en una palabra, como la de Vd. El amor puede creerse con derecho á ser á veces áspero, celoso, injusto, pero la amistad nunca.

Madame Gastoul apoyó estas palabras con una mirada tan penetrante que Mr. de Morsy, con una timidez muy poco comun á su edad, se sustrajo á ella separando la vista.

—Tiene Vd. razon, dijo al fin con voz algo alterada; no nos entendemos porque á sus ojos de Vd. la amistad no es mas que una costumbre, y yo conozco que puede ser una pasion.

—Peor para ella, exclamó Mad. Gastoul con viveza. En convertirse la amistad en pasion tiene mucho que perder y nada que ganar: por eso yo le aconsejaria que no saliese nunca de la moderacion y de la calma que le convienen. Pero nos vamos metiendo en una disertacion que nos aleja de nuestro objeto, y yo ruego á Vd. que volvamos á él. El hecho, despojado de todos los adornos románticos con que su imaginacion de Vd. quiere engalanarle, es el siguiente. Una pobre joven como yo, educada en un convento y confinada desde que se casó entre las montañas del Limosino, se ha enamorado de Paris á quien antes no conocia, á pesar de haber nacido en él. ¿Qué tiene eso de raro? Nada, porque es la historia de todas las educandas. ¡Seis meses de libertad en Paris! ¡Qué hermoso sueño! ¿Y no tengo razon para querer soñar todo el tiempo que me sea posible? Yo creo que si, y aunque Vd. se escandalice le diré que estoy decidida á no perdonar á mi marido ni un solo dia; los seis meses que me ha prometido son mis vacaciones, y quiero disfrutar de ellas hasta la última hora. Y ¿qué mal hago yo en eso? ¿Es un crimen el ser á los veinte y

dos años aficionada al baile, á la música, al teatro, á la sociedad, en una palabra, á los placeres? ¿Es tan gran pecado el de andar picando aqui y allí como la abeja para llevar algunos recuerdos agradables á mi pobre colmena, donde tan raras son las distracciones? Mr. Gastoul conoce muy bien todo esto, y es el primero que me esta diciendo siempre que me divierta. ¿De dónde nace que Vd. censura lo que él aprueba?

—De que un amigo ve siempre mejor que un marido.

—No, señor; eso nace de que Vd. es tan malo como bueno él. Es necesario tener un carácter perverso para disputar de ese modo un poco de aire y sol á una cautiva, porque bien sabe Vd. que nuestra casa de campo es una verdadera prision. Vamos Mr. de Morsy, añadió dando á su voz la inflexion mas cariñosa. ¿Quiere Vd. ser amable? ¿Quiere Vd. que yo crea en su amistad y que corresponda á ella con la mia?

—¿Y qué he de hacer para eso? preguntó el marqués con una visible ansiedad.

—Desde luego reirse conmigo en lugar de tener siempre ese aire de tutor, contestó Mad. Gastoul, sonriéndose ella con una gracia seductora; despues compadecerse de las debilidades de una pobre muger amiga de bailar, y que se desesperaria de retirarse antes que se acabase el baile. ¿No sabe Vd. que acabo de comprarme tres vestidos de baile hermosisimos, y con los cuales no me parece que estoy mal? Ya vé Vd. que guardarlos para Limoges seria un sacrilegio, y que seria una terrible crueldad de parte de Vd. el contrariarme. Con que quedamos convenidos; Vd. no aconsejará á Mr. Gastoul que se vuelva á Limoges, y si él le habla de ese odioso proyecto, Vd. usará de todo su ascendiente para disuadirle, lo cual le será fácil porque oye con suma confianza sus consejos. Con que ¿hará Vd. lo que le digo? ¿Me lo promete Vd.?

Para resistir á la seducción de la mirada, del acenoto y de la sonrisa que acompañaron á esta pregunta, se necesitaba una insensibilidad que no cabia en el alma del marqués; sin embargo, lejos de rendirse meneó la cabeza haciendo una señal negativa.

—Su lenguaje de Vd., dijo con tono triste, confirma todos mis temores. Paris tiene atractivos sin duda, pero hay otro interés mas vivo que la hace á Vd. desear permanecer aqui, y no lo niegue Vd. porque estoy bien seguro de ello. Si su marido de Vd. es ciego, no me toca

à mi abrirle los ojos, pero tampoco quiero contribuir à engañarle.

Desde el principio de esta conversacion habia recurrido varias veces Mad. Gastoul à la paciencia y à la prudencia, dos virtudes gemelas tan necesarias para las mugeres dispuestas à tomar un camino atravesado. Para acomodar al ruego su voz acostumbrada al mando, para prodigar sus mas graciosas zalamerias à un hombre que se tomaba un derecho de censura, siempre incómodo aun cuando sea legitimo, pero intolerable cuando es usurpado, habia tenido que domar, haciendo un gran esfuerzo, el fuego natural de su carácter, é imponer silencio à su orgullo. Ya un poco cansada de hacer aquel papel, quedó completamente disgustada de él cuando oyó la severa declaracion del marqués, y tanto mas irritada, cuanto que, en cierto modo, acababa de humillarse, sintió una violenta tentacion de vengarse por alguna frase amarga de la inutilidad de sus dulces expresiones. Ya brillaba un rayo de alegria en sus ojos, y la contraccion sardónica de sus labios presagiaba una de aquellas terribles respuestas que nunca faltan à las mugeres cuando se las apura mucho, pero con un heróico esfuerzo comprimió Mad. Gastoul la explosion que iba à estallar, y dominando la expresion de su rostro hasta el punto de darle la impasibilidad de un busto de mármol, le dijo:

—Tengo que hacer unas visitas; ¿quiere Vd. llevarme à mi carruaje?

Los consejos del marqués habian sido demasiado mal recibidos, para que creyese oportuno prolongar una conversacion que no desesperaba de volver à entablar con mejor éxito en otra ocasion; inclinó, pues, la cabeza en señal de obediencia, y se dirigió inmediatamente hácia la entrada del jardin. En el camino ni uno ni otro pronunciaron una sola palabra, y al llegar al landó Mad. Gastoul dejó el brazo del marqués y se lanzó al estribo del carruaje con la precipitacion de un niño de escuela que despues de haber probado la palmeta consigue escaparse del poder de su pedagogo. Este movimiento hizo aparecer una triste sonrisa en los labios del marqués, que antes de dejar cerrar la puertecilla alargó la cabeza à lo interior y preguntó en voz baja à Mad. Gastoul:

—¿Con que Vd. me detesta?

—¿Por qué no hace Vd. lo que yo quiero? respondió ella en tono de incomodada.

—¿Lo que Vd. quiere! Y ¿lo sabe Vd. misma?

—Lo que sé muy bien por lo menos es que no puedo sufrir que me contraríen, y supuesto que Vd. dice que es amigo mio, me parece que debería mostrarse mas complaciente conmigo, porque aun cuando le pareciese à Vd. un poco caprichosa, un poco atolondrada..... no seria esa una razon para.....

Mad. Gastoul tartamudeaba à cada palabra, como si algun accidente inesperado hubiese venido à cortar el hilo de sus ideas, y el marqués observó que aunque le dirigia la palabra no le miraba: volvió de pronto la cabeza y al instante vió à Mr. de Epenoy que acababa de colocarse en su antigua posicion junto à la verja. Al ver aquel objeto odioso para él se despidió de la joven con una frase glacial, y entró precipitadamente en el jardin.

Mr. de Epenoy, lejos de esconderse de él, le salió al encuentro con la sonrisa en los labios y le dijo en tono sumamente natural:

—Andaba buscando à Vd. porque tengo un recado que darle, y cuando le encontré antes se me olvidó completamente.

—¿Un recado para mí? preguntó el marqués procurando aparentar serenidad.

—De mi madre que desea ver à Vd. lo mas pronto que sea posible. Sin duda será alguna negociacion matrimonial que tendrá entre manos y para la cual necesitarà la concurrencia de Vd., porque ya Vd. sabe que un año con otro mi madre hace su docena de casamientos. Es la Providencia de las viudas inconsolables y de las solteras que se van pasando, y cuando no ha dispuesto una conferencia, presidido à la compra de unas vistas, ó discutido los preliminares de un contrato, le parece como à Tito, que ha perdido un dia. Quería escribir à Vd. pero como sabe que tengo el gusto de verle casi todos los dias, me ha encargado de la comision; si Vd. quiere ir hoy, es seguro que la encuentra en casa.

—Iré; respondió Mr. de Morsy con aire distraido.

Durante este tiempo iba alejándose el carruaje de Mad. Gastoul, y cuando desapareció del todo, Mr. de Epenoy que hasta aquel momento le habia seguido con la vista, lo mismo que su interlocutor, volvió à tomar la palabra pero con un tono como de rechifla.

—¿Sabe Vd. marqués, le dijo, que hace un rato que tenia muchos envidiosos? Mas de uno conozco, y yo soy el primero, que envidiaba el puesto de Vd., pero si he de

juzgar por el gesto con que me habló, hubiera sido muy mal recibido el que hubiera tratado de disputársele. Oh! No es esta una reconvenccion, no; yo conozco por mí mismo que si tuviese la insigne honra de ser el caballero de tan hermosa dama como Mad. Gastoul, los adoradores de su belleza no alabarian demasiado mi cortesia; pero por desgracia no me veré nunca en semejante prueba; tanta gloria no es para mí.

Fuese indiscrecion de amante ó alabanza de necio, Mr. de Epenoy hablaba de las conquistas á que tenia que renunciar en público, como hombre que está ámpliamente recompensado con sus victorias misteriosas. Bajo la aparente humildad de su lenguaje se dejaba traslucir una ironia triunfante que decia al marqués: «A Vd. viejo que ha pasado ya de la edad de agradar, aunque le dure la locura de enamorarse, le toca el derecho de dar oficialmente el brazo á mugeres cuyo padre y aun abuelo pudiera ser; á mí, joven, seguro de agradar cuando me digno querer á una muger, me corresponde el derecho de besar en secreto las hermosas manos de que Vd. no toca sino el guante; á Vd. personage respectable, la confianza de los maridos, porque sus canas les dicen ya que no es peligroso; á mí, muchacho y elegante, su desconfianza y sus celos, porque el fuego de mis ojos les dá á conocer que tienen delante un temible enemigo; á Vd. vigilante incómodo pero impotente, los pesares, el pedantismo, y el mal humor de tutor; á mí, hábil é intrépido enamorado, el arte de adormecer á los Argos y cerrar la boca al Cerbero; á Vd. dragon, la guardia del vellocino de oro; á mí, Jason su conquista.

La bravata de Epenoy aumentó la irritacion del marqués, y acaso hubiera respondido con una cólera poco digna de la madurez de su edad, si no se lo hubiese impedido un personage que se colocó sin ceremonia entre los dos interlocutores, y este personage era Monsieur Gastoul.

—¿Y mi muger? preguntó como admirado.

—Mad. Gastoul, respondió Mr. de Morsy, tenia que hacer algunas visitas, y acabo de dejarla en su coche. ¿Y cómo no se ha quedado Vd. en la cámara hasta el fin de la sesion?

—No he podido menos de hartarme. Frases y mas frases y siempre frases, sin idea ninguna, sin lógica, sin raciocinio. ¡Ola Mr. de Epenoy! Felices dias; ¿lo pasa Vd. bien?

—Perfectamente; ¿y Vd.? respondió el joven que no había esperado la pregunta para saludar con toda la afabilidad imaginable al marido de la hermosa á quien obsequiaba.

—Figúrese Vd. que no conocen ó desfiguran los principios mas sencillos de la materia de que se trata; continuó el candidato, murmurando sin escrúpulo de sus futuros cólegas. ¡Y á eso llaman discutir un negocio! Además, marqués, no he podido ver á aquel hombre que me han dicho que estaba en palacio, y por consiguiente todo está aun en el aire.

—Señores, Vds. tendrán que hablar de negocios, dijo Epenoy, y yo no quiero incomodarles.

—Ah! exclamó Mr. Gastoul cogiéndole por el brazo en el momento en que iba á separarse; bien sabía yo que tenia algo que decir á Vd. Si no tiene Vd. otra cosa que hacer, vaya esta noche al teatro francés y hablaremos; mi muger ha tomado un palco y no faltará una silla para Vd. Palco bajo número 2.

A este golpe de marido Mr. de Morsy cruzó las manos y levantó los ojos hácia el cielo.

—Con mucho gusto, contestó Mr. de Epenoy, y saludándolos se retiró riéndose entre dientes.

—¿Qué tiene Vd.? preguntó Mr. Gastoul al marqués. ¿Está Vd. malo? se ha puesto Vd. muy descolorido.

Mr. de Morsy estaba pálido, en efecto, pero era de cólera. Descontento ya de Mad. Gastoul, é irritado contra el jóven Epenoy, la necedad característica que acababa de cometer la ceguedad conyugal del hombre de los anteojos, había acabado de llenar la medida de su cólera. Poco faltó para que á ejemplo de Luis XIV arrojase el baston por temor de hacer uso de él; accion que de un soltero á un marido hubiera sido tan digna de censura como de un rey á un caballero. Resistió el marqués á la tentacion pero conoció que se habia agotado su paciencia, y no queriendo esponerse á nuevas pruebas dijo á Mr. Gastoul.

—No es nada; á Dios, á Dios; yo tambien tengo que hacer visitas.

—Diciendo así salió del jardin, sin escuchar las reclamaciones de Mr. Gastoul, á quien dejó un poco sorprendido aquella marcha precipitada.

CAPITULO III.

Madame de Epenoy, á cuya casa estaba citado el marqués de Morsy, era su contemporánea aunque tenia algunos años mas que él. Contra lo que ordinariamente sucede, habia tomado su partido de envejecer con mas resignacion aun que el marqués mismo, y tambien por una escepcion rara no se creia obligada á expiar con las austeras minuciosidades de una vida devota los placeres de una juventud que, segun decian las gentes poco caritativas, habia brillado en tiempo del consulado de una manera algo profana. Las prácticas religiosas, único interes que suelen conservar en su vejez tantas existencias femeninas, no ocupaban en la suya sino un lugar bastante reducido, y parecia que las practicaba mas bien por decoro que por conviccion; no se la veia en la iglesia sino los domingos, no pertenecia á ninguna cofradia, y era desconocido el nombre de su confesor; así es, que á los ojos de las personas que la trataban pasaba por una incrédula, temeridad que no suele ser útil á las mugeres de cerca de sesenta años, pero que en este caso particular encontraba una indulgencia casi universal, y tan poco comun, que no será inútil explicar las causas de ella.

Si Mad. de Epenoy miraba con alguna tibieza las cosas de la vida futura, en cambio empleaba un gusto ardiente é infatigable en el manejo de los intereses mundanos. Si hubiese sido hombre se hubiera entregado á la politica, y como Mr. Gastoul hubiese intrigado para ser diputado y acaso ministro; siendo muger ejercitaba la actividad de su talento en una esfera no tan brillante pero no menos animada. Desde que acabó la juventud y con ella la hermosura, viendo que se le habia cerrado la carrera de la coqueteria, aceptó filosóficamente aquel retiro forzado, y trató de establecerse de una manera nueva y propia de su edad. Sin hablar del cuidado de unos bienes bastante considerables que administraba con una rigurosa economia, cuya causa se verá bien pronto, tenia siempre entre manos un número de negocios tan considerable como el que se trata en el estudio de un procurador acreditado. Como pertenecia al antiguo régimen por su padre que habia muerto en la emigracion, y al nuevo por su marido que habia caido de un balazo en Montmirail, tenia amigos en ambos cam-

pos y á todos los recibia con una admirable imparcialidad. Exenta de preocupaciones é independiente por carácter, se inclinaba mas hácia las opiniones liberales que hácia las creencias retrógradas, pero su deseo de con- temporizar mantenia dentro de justos límites esta propension á marchar al mismo paso que el siglo, porque sabia muy bien que á los viejos no les está mal un poco de retardo y aun de resistencia, y que no estando ya ágiles para ir en las guerrillas su lugar propio es en la retaguardia. Despues de que en su juventud habia encontrado medios para ser coqueta con aprobacion y privilegio de la sociedad en que vivia, no era muger que quisiese reñir con ella veinte años despues por pueriles disidencias; así es que vestia de una manera conveniente el atrevimiento un poco viril de sus ideas y segun la costumbre de las personas sagaces, hacia que dejasen pasar el fondo á favor de la forma. Gracias á esta mesurada conducta, Mad. de Epenoy, que vivia en la calle de Grenelle-Saint-Germain, habia logrado adquirir en la sociedad poco tolerante que frecuentaba una posicion excepcional de que dificilmente se hubiera encontrado un segundo ejemplo.

Pero la ciencia del mundo que en cualquiera circunstancia desplegaba Mad. de Epenoy, no era la única que habia establecido la consideracion y aun pudiera decirse el ascendiente de que gozaba en un gran número de casas, sino que otra causa mas eficaz, porque estaba fundada en el interés personal, la aseguraba en todas partes una amistosa acogida y afirmaba en gran manera su crédito, y esa causa era el provecho casi seguro que se sacaba de su trato y amistad. Su antiguo deseo de agradar se habia transformado en vez de acabarse, y el afecto que no podia ya conquistar con la belleza trataba de adquirirle por la benevolencia. Consagrada enteramente á sus amigos gustaba de servir aun á los que le eran indiferentes, y al hacer un favor á cualquiera, obedecia menos á la inclinacion natural de un carácter oficioso, que al estímulo de un genio activo que no la permitia estar ociosa; por esta doble razon su benevolencia era infatigable, y no se recurria á ella jamás en vano.

Mad. de Epenoy se hallaba en una posicion excelente para satisfacer su inclinacion, porque habiendo brillado en el consulado y el imperio, é introducida en la alta sociedad de la restauracion, conservaba re-

laciones con muchos hombres influyentes de ambas épocas, y como hemos dicho ya, por su nacimiento y su matrimonio tenia un pie en el antiguo régimen y otro en el nuevo. Su crédito se ejercia con igual asiduidad en uno y otro terreno, y el que la habia visto por la mañana en la antesala de un ministro yendo á solicitar una gracia para un protegido suyo, partidario acérrimo del gobierno de julio, podia encontrarla por la noche en una casa del barrio de San German, sosteniendo la causa de un refugiado español carlista ó de un prisionero de la Vendée. Legitimista, constitucional, republicano, eran iguales ante su patronato que, á imitacion del sol, no hacia diferencia de personas y brillaba para todo el mundo.

De lo que acaba de leerse es fácil deducir que Madame de Epenoy poseia una numerosa clientela, y aun cuando el generoso oficio que se complacia en desempeñar no hubiese ténido mas que un solo ramo, que á lá verdad era el principal de todos, su actividad hubiera encontrado en él superabundantemente en que ocuparse. Este ramo, cubierto á veces de hojas verdes, pero casi siempre de amarillentas, era aquel de que habló con bastante poca reverencia Mr. de Epenoy en su conversacion con el marqués de Morsy.

Como la mayor parte de las mugeres que han cumplido su mision conociendo el amor y la maternidad, Mad. de Epenoy sentía una sincera compasion respecto á las criaturas á quienes una injusta suerte parece que ha condenado á no gozar nunca de las dulzuras de uno ni otra. ¡El celibato, de que los hombres suelen á veces sacar bastante buen partido, le parecia para su sexo un estado normal, afflictivo y casi ridiculo; y como un sentimiento estéril no convenia á la viveza de su temperamento, al ver el mal procuraba aplicar inmediatamente el remedio. Las viudas dispuestas á pasar á segundas nupcias encontraban en ella estímulo y auxilio; interesábase con calor por las solteras sin bienes ó atractivos, y que por esta falta eran dificiles de casar, y sobre todo empleaba sus buenos oficios para reverdecer conyugalmente á las señoritas que se iban quedando ya para tias. La posicion de esta última clase la conmovia muy particularmente y sus derechos á la proteccion le parecian tanto mas incontestables cuanto que se hallaban fundados en la antigüedad. «Las colegialas, decia, tienen todavia un porvenir, y las viu-

das un pasado , y en rigor pueden esperar , porque con la esperanza y el recuerdo su posicion es soportable, pero ¿qué paciencia se ha de aconsejar á una solterona vieja que para resignarse á su situacion presente no tiene ni el consuelo de la memoria ni las ilusiones de la esperanza.?"

Conforme á esta justa distincion Mad. de Epenoy dividia á sus protegidas en tres categorias, y aunque á todas las servia con celo , se ocupaba muy principalmente de aquella clase en que el fastidio del celibato, combinado con la madurez de la edad, constituia lo que ella llamaba chanceándose un caso urgente. Segun ella esta urgencia empezaba á apuntar á los veinte y cinco años , á los treinta se hacia imperiosa , y á los treinta y cinco , tomando á los legistas una frase de su lenguaje , habia peligro en la dilacion ; en fin , á los cuarenta la señorita sin casar, pasaba al estado de alma del purgatorio. Cuando á fuerza de pasos y de negociaciones conseguia Mad. de Epenoy sacar del triste estado en que vejetaba á un individuo de esta última subdivision, experimentaba una sensacion de orgullo igual á la que debió sentir Luis XIV al ver colocado á su nieto en el trono de España ; y orgullo mucho mas justo todavia , pues que de un príncipe á una corona hay menos distancia que de una soltera de cuarenta años á un ramillete de azahar.

Por lo que ya se sabe del carácter de Mad. de Epenoy es inútil decir que arreglaba su conducta con respecto al sexo masculino á las combinaciones de himeneo que la ocupaban sin cesar. Hacia poco caso de los hombres casados porque estando prohibida la bigamia no podia sacar partido de ellos ; y solo volyian á adquirir algun valor á sus ojos cuando siendo padres de familia tenian bajo su autoridad alguno ó algunos jóvenes en edad de contraer matrimonio. Mas no sucedia asi con los solteros ; cualquiera que fuese su edad, adolescentes acabados de salir del colegio , ó barbones ya reacios, con tal que la fortuna no les hubiese tratado demasiado como madrastra , los consideraba como de su pertenencia tan legitimamente como la liebre pertenece al cazador , ó el buque de una nacion enemiga al que le apresó provisto de su patente de corso.

El modo con que Mad. de Epenoy cazaba maridos participaba algo del magnetismo , pues á su rededor se esparcian no se qué vapores ó efluvios conyugales que

acababan por invadir el cerebro de los célibes mas refractarios. Nadie atravesaba impunemente aquella atmósfera; al principio no se percibia el riesgo, pero poco á poco, y á medida que aquella muger sagaz atraía á un hombre á su intimidad, se hallaba este impelido por una especie de corriente eléctrica no menos irresistible que la de la montaña de iman del cuento de las *Mil y una noches*, y sentía desvanecerse y desmoronarse pieza á pieza sus mas firmes resoluciones de vivir y morir soltero. Si alguno escapaba de este peligro no por eso se encontraba libre, pues estimulada por la resistencia Mad. de Epenoy redoblabá su ataque con mas fuerza. Hasta entonces habia procedido indirectamente y por insinuacion mas bien que por un ataque directo; pero entonces, segun su expresion enérgica, rompía francamente el fuego, y ¡qué fuego tan terrible! Fuego de solteras y de viudas, fuego de morenas y de rubias, fuego de menores y de mayores de edad, porque de todo habia en sus almacenes, hasta herederas de grandes bienes. ¿Cómo era posible salir sano y salvo de tan espantosa metralla?

Merced á su conocimiento del corazon humano, á su talento ingenioso, á su perseverancia infatigable; en una palabra á unos talentos superiores que hubieran honrado á un diplomático de primer orden, Mad. de Epenoy triunfaba casi siempre en el caritativo ministerio que habia adoptado, y aun de tiempo en tiempo obtenia resultados que la dejaban admirada á ella misma y que casi calificaba de fabulosos. ¡Véase cuán legítimos eran en realidad sus derechos al titulo de Providencia de las muchachas sin casar que por reirse le habia dado su hijo! No pasaba un dia sin que tratase de merecerle mas y mas, y recompensada por la satisfaccion un poco orgullosa que suele producir el triunfo, y alguna vez por la gratitud de las que le debian su colocacion, recogia ademas otro fruto que por sí solo le hubiera parecido un beneficio suficiente, á saber, que empleaba el tiempo; problema cuya resolucion es cada vez mas dificil al paso que se acerca la vejez, y sobre todo á las mugeres amables que, habiendo pasado todo el verano de su vida en cantar, se encuentran como la cigarra sin provisiones cuando viene el frio del invierno.

Los amigos de Mad. de Epenoy suponian que les era

tan imposible representársela sin el preciso acompañamiento de una cliente para casar, como le sería á un artista pintar á Júpiter sin barba ó á Cupido sin alas; y esta asercion un poco satírica á la verdad, se hallaba plenamente justificada en el momento en que ha empezado esta narracion, por un coloquio confidencial que se verificaba en la calle de Grenelle-Saint-Germain, entre Mad. de Epenoy en persona y otra muger que sin duda alguna se hallaba en la lista de las protegidas.

El sitio en que se verificaba esta conferencia era una salita bastante baja de techo, cubierta de papel azulado con cenefas aterciopeladas, que no llamaba la atencion ni por lo nuevo ni por lo elegante. Los muebles que habia en la pieza parecia que estuviesen amontonados en ella; el reloj y los candeleros eran demasiado grandes para la chimenea, los cuadros tocaban en el techo y un sofá inutilizaba una puerta; ¡tan grande era para la exigüidad del local! Estos muebles habian pertenecido evidentemente á otro aposento mayor, y sin duda, una misma razon de economia habia reducido el uno y conservado los otros, pero por mas mezquina y añeja que pareciese aquella habitacion, tenia sus concurrentes y sobre todo sus *concurrentas*, cuya asiduidad no era inferior á la que mostraban los cortesanos del Ojo de Buey en la córte de los antiguos reyes de Francia. Esto no necesita comentarios sabiéndose ya que al lado de aquella reducida chimenea, sobre las flores de aquella alfombra descolorida, y detras de aquel biombo misterioso, se hallaba establecida una de las mas interesantes industrias de la vida humana, una fábrica de matrimonios.

Mad. de Epenoy estaba sentada en un sillón, con los pies cerca de la chimenea, y el codo apoyado en una mesita en que se veian mezclados un periódico, una caja de tabaco, unos anteojos, y otra caja con pasta de azulejas, guardado todo por un gato que dormia. La viveza de sus miradas, la regularidad de sus facciones, y la gracia que aun conservaba su sonrisa, daban testimonio de su pasada hermosura, al paso que su cabeza canosa y la sencillez de su trage manifestaban con cuanta resignacion no afectada habia aceptado su papel de vieja.

Enfrente de Mad. de Epenoy se hallaba sentada en el borde mismo de un sitial y en la posicion mas vertical posible, otro ser en el cual era preciso reconocer

tambien una muger, en vista del chal, el vestido y demas atributos femeniles que componian su trage, pero que hubiera podido muy bien vestirse de hombre sin que nadie hubiera llegado á sospechar el fraude. Aquella criatura huesuda y mal formada tenia unas facciones toscas que parecian aun mas feas por el gesto de mal humor que dominaba en su rostro; y su tez que era bastante rojiza en su estado ordinario se inflamaba cuando sentia alguna emocion, en cuyo caso su prolongada cara parecia de cobre rojo. El fuste de la columna no recompensaba las faltas del capitel, pero al revés de la estatua del sueño de Nabucodonosor que con la cabeza de oro y el pecho de plata pecaba por la base, aquel desagradable conjunto terminaba en unos pies bastante lindos: por eso los murmuradores decian que de toda la persona de la señorita Alfonsina de Bois-sier lo primero que se veia eran los pies, pues tanto de pie como sentada sabia maniobrar con tal destreza que atraia hácia ellos las miradas de los hombres. Acabaremos este retrato con una observacion que nos parece indispensable, á saber, que al original le faltaban solo algunos años para ocupar un lugar entre las almas del Purgatorio.

Con el objeto de evitar esta catástrofe trabajaba hacia algun tiempo con ahínco Mad. de Epenoy, y aunque sus esfuerzos no habian tenido hasta entónces un éxito feliz perseveraba en ellos con una constancia admirable. Cuantas mas dificultades presentaba el establecimiento de su protegida, mas á pechos tomaba el conseguirla, porque en este caso el amor propio habia venido á unir su aguijón al estímulo de la beneficencia, y habiéndose murmurado algo del ningun fruto de sus primeros pasos, consideraba ya como un punto de honra cerrar la boca con una victoria á los murmuradores. En una palabra, el casamiento de la señorita de Bois-sier habia llegado á ser la idea fija de Mad. de Epenoy á quien sucedia muchas veces que hablando con las personas de su confianza de cosas que nada tenian que ver con esto, se le escapaba decir: «Todo eso es muy bueno, pero no nos hará encontrar un marido para mi pobre Alfonsina.» Y con las personas con cuya discrecion podia contar terminaba siempre la conversacion con esta frase no menos inevitable que el *delenda Carthago* de Caton: «Ayúdeme Vd. á casar á esa pobre Alfonsina.»

A pesar de todos estos esfuerzos hechos en favor suyo, la señorita de Boissier no habia encontrado todavía el generoso mortal que habia de elevarla al rango de esposa, y acaso pudiera atribuirse al fastidio de tan larga espectacion el mal humor que ordinariamente manifestaba su rostro, que en el momento de que tratamos presentaba un caracter de abatimiento ó mas bien de consternacion.

Reinaba el silencio hacia un rato en la sala de Madame de Epenoy, la cual se entretenia en tocar el piano sobre la caja de tabaco, y mirar furtivamente à la señorita ultra-mayor, que por su parte se mantenia en su sitial con los ojos bajos, tiesa é inmóvil, como la muger de Lot despues de su conversion en estatua de sal.

— ¡Qué quiere Vd. hija mia! dijo al fin la vieja con un acento de conmiseracion; yo confieso que es desagradable; puesto que Mr. Ferrand le hubiera gustado à Vd. es tanto mas triste que Vd. no le agrade à él; pero tambien Vd. estaba fuera de juicio para venir à la conferencia con mangas ajustadas.

— Pero, señora, si es la moda; respondió la señorita levantando la cabeza.

— Pues hay una cosa mas importante que la moda, y es el gusto. Yo no censuro las mangas ajustadas, pero no convienen sino à las mugeres cuyo busto y brazos son perfectos.

— Me parece que.....

— Le parece à Vd. querida Alfonsina que no tiene defectos, porque todas nos hacemos mas ó menos ilusiones sobre ese punto, pero yo que tengo derecho à decirselo todo, le diré que un poco de arte no le seria à Vd. inútil. Si hubiera Vd. venido con mangas razonables, no hubiese dado à Mr. Ferrand motivo para ejercer su humor satírico, y acaso el matrimonio se hubiera verificado ya.

— ¿Con que esas desdichadas mangas son las que le han desagradado? preguntó la señorita de Boissier ahogando un suspiro.

— No precisamente las mangas.

— Pues entonces ¿qué?

— Es inútil hablar mas de eso; es asunto concluido, y lo mejor es no volver à pensar en ello.

— No, por Dios, dígamelo Vd. Deseo mucho saber qué es lo que ha dicho de mí ese caballero.

— Nada que pueda ofender à Vd. porque yo no lo hu-

biera tolerado ; no se trata mas que de una simple chanza.

—Ah! Una chanza!

—Una chanza de bastante mal gusto ; pero ya Vd. sabe que no suelen brillar por la gracia los señores facultativos.

—Pero en fin ¿qué ha dicho?

—Ha dicho..... Pero no vaya Vd. á enfadarse. Ya sabe Vd. que los médicos por lo general son un poco materialistas, y ese parece que dá una grande importancia á la forma. Acaso la costumbre de observarlo todo bajo el punto de vista médico influye en su gusto, y es muy posible que la antipatía que tiene á la falta de carnes provenga de que la crea incompatible con una salud robusta.

—Pero ¿qué es lo que ha dicho? preguntó Alfonsina con ansiedad.

A pesar de su natural bondad Mad. de Epenoy no estaba del todo libre de una inclinacioncilla secreta á burlarse, y conteniendo una sonrisa que se asomaba á sus labios respondió :

—Pues ya que quiere Vd. saberlo, hija mia, Mr. Ferrand me ha dicho que habiendo concluido hace mucho tiempo todos sus estudios de medicina, no tenia ganas de volver á empezar un curso de osteología.

La indignacion produjo en el rostro de la señorita de Boissier el mismo efecto que el fuelle en las brasas. Encendida hasta los ojos trató de forzar una sonrisa y dijo con ira mal oculta :

—Y yo no tengo gana de casarme con un hombrazo mal criado, con la nariz colorada y un olor á tabaco que apesta. Desde que le conocí me desagradó y si no le dije á Vd. nada entonces mismo fue porque temí incomodarla.

—Todo eso está muy bien, replicó Mad. de Epenoy pasando la mano por el lomo del gato, que acababa de despertarse, pero empiezo á creer que hay algun maleficio de que es Vd. víctima sin saberlo. Esta mañana estaba calculando el número de hombres con quien he tratado de poner á Vd. en relaciones hace cinco años, y me he asustado. ¡Veinte y siete ó veinte y ocho! Nunca me ha sucedido una cosa semejante.

—Pero, señora, no es culpa mia, dijo Alfonsina con aire triste.

—Ya sé yo que la buena voluntad no le falta á Vd.;

¿a quién falta esa cuando se trata de casarse? Pero no basta la buena voluntad, sino que en la posición de Vd. se necesita cierto busilis que por desgracia Vd. no tiene, y que mis consejos no han podido comunicarla. Si Vd. fuese muy jóven, muy rica, muy bonita, eso marcharía por sí mismo, y no necesitaría Vd. hacer ningun esfuerzo para agradar, mas á los treinta y siete años.....

—Treinta y seis, señora.

—Es lo mismo. Con ochenta mil francos de dote, cuando mas, y un fisico..... ni muy bueno ni muy malo, es preciso que sea Vd. amable, muy amable. No quiero decir con esto que Vd. no lo es, pero quisiera yo que lo fuese con inteligencia y á propósito.

Mad. de Epenoy habia sido demasiado amable en su juventud para que nadie pudiera atreverse á disputarla el derecho de explicar el arte de agradar. Así, segura de ser escuchada con un silencio religioso, saboreó un polvo de tabaco, se extendió en su sillón de una manera doctoral, y dijo á su cliente mostrando un cestillo que habia sobre la mesa:

—Hija mia: Vd. ve esta cestilla; si Vd. tratase de levantarla ¿por dónde la cogería?

—Por el asa; respondió Alfonsina con el tono de una colegiala que da su lección.

—Muy bien, pues por ahí es menester coger á los hombres. Todos tienen una asa, un lado débil, un gusto dominante, una pasión, una manía; las mugeres tenemos también ese lado flaco, pero de una manera casi uniforme, ó por la vanidad ó por el corazón, mientras que en los hombres ese lado débil varia hasta el infinito, en razón de la multitud de posiciones que pueden ocupar en el mundo y que para nosotras no existen. Esto se lo he explicado á Vd. ya muchas veces pero ha sido trabajo perdido; en las veinte y siete ó veinte y ocho conferencias matrimoniales que hemos tenido, ¿ha sucedido ni una sola vez que haya Vd. descubierto esa asa providencial y que la haya agarrado firme, de manera que de un tirón se haya traído el matrimonio? Nunca. Lejos de eso, parece que hace Vd. en cuanto puede lo contrario de lo que convendría, y por cierto no es porque le faltan á Vd. avisos y buenos consejos. Por no citar mas que un solo hecho, recuerde Vd. la última conferencia; no ésta de ahora, sino la de hace tres meses, con Monsieur..... Monsieur.....

—Mr. de Biancourt, dijo la solterona con voz doliente.

—Eso es, Mr. de Biancourt. Le digo à Vd. que es un hombre grave, cansado del mundo, y que à consecuencia de disgustos que tuvo con su primera muger aborrece la coqueteria y solo aprecia las cualidades útiles y sólidas; aprendida la leccion desde la A hasta la Z, me quedo tranquila y persuadida de que todo irá bien; llega el momento y ¿à quién veo entrar? à una bailarina vestida para salir à las tablas. Flores en la cabeza, guarniciones de encaje de Flandes, un vestido demasiado corto, à fin de lucir los pies, de que abusa Vd. demasiado, camafeos, broches, un brazaletes, ¿qué se yo? Un almacen de baratijas. Aun no habia Vd. dado tres pasos por la sala, cuando por el gesto que hizo Mr. de Biancourt, conocí que habia Vd. perdido el pleito. Y note Vd. que era un partido excelente, de muy buen carácter, à pesar de su aspecto duro, y que despues de casada hubiera Vd. hecho de él todo cuanto hubiera querido, como hizo la difunta, porque lo que importaba era no espantarle.

—Tiene Vd. razon, dijo la señorita de Boissier con tono afectado, pero no me pesa de esa torpeza, porque si mis adornos desagradaron à Mr. de Biancourt, à mí me incomodaron mucho su persona y su conversacion, y no puedo menos de alegrarme de no ser hoy su muger.

—A la verdad, querida mia, es imposible tomar con mas altivez el partido à que obliga la necesidad, replicó con una sourisa burlona Mad. de Epenoy; estoy persuadida de que si pasásemos revista à todos los hombres que han rebusado la dicha de pertenecer à Vd. ni uno solo encontraria gracia; sin embargo, mas de una vez he oido à Vd. otro lenguaje no tan soberbio. Recuerdo que en general, por no decir siempre, le parecian à Vd. muy bien aquellos señores, y me tomo la libertad de creer, à pesar de ese desden que hoy manifiesta, que si hubiese pedido la mano de Vd. cualquiera de ellos, caso que muy à pesar mio no se ha presentado, hubiera sido dificil que saliese una negativa de los labios de Vd.

—Pues qué, señora, respondió Alfonsina encendiéndose de nuevo, ¿cree Vd. que tengo tanta gana de casarme?

—¿Cómo dice Vd? preguntó Mad. de Epenoy, in-

corporándose en su sillón, y dirigiendo à su protegida una mirada de admiración irónica.

—Digo que si trato de establecerme es únicamente porque en el mundo las solteras no tienen una posición conveniente, ó por mejor decir, no tienen posición ninguna; pero en cuanto al matrimonio por sí mismo, puedo asegurar à Vd. que si hubiese de seguir mi gusto....

—¿Se quedaría Vd. soltera?

—No veo yo que atractivos tenga el trato con un hombre, que casi siempre es grosero, vulgar, sin inteligencia y cuando menos egoísta.

Mad. de Epenoy se inclinó hácia delante, y bajando la voz como si hubiese temido que la oyera alguna otra persona, le dijo:

—Amiga mía, estamos solas y Vd. sabe que yo no la he de vender; así, pues, desahóguese Vd. y deje salir todo lo que tenga en el corazón, porque eso hace bien; pero no diga nunca delante de otros lo que acaba de decirme.

—Y ¿por qué, señora?

—Porque aunque sea bueno ocultar en público sus deseos, nunca se les debe calumniar.

—Yo no digo más que lo que pienso.

—Lo creo así, pero otros serían más incrédulos que yo, y al oír que Vd. maltrataba de esa manera à los pobres hombres, recordarian acaso la fábula de la Zorra y las uvas, y pensarían que à Vd. le parecía que el matrimonio estaba demasiado verde.

Mad. de Epenoy volvió à extenderse en su poltrona, y tomó otro polvo de tabaco que apuró con un aire bastante sardónico, mientras Alfonsina con las mejillas más encendidas que nunca se mordía los labios hasta el punto de hacerse sangre. Mas no era esta la primera vez que parecía que iba à estallar una tormenta entre la patrona y la cliente; esta necesitaba muchas veces apelar à una paciencia, muy meritoria por cierto en su temperamento, para sufrir sin responder las burlas con que la buena anciana le hacía pagar sus servicios; y en cuanto à Mad. de Epenoy, aunque removía cielo y tierra para encontrar un marido à la pobre Alfonsina, no podía menos de tenerla cierta malquerencia en el fondo de su corazón, pues sentía con respecto à ella una cosa análoga al mal humor que inspiran à un mercader los géneros sin sali-

da y que se han hecho viejos en sus almacenes. «En el tiempo que me ha hecho perder, se decia á sí misma muchas veces, hubiera yo casado á otras doce». Si en aquellos momentos, como en el que hemos referido, hablaba la señorita de Boissier de su antipatia á los hombres y de su indiferencia en materia de matrimonio, no tardaba en cerrarla la boca un sarcasmo mas ó menos acerado; pero inmediatamente vencia la bondad de carácter, y Mad. de Epenoy para curar la herida que habia recibido el amor propio de su protegida, redoblaba sus esfuerzos para encontrarla un marido.

Despues de un corto rato de silencio, Mad. de Epenoy volvió á tomar la palabra con tono muy risueño, y dijo:

—Vamos, hija, no ponga Vd. hocico, que el hocico afea aun á las mas bonitas. Napoleon y Luis XVIII daban tambien sus dentelladas; yo doy las mias; pero es preciso perdonarlas en favor de la buena intencion. Prometo á Vd. redoblar, si es posible, mi celo, y no descansar hasta que la vea bien establecida; esté Vd. segura de que lo conseguiremos y que no habrá perdido nada por esperar un poco; solo si tengo que dar á Vd. un consejo ó mas bien someter á su juicio una opinion.

—Diga Vd. que ya escucho, señora; respondió Alfonsina un poco tranquilizada por las últimas palabras.

—Hasta ahora no ha querido Vd. oír hablar de marido que tuviese mas de cuarenta y cinco años, y aun para esa edad le costaba bastante repugnancia. Hace dos años necesitaba Vd. un esposo de su misma edad; despues ya consentia en que tuviera cuarenta años; hoy ya es Vd. algo mas razonable, pero es necesario que lo sea del todo. Si Vd. quiere créerme, llevaremos un poco mas allá el limite.

—¡Con tal que nó me quiera Vd. casar con un viejo!

—Me parece que á cincuenta años un hombre no es viejo todavia.

—¡Cincuenta años! exclamó Alfonsina con un acento en que se notaba la antipatia que tienen todas las solteras de cierta edad á los hombres que se acercan á la vejez; antipatia que ellos, preciso es decirlo, les pagan religiosamente.

Mad. de Epenoy hizo un gesto de impaciencia y dijo con viveza:

—¿Va Vd. à volver otra vez à sus sueños? ¿Tendré que repetirla mil veces una misma cosa? Ya se lo he dicho à Vd. ; la presuncion de los señores hombres es tan grande que à igual edad se creen mas jóvenes que nosotras, y yo pudiera citar alguno de cincuenta años que acaso tendria la petulancia de creer à Vd. demasiado vieja para él; eso es odioso, es irritante, pero ello sucede asi. Tome Vd. el mundo como es, y no espere en favor suyo una escepcion de esas preocupaciones. Para Vd. un marido joven es un delirio, y yo creia que Mr. Gastoul la habia desengañado completamente.

Al oir el nombre de Mr. Gastoul apareció en los ojos verdosos de la señorita de Boissier un rayo de ódio, y sus labios se estremecieron involuntariamente; sin embargo, respondió con una indiferencia afectada:

—No entiendo qué es lo que quiere Vd. decirme.

—¡Ay amiga! replicó Mad. de Epenoy, que viendo que su discípula era poco dócil à sus lecciones, volvía à tomar con ella el tono de la ironia; permítame Vd. que le diga que si no tiene memoria, yo la tengo, y puesto que los recuerdos de Vd. se han borrado, voy à ver si encuentro yo los míos. Hace cuatro años que no pensaba Vd. mas que en Mr. Gastoul; siempre estaba hablando de él y no podia ir à parte ninguna à donde no fuese Vd. tambien. Aun à los ojos de los menos observadores era evidente que habia Vd. formado el sério proyecto de agradarle y casarse con él, y ciertamente hubiera sido muy bien hecho, porque es rico, tiene talento, y cinco ó seis años menos que Vd. Por desgracia tan buenas disposiciones con respecto à él, fueron pagadas con la mas negra ingratitud, pues ese hombre que no sabe vivir en el mundo, se atrevió à chancearse públicamente acerca de las intenciones que atribuian à Vd. y por colmo de impertinencia, se casó hace tres años con una muger joven, hermosa, de buena familia y que le ha llevado en dote trescientos ó cuatrocientos mil francos. Ciertamente es una conducta infame, y yo en su lugar de Vd. le tendria un rencor eterno.

Esta última recomendacion era innecesaria, à juzgar por la expresion vengativa que al solo nombre de Monsieur Gastoul se habia pintado en la fisonomia de Alfonsina; pero la burla de Mad. de Epenoy irritó vivamente la incurable herida que padecia hacia cuatro años, y con una voz alterada por la cólera respondió:

—Es indudable que Mad. Gastoul es mas joven que yo, mas rica, mas bonita; que tiene tantas buenas cualidades como yo defectos, y que yo ganaria mucho en parecerme á ella; pues sin embargo, todo bien considerado, prefiero dejarla sus medios de agradar, y quedarme como soy.

—¡Siempre la fábula de la zorra! dijo Mad. de Epenoy sonriéndose maliciosamente:

Sonrióse tambien de una manera despreciadora la señorita de Boissier, y replicó:

—Si no soy rica, ni bonita, ni sumamente jóven, á lo menos tampoco tengo intrigas.

No advirtió en medio de su irritacion que la piedra que queria tirar á Mad. Gastoul iba derecha á la cabeza de su protectora, mas esta no quiso ver en la acusacion una personalidad, y preguntó tranquilamente:

—¿Qué quiere Vd. decir? ¿Qué Mad. Gastoul engaña á su marido?

—¡Pobre hombre! exclamó Alfonsina con una lástima insultante.

—Oiga Vd. querida, dijo Mad. de Epenoy en tono sério; que Vd. aborrezca á Mr. Gastoul que no ha tenido la cortesia suficiente para enamorarse de Vd. lo entiendo y lo disculpo; pero su esposa nada le ha hecho á Vd. y creo que la detesta mas que á él, porque veo que aprovecha todas las ocasiones de decir mal de ella, lo cual es á un mismo tiempo una maldad y una torpeza; una maldad porque la conducta de Mad. Gastoul no dá motivo á esos ataques, y una torpeza porque quien dice critica, dice casi siempre envidia.

—Señora! ¡Yo habia de tener envidia de esa muger!

—Esa muger, como Vd. tiene la urbanidad de llamarla, es jóven, linda, de talento, y muy apreciada en la sociedad, y eso basta para hacer que se consuman de rabia algunas personas. Pero en fin ¿qué es lo que Vd. puede echarla en cara?

—Yo, nada, señora, contestó Alfonsina con afectacion; absolutamente nada; pero dudo que á su marido le sucediese otro tanto.

—Esa es ya una acusacion en regla. Veamos, explíquese Vd. Me han dicho que mi hijo sigue demasiado á esa señora, ¿es á eso á lo que Vd. alude? En ese caso, no bastan conjeturas, ni suposiciones, ni dichos, sino hechos y pruebas. Ya se ha adelantado Vd. demasiado para retroceder; hable, pues, y diga lo que sabe contra ella.

El acento vivo y animado de Mad. de Epenoy indicaba que se habia escitado su curiosidad, y sus ojos, en que brillaba la impaciencia, parecia que quisiesen arrancar de la boca de Alfonsina las palabras que tardaban en salir. Mas antes de despedazar con razon ó sin ella la reputacion de la muger à quien detestaba, la solterona se sonrió como un gato acaricia con la mano cerrada antes de sacar las uñas, y dijo:

—¿Me pide Vd. hechos y pruebas?

—Sí, pero hechos ciertos y pruebas evidentes.

—Y ¿me promete Vd. no contar à nadie lo que yo le diga? Si yo la hablo à Vd. de eso es porque estoy bien segura de su discrecion, pues sentiria en el alma perjurar en lo mas mínimo à esa señora.

—No lo diga Vd. à otros mas que yo, respondió con sequedad Mad. de Epenoy, y el secreto estará bien guardado.

—Pues bien, señora, continuó Alfonsina bajando la voz como para dar solemnidad à la confidencia; oiga Vd. lo que me ha pasado. Anoche habia reunion en casa de...., yo concurrí à ella y Mad. Gastoul tambien, y la casualidad hizo que estuviésemos juntas. El calor era tan excesivo que muchas personas se quejaban de él y muy especialmente mi vecina; al fin empezó à perder el color y vi que se iba à poner mala; otras dos señoras se unieron à mi, y la llevamos à la sala inmediata, mas allí se desmayó, y mientras otras la hacian respirar sustancias olorosas y algunas hablaban de desnudarla, yo la quité un guante para darle golpecitos en la palma de la mano. Figúrese Vd. cual seria mi sorpresa.....

En el momento en que parece que empezaba el interés de su narracion, interrumpió à Alfonsina el criado de Mad. de Epenoy, anunciando à su señora la visita del marqués de Morsy.

—Luego me contará Vd. lo demas, dijo la dueña de la casa; no puedo negarme à Mr. de Morsy porque le he rogado que venga à verme para un asunto que me interesa.

—Mañana volveré; respondió la señorita de Boissier, levantándose discretamente. A Dios, señora; si he dicho algo que haya desagradado à Vd. espero que me lo disimule.

—Y ¿à dónde va Vd.? preguntó Mad. de Epenoy viendo que se dirigia hácia la puerta de la alcoba.

—Estoy muy mal vestida, y no quiero encontrar al

marqués en la antesala. Me voy por la puerta secreta.

—¡Pero si el marqués tiene cincuenta años!

—Esa no es una razon para que yo quiera espantarle.

CAPITULO IV.

Mad. de Epenoy recibió al marqués con un afecto familiar que anunciaba á un mismo tiempo los lazos de amistad que les unian hacia muchos años, y el placer particular que tenia en verle en aquel momento.

—Le esperaba á Vd., le dijo, porque no dudaba que vendria luego que le diesen el recado. ¿Ha visto Vd. á mi hijo?

—Si, señora; ahora poco le encontré en las Tullerías, respondió el marqués.

—¡Pobre Luis! Muy lejos estaba él de pensar que cuando rogaba á Vd. de mi parte que viniera á verme enviaba la férula que debe corregirle.

—Pues ¿qué hay?

—Se trata nada menos que de instruir un proceso; espere Vd. un instante, que voy á buscar los documentos.

Mad. de Epenoy entró en su alcoba, sacó algunos papeles de un cajon de la cómoda, y volvió á salir á la sala, pero antes procuró cerciorarse bien de que la señorita de Boissier se habia ido; precaucion que indicaba la poca confianza que tenia en la discrecion de aquella.

—Prepare Vd. su paciéncia, dijo al marqués sentándose en su silla mientras él se sentaba en otra. Se trata de oír una confidencia, y aunque hace treinta años acaso no hubiera Vd. esperado que yo diese los primeros pasos para solicitar el cargo que pienso confiarle, hoy tengo yo que exponerme á proponerlo, y me daré por muy contenta si Vd. nó toca retirada.

Sonrióse melancólicamente el marqués al oír la alusion de Mad. de Epenoy á la juventud de entrambos, pero en vez de responder continuando el mismo objeto, hizo una inclinacion de cabeza y contestó en tono sério:

—Vd. sabe, señora, que soy siempre el mas afecto de sus servidores.

—Lo creó así, y voy á empezar sin mas cumplimientos, solamente me permitirá Vd. un preámbulo indis-

pensable. Cuando murió Mr. de Epenoy, hace cinco años, acababa de entrar Luis en su mayor edad, y por lo mismo tomó posesion inmediatamente de la herencia de su padre, que se componia de la hacienda de Tillots, valuada en ciento cuarenta mil francos, y en tres mil francos de rentas en efectos del cinco por ciento, lo cual formaba una renta de cerca de ocho mil francos, de que yo no le pedia cuenta alguna; ademas tenia en mi casa cuarto y mesa, y mantenia yo tambien á su criado y á sus dos caballos. La casa que yo tenia entonces en la calle de Varennes era muy capaz y mis bienes personales me permitian hacer las cosas en grande. Disponia, pues, Luis á los veinte y cinco años de ocho mil francos anuales, de los cuales no tenia mas que pagar sino lo que gastaba en vestirse, el salario de su criado, los palcos ó asientos que tomase en el teatro, y las comidas de fonda que se le antojaba dar á sus amigos. Me parece que mas de un joven de las primeras familias de Francia se hubiera contentado con ese dinero.

—Y yo el primero á su edad, respondió el marqués; á los veinte y dos años era teniente de dragones, y mi padre me pasaba por todo sobresueldo mil doscientos francos al año.

—Pues á mi buen hijo le pareció tolerable su situacion al principio, pero poco despues la compañía de otros jóvenes atolondrados con quienes dió en reunirse le inspiró ideas de independencian y de disipacion, incompatibles con una conducta regular. A pretesto de no incomodarme por las noches cuando se retiraba tarde, me manifestó el deseo de alquilar una habitacion separada en el barrio donde tenia la mayor parte de sus relaciones, porque de este modo, decia, ni tendria yo que estar levantada esperándole, ni el ruido de su cabriolé vendria á interrumpir mi sueño. Añadia tambien otras razones semejantes, pero todo ello significaba que á Luis le parecia muy pesada mi dominacion, por mas tolerante y dulce que fuese en realidad, y que queria ser dueño absoluto de sus acciones. ¿Qué habia yo de hacer? Resistir hubiera sido comprometer mi autoridad, y ademas siendo mi hijo mayor de edad, no tenia yo derecho alguno para encadenar su existencia á la mia.

Cedí, pues, á pesar mio, y aunque bien previa lo que iba á suceder; pero el dia mismo en que Luis fue á tomar posesion de su nuevo aposento, no pude re-

sistir al triste placer de profetizar á la manera de Cassandra. « Amigo mio , le dije , ahora que estás ya del todo fuera de mi tutela , tu primer cuidado será comerte los bienes que te ha dejado tu padre , y para ello no necesitarás mucho tiempo , á juzgar por las buenas disposiciones que manifiestas. Si eres un loco , y me lo temo mucho , no te detendrás hasta que hayas acabado con todo ; si llegas á ser un poco razonable conocerás bien pronto que la felicidad no consiste en la disipacion. De todos modos la ternera estará siempre dispuesta en mi casa para entrar en el asador , y cuanto mas pronto vuelva el hijo pródigo mayor será la dicha de su madre. Ahora escucha bien lo que voy á decirte ; la herencia de tu padre te pertenece legítimamente y yo no puedo impedirte que la disipes , pero mis bienes son míos y por nada de este mundo los disminuiré por tí antes que te cases. Es un depósito que tengo en mi poder y que sabré defender de tí mismo. Así , cuando contraigas deudas , que sin duda las contraerás , no cuentes conmigo para pagarlas , y tén presente que será completamente inútil dar las señas de mi casa á tus acreedores. »

Luis hizo como que tomaba á chanza mis predicciones y prometió edificarme con su conducta. No tranquilizándome sus protestas , empecé desde luego á poner en práctica un plan de vida propio para atenuar los desastres que presagiaba , y con gran sorpresa de mis amigos que no comprendían la causa de mi repentina avaricia , dejé mi hermosa casa de la calle de Varennes para venirme á este modesto cuarto. Vendí mis caballos y no conservé mas que un criado y la cocinera , porque á mi edad se puede pasar muy bien sin doncella , y no teniendo carruaje no necesitaba cochero ; en una palabra , reduje mis gastos á lo estrictamente necesario en mi clase. Me habia propuesto ahorrar cada año veinte mil francos de treinta mil que tengo de renta , y no ha pasado ninguno en que no haya economizado mayor cantidad. Así , mientras mi pícaro hijo encendía sus velas por los dos cabos , yo apagaba las mias como Harpagon , y las gentes al mismo tiempo que se reían de sus extravagancias murmuraban de mi miseria , y mas de una vez he tenido el gusto de oír en voz baja cerca de mí el adagio de que « A padre avaro hijo pródigo. »

— ¡Excelente madre ! exclamó Mr. de Morsy , apretándola afectuosamente la mano.

—Mi hijo es un jóven muy bueno, y espero que llegará à ser un hombre apreciable; sus defectos son los de su edad, y si tiene la cabeza un poco ligera tiene tambien un corazón excelente. Yo soy una vieja que no sirvo ya para nada en el mundo, ¿no es muy justo que viva para él? Mi felicidad está hoy en ser avara, porque al fin cuando haya disipado sus bienes volverá à encontrarse tan rico como antes; y ¿qué hubiera sido de ese pobre muchacho, si yo no hubiera tratado de saber, bien à pesar de mí cocinera lo que cuesta una libra de manteca, ó una fuente de ensalada? ¿Sabe Vd. en qué estado se encuentra hoy ese Sardanápalo?

—¿Se lo ha comido todo?

—Asílo llegué à temer un momento, pero los informes que he recibido despues me han tranquilizado algo. Todavía no se lo ha comido todo, pero está por lo menos en el segundo servicio. La hacienda de Tillots que yo creia que habia vendido, solo se halla hipotecada por sesenta mil francos que es casi la mitad de su valor, y en cuanto à las rentas del cinco por ciento ya no existen, como puede Vd. imaginar.

—Es natural empezar por ahí; pero ¿qué papeles son esos que tiene Vd. en la mano?

—Ahora voy à ellos. A pesar de la declaracion que hice à Luis con respecto à sus deudas, ya supondrá Vd. que se ha dirigido à mí mas de un acreedor; él nunca, porque tiene demasiado orgullo para eso, pero han acudido el tapicero, el corredor de caballos; en fin, algunos acreedores de menos paciencia que otros, que han venido à probar si la vieja tenia la debilidad de dejarse arrancar una pluma del ala. Yo he despedido siempre à esos señores con buenas palabras diciéndoles que nada tenia que ver con las deudas de mi hijo, pero antes de ayer por primera vez me faltó la firmeza que creia inalterable. Un hombre bien vestido y de un rostro bastante agradable entró en mi casa, y me dijo con una voz melosa, presentándome estos papeles: «Señora, aqui tengo tres pagarés de mil francos cada uno, firmados por su hijo de Vd.; ayer cumplieron y se llevaron à su domicilio para verificar el cobro, pero no se encontró à nadie que los pagase. Esa falta de pago me pone en la necesidad de hacer protestar los pagarés, y de procurar el reintegro de mi dinero por todos los medios posibles, inclusa la prision; mas antes de llegar à ese penoso extremo he crei-

do que debia dirigirme á Vd. por su interés mas que por el mio. Acaso querrá Vd. mejor pagar esos tres mil francos, que para Vd. son bien poca cosa, que ver en la cárcel á su hijo único.

—¿Y Vd. los pagó?

—Aquel perro judío, que sin duda lo era, hablaba en un tono tan tranquilo y moderado, que yo no dudé que si le dejaba marchar iba en derechura á entablar la demanda contra mi hijo. Ví á mi pobre Luis encerrado en una carcel y se desvanecieron todas mis resoluciones; fuí á mi cajonetto, saqué tres billetes de á mil francos y los troqué por estos papeluchos, pero en el momento de cometer esta necedad me inspiró el cielo una idea de que espero sacar gran partido.

—Y ¿cuál es esa idea?

—Si Luis llega á saber que he recogido sus pagarés, no vuelve á pensar en ellos y yo pierdo mi dinero; sin contar con que dado este primer paso, me voy á ver todos los dias asaltada por acreedores. Estos pagarés en mi mano son un papel muerto, porque mi disipador no podrá imaginar nunca que yo quiera hacer uso de ellos, pero en manos de un tercero pueden muy bien servir para contenerle.

—¿Y ese tercero soy yo acaso? preguntó Mr. de Morsy mirando con una atencion fija á su amiga.

—¿Pues quién habia de ser? Buscar un amigo seguro á quien poder confiar esta espada de Damocles ¿no era lo mismo que pensar en Vd.? Aquí tiene Vd. los billetes debidamente endosados á su órden; me parece que con ellos podremos tener á raya á mi Luis, y que el temor de ir á la carcel, si no muda de conducta, le hará aceptar mis proposiciones. En estos cinco años su juventud ha podido servirle de excusa, pero en el dia es ya un hombre y la continuacion de esas calaveradas podria comprometer su porvenir. Estoy decidida á tentar un golpe de estado, y quiero que Luis se ausente de Paris por algun tiempo.

—Y piensa Vd. muy bien, señora; contestó el marqués con una viveza que hizo asomar una sonrisa maliciosa á los labios de Mad. de Epenoy.

—Ya estaba yo segura de que Vd. seria de la misma opinion, replicó esta. Yo creo que Vd. tiene tambien algun interés en que Luis se vaya de aquí, y puesto que el interés comun es la mejor base de las alianzas, no puedo dudar de que tendré en Vd. un fiel aliado.

A pesar de sus años se puso colorado el marqués y dijo no sin alguna turbación.

—Señora, ignoro à qué quiere Vd. aludir.... Yo aprecio mucho à Luis.... y no entiendo verdaderamente....

—Bueno, bueno; ya hablaremos de eso despues; por ahora no enredemos la madeja, y tratemos, si Vd. gusta, únicamente de ese picaruelo, à quien quiero traer al buen camino de grado ó por fuerza, porque cinco años de locuras me parece que son ya bastantes.

—Pero, señora, Vd. que casa à todo el mundo, ¿por qué no trata de casarle?

Mad. de Epenoy cruzó las manos, levantó los ojos al cielo y exclamó:

—¿Pues cree Vd. que no pienso en eso noche y dia? ¿Por qué no le caso! ¿Y quién le habia de querer? No hablo de las señoritas casaderas, que ésas muy rara vez dicen que no; pero ¿qué hombre sensato, qué muger razonable habia de aceptar por yerno à un atolondrado, un disipador, un loco como Luis? Yo no me hago ilusiones; mi hijo en este momento es incasable, y esa es una de las razones que tengo para querer que se vaya de Paris; que viaje por ahí dos ó tres años, y si pudiese ser que vaya agregado à una embajada, à una legacion, à cualquier cosa en que parezca que està ocupado; cuando vuelva se habrán olvidado sus locuras, su juicio será ya mas sólido, y como se encontrará con mis bienes, que le conservo para ese caso, yo me encargo de buscarle un matrimonio digno de un príncipe.

—¿Y si no quiere marcharse?

—Entonces harán su oficio los pagarés.

—Vd. no tendrá corazon para dejarle llevar preso.

—Quien bien ama bien castiga.

—No se lo permitirán à Vd. sus entrañas de madre.

—Vd. me cree débil porque soy buena, pero se engaña. Si Luis no quiere oír la razón, yo le probaré que le quiero lo bastante para castigarle. Tome Vd., añadió sonriéndose y entregando los pagarés al marqués; si es necesario verá Vd. como yo sé, à imitacion de Bruto, mandar que lleven à mi hijo al suplicio.

—No creia que tuviese Vd. el alma tan romana, respondió Mr. de Morsy sonriéndose tambien; pero creo que no nos veremos obligados à llegar à ese extremo de violencia.

—¿Y cuándo emprenderà Vd. la negociacion?

—Esta noche misma, porque regularmente le veré en el teatro francés.

Siguióse un instante de silencio durante el cual Madame de Epenoy se habia empezado à sonreír de nuevo mirando à Mr. de Morsy, quien por su parte tenia los ojos fijos en ella con una especie de ansiedad, y parecia que esperase à que dijera algo.

—Va esta noche Mad. Gastoul al teatro francés? dijo al fin sin dejarse de sonreír.

El ligero color que habia aparecido ya en las mejillas del marqués volvió à presentarse de nuevo, y respondió tartamudeando:

—No lo sé, señora; pero ¿por qué me lo pregunta Vd.?

—Para probarle que si le confío mis secretos no es à título de reciprocidad, por una razon poderosísima, cual es la de que yo conozco ya los de Vd.

—¡Mis secretos! Aseguro à Vd. que no tengo ninguno.

—Para eso seria menester que no se pusiese Vd. colorado. Doy à Vd. la enhorabuena, querido marqués; yo no le creía à Vd. tan jóven.

Aunque el giro de la conversacion no era muy agradable para el marqués, no trató éste de cambiarle, y ademas hubiera sido muy difícil por la visible disposicion burlona en que se encontraba su interlocutora: por eso se contentó con decir con una sonrisa forzada:

—Ya veo que Vd. quiere burlarse de mí, pero no adivino sobre qué.

—Desde luego no quiero burlarme de Vd. à quien profeso la mas sincera amistad; pero su falta de confianza merece que sea Vd. castigado, y va à serlo en este momento. Sepa Vd. hombre sensible y discreto, que lo sé todo.

—¿Y qué sabe Vd.?

—Sé que existe en el mundo entre la calle de Montblanc y la de Taitbout una muger jóven y muy linda, que cuenta en el número de sus adoradores: primero, un calavera de veinte y seis años, de quien tengo la desgracia de ser madre: segundo, un hombre no tan jóven, pero muy amable, à quien tengo el gusto de hablar en este momento. De donde infiero.....

—¿Han dicho à Vd. que yo amo à Mad. Gastoul? preguntó Mr. de Morsy, muy conmovido.

—Déjeme Vd. acabar. De dónde infiero que encargando al hombre razonable que haga correr la posta al jóven atolondrado, no puedo poner el negocio en me-

jores manos. Servir á una amiga antigua, librándose al mismo tiempo de un rival, es una fortuna por la que debe Vd. darme las gracias.

—Pero ¿quién ha dicho á Vd. que yo quiera á Madame Gastoul? repitió el marqués cada vez mas agitado.

—Pues qué ¿no tengo yo mi policia que me informe de todo? dijo riéndose Mad. de Epenoy. Además, su pasión de Vd. es demasiado conocida para que no llegara á mis oídos alguna cosa sin necesidad de poner mi gente en campaña. Por lo menos diez personas me han hablado de ella.

—¿Es eso cierto? preguntó el marqués con voz tan alterada que su amiga le miró con gran sorpresa.

—¿Qué tiene Vd.? le preguntó. ¿Pues habia Vd. concebido la esperanza de disimular tan bien que nadie lo conociese? Que á los diez y ocho años se haga un hombre esa ilusion, pase; pero á la edad de Vd. ya se debe saber que la sociedad es un Argos mil veces mas vigilante que el Argos de la fábula, porque el primero no cierra jamas los ojos.

—¡Con que me he vendido á mí mismo! exclamó el hombre de cincuenta años con un acento de tristeza y como si se encontrase solo. ¡Con que la malignidad de las gentes ha descubierto ese afecto que yo creia sepultado en lo mas íntimo de mi corazón, y acaso en este momento le profana con estúpidas burlas! Ah! Si ella supiese.....

—Quién? Mad. Gastoul? dijo interrumpiéndole Madame de Epenoy. A la verdad, marqués, me trae Vd. á la memoria cierto general del imperio, y me lleva de sorpresa en sorpresa. Sériamente ¿cree Vd. que Madame Gastoul no haya conocido su amor?

—Oh! Si ella lo sospechase iria yo á esconderme al cabo del mundo.

—En este caso, mande Vd. enganchar los caballos de posta.

—Es imposible que sospeche nada.

—Pues yo le digo que conoce el estado de su corazón de Vd. tan bien como Vd. mismo y acaso mucho mejor.

—Por Dios, señora, dígame Vd. lo que sepa.

—No sé nada, pero estoy segura de ello. Pues ¿hay muger que no adivine al momento esas cosas?

Mr. de Morsy se levantó de la silla de un modo tan rápido que casi asustó á la dueña de la casa, y dijo con vehemencia:

—No sabe Vd. señora el mal que me hace.

—Usted me asusta, marques, replicó Mad. de Epenoy. Vamos, siéntese Vd. y cuénteme sus penas. Vd. debe tener necesidad de hablar y acaso entre los dos encontraremos algun remedio al mal. Piénsese Vd. que soy su amiga mas antigua y que este titulo me da derecho á su confianza. ¿No posee Vd. toda la mia?

—Pues bien, ya que Vd. lo exige se lo diré todo, continuó el marqués volviéndose á sentar con aire abatido. Escuche Vd. la confesion mas penosa, la mas triste, la mas humillante; la confesion de un viejo enamorado.

Seria sin duda presuntuoso buscar la mas ligera analogía entre el marqués de Morsy confesando á su respetable contemporánea el secreto de sus amores quincuagenarios, y el piadoso Eneas contando sus heroicas aventuras á la reina de Cartago; sin embargo, hay un punto de semejanza entre las dos relaciones, y es la religiosa atencion con que uno y otro fueron oidos. Despues de haber callado un corto rato, empezó el marqués en estos términos:

—Por mas extravagante que parezca á Vd. mi locura, nunca la juzgará con tanta severidad como la juzgo yo mismo. Muchos viejos se persuaden de que son capaces todavia de inspirar amor, pero yo no tengo ni aun la disculpa de esa fatuidad. No ignoro que para mí pasó completamente la edad de agradar; sé que ninguna cualidad del corazon ó de la cabeza es bastante para reemplazar las ventajas que dá la juventud; veo mis canas, mis arrugas.... ¡y sin embargo amo! Amo con tristeza, con amargura, con humillacion, pero todo esto no importa nada, porque me contento con censurarme y no me corrijo. ¡Tal es mi ridícula y deplorable situacion! ¡A los cincuenta y dos años estoy enamorado! ¿Cómo se ha apoderado de mí esta demencia? Voy á decírselo á Vd. Por lo regular paso el verano en el Limosino, donde tengo algunas propiedades contiguas á las de Mr. Gastoul, y allí fué donde ví á su muger por primera vez hace dos años. Vd. sabe cuán hermosa y cuan seductora es; al verla la admiré, al conocerla no pude menos de amarla, y la amé como no habia amado mas que una vez en mi vida; pero esa primera vez fué ahora hace treinta años y esa fecha sola basta para calificar mi actual necedad.

— ¡Treinta años! repitió Mad. de Epenoy con una sonrisa melancólica en que parecía que se revelaba la gracia de otro tiempo.

— ¡Qué hermosa estaba Vd. y qué pasión tan violenta llegó á inspirarme! continuó con emoción Monsieur de Morsy. Puedo muy bien hablar de este recuerdo, porque jamás una pasión verdadera ha sido más mal recompensada. Pero ¿qué era yo para Vd. tan encantadora y rodeada de tantos homenajes? Una conquista oscura, un amante triste y taciturno, y por otra parte casi un niño. ¿Me concedió Vd. ni una sola mirada en el tiempo en que todo mi deseo se reducia á morir á sus pies? Ignoro si alguna vez pensó Vd. en mí porque nunca me atreví á preguntárselo. Pues tal como me conoció Vd. al entrar en el mundo, exactamente lo mismo me encuentra hoy; treinta años que han trascurrido entre las dos épocas no han cambiado en nada mi carácter, y siempre soy el mismo hombre caviloso y tímido. A los veinte años son defectos esos que pueden escusarse, pero ¿qué nombre les daremos á la edad que hoy tengo? Su presencia, como en otro tiempo la de Vd. me causa una turbación indecible; si me mira, temo que lea en mi pensamiento; si oigo el sonido de su voz me turbo; si la encuentro me pongo colorado; en una palabra, siento todas aquellas conmociones agradables y crueles á un mismo tiempo que Vd. me hizo conocer por primera vez; pero, ¡qué diferencia! Hace treinta años tenía derecho á amar y podía hacerlo sin vergüenza.

El marqués inclinó la cabeza dando un suspiro, y permaneció algunos instantes con los ojos fijos en la chimenea en tanto que su confidente le contemplaba en silencio con un aire de simpatía. Aunque la decisión de su propio carácter le hacia parecer un poco singular la timidez crónica de su antiguo adorador, no podía menos de tomar interés en los padecimientos de un corazón cuyas primicias habían sido para ella. Demasiado justa para acriminarle que tuviese otro amor, cuando había pasado sobre el primero la solemne prescripción de treinta años, no pudo menos, sin embargo, de ocurrirle alguna duda acerca de la fabulosa constancia de que parecía jactarse Mr. de Morsy.

— Las pasiones modestas y tímidas, le dijo sonriéndose, son demasiado raras para que yo no quede edificada de la de Vd.; pero difícilmente me hará creer

que su corazón no se haya agüerrido desde 1804.

—Mi corazón no puede llegar á ese estado, respondió el marqués; la emoción es su esencia y cuando deja de palpar deja de existir. No piense Vd. que quiero atribuirme una virtud que no poseo; he tenido en mi vida algunas aventuras galantes, pero no he amado mas que dos veces, y es demasiado.

—Pero ¿está de sobra la una ó las dos? preguntó Mad. de Epenoy en tono festivo.

—No me reconvento yo por lo pasado sino por lo presente, dijo el marqués.

—Con que según veo, pobre marqués, añadió la vieja con una reminiscencia de coquetería, la segunda pasión le ha hecho á Vd. aun mas infeliz que la primera.

—Oh! los males de que entonces me quejaba eran los placeres del cielo en comparación de los tormentos que hoy sufro. Entonces era joven, tenía delante de mi el porvenir y en el corazón la esperanza, y mis deseos podían ser demasiado presuntuosos pero no insensatos. Habiendo empezado á servir á un mismo tiempo al emperador y á Vd. caminaba por ambas carreras con igual ardor y entusiasmo. Ah! mi sangre y mis lágrimas corrieron, sin que las enjugasen ni la gloria ni el amor. Sin embargo; ¿qué no daría yo por volver á encontrar una sola de aquellas ilusiones perdidas! Pero es imposible; la vida no tiene mas que una primavera y las ilusiones no renacen como las flores. ¿Comprende Vd. este tormento? ¿Amar y envejecer!

—¿Y pregunta Vd. eso á una muger de cincuenta y cinco años?

—Ah! ¿Cuánto la compadezco á Vd. si ha pasado por esa prueba! Sentir uno en su alma el ardiente fuego de una pasión y emplear todas sus fuerzas en ahogarle, por temor de que alguna chispa dé á conocer aquel volcán ridículo que hierve bajo la nieve, tal es la suerte del viejo que ama, si es que la razón no le ha abandonado completamente, y tal es mi vida. Esperaba, por lo menos, haber conseguido ocultar mi debilidad, y si he de creer á Vd. todo el mundo la ha conocido, y ella la primera.

—No veo en eso ningún motivo para desesperarse. ¿A Vd. que le importa que digan que está enamorado? Nada; y en cuanto á Mad. Gastoul esté Vd. seguro de que le perdona. Pero vengamos á un punto que me

interesa muy particularmente; ¿mi hijo Luis es capaz de ser rival de Vd.?

—Señora, estaba escrito en el libro del destino que no me habia de librar de ningun género de ridiculez, y despues de haber cometido la necedad de enamorarme, no me faltaba otra cosa sino encontrarme rival de un hombre de veinte y seis años, elegante, amable, emprendedor, buen mozo; en fin con tantas cualidades para agradar como pocas tengo yo.

—Y mi hijo Luis es efectivamente todo eso que Vd. dice! exclamó Mad. de Epenoy con una satisfaccion maternal.

—Yo aprecio à su hijo de Vd. mucho y no tengo derecho à censurarle; pero confieso à Vd. que en estos tres meses, he tenido mas de veinte veces cuando le he visto las tentaciones mas tràjicas.

—Pues me hace Vd. una confesion à propósito para tranquilizarme.

—No tenga Vd. cuidado, que aunque estoy loco no lo soy tanto que vaya à provocar à un joven y à darle motivo para que se burla de mi, atrincherándose detras del respeto que se debe à mis canas. No; Arnolfo no atacará à Valerio, pero si puede contribuir à enviarle à que haga conquistas en Suecia ó en Baviera, esté Vd. segura de que nada perdonará para conseguirlo.

—Ya sabia yo que podia contar con Vd. dijo Madame de Epenoy riéndose. Pero ahora ¿quiere Vd. que le hable en términos razonables?

—Señora, no hago yo otra cosa desde la mañana hasta la noche. Siempre me estoy dirigiendo à mí mismo magníficos sermones, mas despues que ha dejado hablar à la razon la locura sigue obrando como antes.

—Pero en fin, quien dice amor dice esperanza, y puesto que Vd. nada espera.....

—No solamente no espero nada, sino que si fuese posible, que no lo es, que entoviese alguna probabilidad favorable, no daria ningun paso para aprovecharla.

—¿Qué desatino! exclamó Mad. de Epenoy con tono incrédulo.

—Aseguro à Vd. por mi honor que digo la verdad; no querria un triunfo que pudiese conseguir por medios indignos de mí. ¿Piensa Vd. que no sé yo cómo proceden en semejantes casos los hombres de mi edad, con qué maniobras hipócritas subyugan el ánimo de

una muger, se hacen sus confidentes sus aduladores hasta que llegan á ser dueños de sus secretos, y entonces exigen el precio de su discrecion? Esa infamia tiene sus reglas tan seguras como las del juego de ajedrez. ¿Sabe Vd. lo que haria en mi lugar uno de esos hombres de que hablo? Aprovecharia la ocasion que se le presentaba, y lejos de oponerse á los deseos de su hijo de Vd. le allanaria todos los obstáculos, porque una vez abierta la brecha entraria por ella en pos del vencedor. Eso se ve todos los dias, pero la idea sola de una cosa semejante me irrita. ¡Yo habia de ayudar á seducirla con la esperanza de poseerla despues! Nunca. Aun cuando á veces olvido mi edad no dejo de sentir su influjo, y el afecto que me inspira esa joven participa de la ternura de un padre y de la pasion de un amante; dentro de pocos años seré verdaderamente viejo, y acaso entonces, libre de esos ardores de que hoy me avergüenzo, llegaré á quererla como si realmente fuese mi hija, pero desde ahora la respeto tanto como la amo, y su honor me es tan precioso como el mio. Figúrese Vd. lo que debo sufrir al verla tan atolondrada y sin experiencia expuesta á todos los peligros que pueden rodear á una muger joven y bonita. ¡Dios vele sobre ella! que al pedir esto pido por mí mismo, pues conozco que si ese ángel llegase á caer, me moriria de pesar.

—Es imposible disparatar con mas delicadeza, dijo Mad. de Epenoy con acento burlon. ¡Con que á la edad en que la razon debe triunfar, juega Vd. su felicidad á una sola carta! ¡Y qué carta! La virtud de una muger de veinte y dos años, muy linda, muy amable, muy obsequiada como es natural, y si no me han engañado, casada con un necio.

—Pero infinitamente mas necio que todo lo que Vd. puede imaginar, exclamó el marqués dirigiendo al techo una mirada de cólera. ¡Qué hombre tan estúpido! ¡Qué animal de marido! Perdone Vd. señora, pero no puedo pensar en ello sin encolerizarme. No hay dia en que no tenga yo que acudir á remediar alguna de sus necesidades; al ver su conducta cualquiera diria que lo que mas desea es precisamente lo que por lo regular temen todos los casados. En fin, para dar á Vd. una idea de él ¿quién se figurará Vd. que es la persona á quien mas quiere en este momento, á quien mas ofrecimientos hace y mas amistad demuestra?

—Mi hijo, respondió sin titubear Mad. de Epenoy.
—Pues ¿quién se lo ha dicho á Vd.?
—Nadie, contestó ella riéndose, pero eso es lo natural. Luis conoce el oficio y Mr. Gastoul tiene todas las cualidades propias de su estado; ahí está todo el secreto. Pero vengamos á lo que á Vd. le interesa personalmente. No le diré yo que está loco puesto que Vd. mismo conviene en ello; pero si que es necesario curarse á cualquiera costa. Hace poco tiempo era confesor, ahora me toca ser médico. Respóndame Vd. con franqueza, ¿cuál es su género de vida, sus costumbres, sus ocupaciones?

—Ya le he dicho á Vd. que soy un paseante, un ocioso. Si la república llega á triunfar, mi suerte no puede ser dudosa, y desde ahora me veo arrojado del cuerpo social como un miembro parásito é inútil. Entretanto disfruto de la manera mas inocente que es posible de los bienes que la fortuna me ha dado, y que á no ser así yo no hubiera sabido adquirir. Los intereses y pasiones que tanto conmueven á los demás á mi rededor son completamente indiferentes para mí. Nada me importa quien nos gobierna, apenas conozco el nombre de los ministros, y cuando leo un periódico empiezo por el folletin en vez de principiar por el primer Paris. No tengo mas parte en los negocios públicos que el pago de contribuciones, y ni aun asisto á las elecciones porque me causan tedio esas luchas mezquinas. Cuando era muchacho me fue imposible aprender matemáticas, ahora que soy hombre me inspira la política igual antipatia. Vé Vd. pues que no encuentro alimento ni para la cabeza ni para el corazon, y en mí el corazon y la cabeza lo son todo. Desde que tengo uso de razon, no he conocido mas que tres cosas hermosas: la guerra, el amor y la música.

—Con efecto son tres cosas hermosas, dijo Mad. de Epenoy interrumpiéndole, pero las dos primeras no convienen sino á la juventud, y la tercera no basta para llenar la vida. Mas ya conocemos el principio del mal que es la ociosidad, y el remedio está bien indicado, que es una ocupacion cualquiera. Haga Vd. algo y nada importa lo que sea. Entre Vd. en una esfera activa que empleando las facultades de su alma lo aleje de esos sueños quiméricos con que se alimenta. Veamos; si Vd. hubiese de elegir una carrera, ¿cuál le acomodaria mas?

—Ninguna.

—Pero Vd. tendrá inclinacion á alguna cosa.

—A nada.

—No crea Vd. que me desanima. ¿En qué consisten las propiedades que tiene Vd. en el Limosino?

—En prados, bosques y herrerías en bastante mal estado.

—Pues póngalas Vd. en bueno. En vez de tenerlas arrendadas, diríjalas Vd. por sí mismo que nada es mas capaz de matar al amor que la industria.

—El aspecto de una herrería al pronto es bastante pintoresco, pero es siempre el mismo y al cabo de un mes me moria de fastidio. Además no soy tan pobre que quiera trabajar para ser mas rico.

—Usted tiene dinero establezca un periódico.

—No soy bastante rico para exponer mi capital y arruinarme.

—No soy bastante pobre; no soy bastante rico; ya veo que lo que á Vd. le falta es buena voluntad. Pues vamos á otra cosa. Su familia de Vd. es conocida hace mucho tiempo en su distrito, y Vd. mismo personalmente debe gozar en él una gran consideracion. Trate Vd. de consolidar seriamente ese influjo; las personas moderadas son muchas, y lejos de perjudicar á Vd. la calma de su carácter puede serle muy útil. Sin duda no será invencible la repugnancia que Vd. tiene á la política, y dado el primer paso estoy segura de que le tomará Vd. el gusto como las demas. ¿Por qué no procura Vd. salir diputado en las próximas elecciones?

—Señora, ¿qué mal le he hecho yo á Vd? exclamó el marqués con acento de reconvencion.

—Pues ¿qué mal hay en desear que sea Vd. diputado? Es un estado muy bueno. Se hacen leyes.....

—Mejor querria yo hacer pajuelas.

—Chancearse no es responder.

—Es que no me chanco. ¿Con que yo que necesito un administrador que cuide de mis bienes, habia de ser el *fac totum* de mis comitentes!

—No se trata de los comitentes. En fin es Vd. un verdadero niño con quien no se puede discutir con seriedad. Por otra parte todos estos expedientes no serian mas que medidas á medias que no cortarían el mal por la raíz. Es preciso otra cosa mas eficaz, debe Vd. tomar un partido decisivo que produzca en su vida un cambio completo é irrevocable; en una palabra.....

Mad. de Epenoy se interrumpió al ver que el marqués cogía con precipitación el sombrero que al entrar había dejado sobre una silla, y le preguntó :

—¿Qué tiene Vd.?

—Nada ; continúe Vd.

—Pero parece que trata Vd. de escaparse.

—Es que preveo, contestó Mr. de Morsy sonriéndose, que vá á estallar la bomba y por eso tomo mis precauciones.

—Pues bien, sí, marrullero, replicó Mad. de Epenoy, riéndose tambien ; es preciso que Vd. se case. Se lo he dicho cien veces y si es necesario se lo repetiré otras mil. Para lo que Vd. mismo califica de locura no hay mas que un solo remedio, que es el matrimonio.

—¡Al oso, al oso! dijo en voz baja el solteron.

—Querido marqués, es Vd. un insolente ; no se trata de dar á Vd. un oso, sino una muger amable, bien educada, razonable, virtuosa, en una palabra, digna de agradar á Vd. y de hacerle feliz.

Mr. de Morsy se levantó y cogiendo la mano de su amiga, la llevó con galanteria á los labios y respondió:

—Ya sé yo que Vd. tiene en su cartera una coleccion interesante de señoritas para casar, y deseo con toda mi alma que encuentre Vd. para cada una de ellas un editor responsable, pero.....

—No, cuente Vd. conmigo, ¿no es eso lo que iba Vd. á decir, solteron endurecido? Pues por mas que Vd. haga, un poco antes ó un poco despues tendrá que pasar por ahí. En fin, entretanto que llega el momento de la conversion no se olvide Vd. de venir mañana á darme cuenta de su conversacion con Luis.

—A las dos en punto estaré aquí, contestó el marqués y se retiró inmediatamente.

CAPITULO V.

Luego que acabó de comer se dirigió Mr. de Morsy al teatro francés, donde su pasion iba á sufrir pruebas crueles.

Sabida es la vanidad del poeta Lemierre que viendo una noche el teatro francés casi vacío en una representacion de *La Viuda del Malabar*, decia á sus amigos: «Concurrencia poco numerosa pero escogida.» Esta salida gascona del amor propio ofendido no era necesaria la noche de que vamos á hablar, que los padecimientos

de Chatterton se representaban delante de un público mas numeroso que escogido, pues el teatro estaba completamente lleno.

En la primera fila de un palco colocado detras de la galeria, llamaba la atencion Mad. Gastoul por el brillo de su hermosura y por la elegancia de su trage. A su lado estaba sentada una señora de edad, bastante fea, aunque bien vestida; en fin una de aquellas figuras de acompañamiento que llevan de buena gana las mugeres bonitas porque saben que el contraste no puede perjudicarles. En lo interior del palco se hallaba Mr. de Morsy sentado junto à Mr. Gastoul, y mientras el buen marido le contaba por la vigésima vez las penas que le costaba su mania de diputacion, el enamorado de cincuenta años no quitaba los ojos de Mad. Gastoul, y como no podia verla la cara, pues para eso seria necesario que ella se hubiese vuelto, lo cual evitaba con gran cuidado, estudiaba sus menores gestos y sus mas fugitivos movimientos con la ansiedad y el cuidado que es propio de los celosos.

Sea que, adivinando instintivamente esta vigilancia se creyese ofendida de ella, sea que algun otro cuidado alterase la serenidad de su humor, Mad. Gastoul parecia que sentia un malestar que no disimulaba completamente. Su rostro conservaba aquella impassibilidad que en las reuniones es de ordenanza para las señoras, aun cuando estén conmovidas interiormente, pero el movimiento de sus pendientes y la manera con que teclaba con los dedos en el antepecho del palco como si fuese un piano, manifestaban una irritacion nerviosa suficiente para justificar la inquietud del marqués.

En el momento en que acabó la primera pieza, Madame Gastoul que hasta entonces habia estado irresoluta, tomó de repente su partido y dijo à su esposo:

—¿No deseabas hablar à Mr. Barrot?

—Si, pero no le encontré esta mañana en la cámara, respondió el marido.

—Pues acabo de verle abajo.

—¿Donde está? preguntó el candidato electoral, alargando su cabeza por encima de la de su muger.

—Ha salido cuando han corrido el telon, pero estoy bien segura de que era él.

Mr. Gastoul descolgó precipitadamente el sombrero de la percha en que le habia puesto, y abriendo la puerta del palco dijo à Mr. de Morsy.

—Venga Vd. marqués, sin duda le encontraremos en la sala de conversacion.

Por mas insignificantes que pareciesen las palabras de Mad. Gastoul, habian escitado la desconfianza de Mr. de Morsy, que respondió sin levantarse:

—Talvez se habrá equivocado esta señora, y ademas Vd. no me necesita para hablar à Mr. Barrot.

—Si tal, replicó Mr. Gastoul; Vd. es una de las personas mas importantes de nuestro distrito, y su apoyo puede serme muy útil. Yo conozco la bondad de Vd. y sé que es incapaz de no querer darme la mano cuando la necesito.

Y uniendo la elocuencia de la accion à la de la palabra, con una mano cogió al marqués por el brazo, con la otra le presentó el sombrero, y quieras ó no quieras le hizo salir del palco.

Libre ya de los importunos que la incomodaban, Mad. Gastoul, sin perder tiempo llevó la mano à los rizos, y dirigió una mirada expresiva hácia uno de los ángulos de la orquesta, donde se habia colocado Luis de Epenoy. Aunque este habia recibido por la mañana del mismo marido la invitacion para ir al palco, esperaba sin embargo esta señal, porque la estricta observancia de la consigna es tan de rigor en los enamorados como en los centinelas. Un instante despues de haberla visto, ya estaba sentado en la silla que, muy à su pesar, habia dejado Mr. de Morsy. Saludáronse con las frases comunes de urbanidad las dos señoras y el jóven, y este sin dejar de tomar parte en una conversacion insignificante, estaba en acecho, pues suponía, y con razon, que no le habian hecho subir sin algun motivo. Su esperanza no tardó en realizarse.

—Mire Vd. que linda es la jóven que ha entrado en aquel palco de la derecha, dijo de repente Mad. Gastoul à la señora que la acompañaba.

La vieja dirigió el anteojo en la direccion que le indicaban, y entretanto Mad. Gastoul pasó por detras de la silla una mano furtiva que despues de haberse rozado con la de Luis, puso en ella un billete con una emocion fácil de comprender, sabiendo que era el primero.

Epenoy no esperó ya la mirada que ordinariamente le advertía cuando habia de concluir su visita, sino que se levantó inmediatamente, y saludando à las dos señoras salió con una precipitacion que no podia ofender à la

misma que era causa de ella. Sin perder tiempo en buscar otro sitio mas á propósito se detuvo en el corredor junto al primer quinqué que encontró, y desdobló con prisa la dichosa carta que por tanto tiempo habia solicitado en vano. Cuando acabó de leerla se puso sério, arqueó las cejas, y exclamó involuntariamente.

—¡Malditas solteronas!

—Trájico está Vd. esta noche, dijo detras de él una voz, tan alterada, que no pudo conocerla de pronto.

Volvió Epenoy la cabeza y se encontró con Mr. de Morsy enteramente pálido. Contrariado por aquel encuentro, dobló el billete en que el marqués fijaba unas miradas ansiosas y le guardó en el bolsillo del chaleco.

—Perdóne Vd. que no me detenga, porque tengo que hacer, dijo al marqués, y se marchó en seguida; pero en vez de salir del teatro entró en la sala de conversacion, y empezó á pasearse por ella con ademan tan meditado que su mejor amigo hubiera temido ser indiscreto llegándose á hablarle. Sin embargo, aquella preocupacion se hubiera podido tener por alegria en comparacion del abatimiento que expresaba en el mismo instante el semblante del marqués, que al separarse de su rival se decia á sí mismo: ¡Y ella le escribe!

Este terrible pensamiento le obligó á lanzar un suspiro ahogado, que hizo se llegase á él una de las portereras de los palcos, y le preguntase:

—¿Está Vd. malo, caballero? Se ha puesto tan pálido que da miedo.

Esquivó el marqués aquella compasion inoportuna, y despues de haber dado algunas vueltas por los corredores entró en la sala de conversacion donde una de las primeras personas que se le presentaron fué Epenoy que continuaba su paseo solitario, sin hacer caso de nadie. Al verle se detuvo, sin saber qué partido tomaria, y próximo á sucumbir á una de las mas violentas tentaciones que habia experimentado en su vida. Rejuvenecido repentinamente de veinte años, y atormentado por unos celos atroces, se preguntaba á sí mismo si iria y le arrancaria por fuerza el billete. Al paso que fermentaba su cerebro, le corrian por la frente las gotas de sudor, y por un movimiento maquinal quiso sacar el pañuelo para enjuagarlas, mas encontró en el bolsillo una mano extraña que sintiéndose cogida de improviso trató de huir, aunque

en vano. Separado súbitamente el marqués de los pensamientos que le atormentaban, dió media vuelta sin soltar la mano, y se encontró cara á cara con un jóven bastante bien vestido y de un aspecto agradable. Despues de haber hecho un nuevo esfuerzo para recobrar su libertad, aquel amable ratero conoció sin duda la superioridad de la mano que sujetaba la suya, porque dejó de hacer esfuerzos, y dirigiéndolo al marqués una mirada humilde, le dijo:

—Por Dios, caballero, no me pierda Vd. Tenga compasion de un desgraciado padre de familia que no encuentra trabajo y tiene cinco hijos que nada han comido hace dos dias.

Aunque la edad de aquel pícaro y su buena cara quitaban toda verosimilitud á su ayuno y á su paternidad, Mr. de Morsy, en vez de llamar á un agente de policia, llevó á su preso al hueco de un balcon donde no era tan facil que nadie les oyese, y le dijo en voz baja:

—Para ejercer ese oficio se necesita mucha destreza y tú no la tienes.

—Al mas diestro se le coge alguna vez, respondió el ladron un poco mas tranquilo y herido en su amor propio; y si Vd. quiere ser justo convendrá en que llevó la mano al bolsillo por casualidad, no porque hubiese sentido nada.

—Vaya! Puesto que tienes tan grande opinion de tu destreza, tengo ganas de ponerla á la prueba.

Contempló el ladron al marqués con aire sorprendido y estuvo por tenerle por un cofrade de una gerarquía superior «Y ¿qué es lo que arriesgo? pensó interiormente. Puesto que estoy cogido, nada peor puede sucederme.»

—En lugar de andar sacando pañuelos, ¿quieres ganar diez luises? le preguntó el marqués mirándole atentamente.

—¿Qué pregunta! exclamó el hombre, con los ojos cada vez mas espantados. Y ¿qué he de hacer para eso?

—Ves aquel jóven de levita negra y chaleco de cachemir que se pasea solo? Aquel que lleva un alfiler de esmeraldas en la corbata.

—¿Aquel rubio con bigote?

—El mismo. Pues aquel tiene en el bolsillo derecho del chaleco un billete.

—¿De banco? preguntó el ladron abriendo tanto ojo.

—No, hombre, una carta, y esa carta es la que yo

necesito. Si se la coges y me la traes inmediatamente te doy los diez luises.

—Pues vaya Vd. preparándolos.

Sin mas explicaciones puso manos à la obra el ratero. Un minuto despues se estaba paseando al lado de Epenoy como con indiferencia, acechando el momento favorable, que no tardó en presentarse. La campanilla de la sala anunció que se habia levantado el telon, y la mayor parte de los que se paseaban se dirigieron à un mismo tiempo hàcia la puerta, ocasionando aquella salida general, como sucede siempre en tales casos, un momento de apretura y confusion de que supo aprovecharse el sacador de pañuelos. Mr. de Morsy que se habia quedado junto à la ventana, y esperaba con ansiedad el resultado de aquel golpe de mano, vió presentarse bien pronto alegre y orgulloso al extraordinario agente que le habia proporcionado la casualidad.

—Aquí está el pollo, dijo enseñando el billete. ¿Dónde estan mis pajaritos?

El marqués entreabrió el billete cuya letra conoció al momento, y poniendo en la mano de su emisario las diez monedas de oro, le hizo una señal para que se fuese.

—¡Basta y chiton! dijo el ratero guardándose las monedas. Si alguna otra vez necesita Vd. de mí, pregunte por Petit-Joly en el café de los tres Billares, calle del Temple.

Diciendo asi se marchó muy satisfecho de la jornada, pues ademas de los doscientos francos que le habia dado el marqués, encontró en el bolsillo de Epenoy un lindo reloj de oro tan pegado al billete que habian salido juntos. En el momento mismo en que el ladron salia de la sala por una puerta, el robado entraba en ella por otra.

—¿A dónde va Vd. tan desafortado? le preguntó el marqués deteniéndole.

—A ver si pillo à un ladron que me acaba de robar mi reloj, respondió Epenoy; le conoceré aunque le vea entre otros mil; uno de pelo rojo con levita de color de castaña. ¿Le ha visto Vd.?

Sin esperar la respuesta de Mr. de Morsy, el joven siguió su carrera, bajó rápidamente hasta el vestibulo y dió aviso à los agentes de policia, pero todo fue inútil porque el ratero habia desaparecido.

•Poco me importa el reloj se decia entonces Epenoy

à sí mismo con los puños cerrados de furor ; pero la carta de Emilia ! El tunante habrá creído que era un billete de banco.

Las pasiones son poco escrupulosas , y la de los celos menos que ninguna. Al tigre hambriento todos los medios le parecen buenos para apoderarse de su presa ; al suspicaz celoso todos los caminos le parecen legítimos para aclarar sus dudas ; testigo el escondrijo desde donde Neron expiaba à Británico ; testigo el billete de Nerestan interceptado por Orosman ; y en fin, si es lícito equiparar à tan altos personajes uno de los actores de este frívolo bosquejo, testigo el contrato hecho por el marqués de Morsy con un ladrón de profesion.

Gracias à aquel extravagante convenio, el marqués se encontraba poseedor de un secreto que hasta entonces no había podido hacer mas que desflorar , à pesar de la actividad de su vigilancia. El corazón de una muger es demasiado profundo para que ni la observacion mas perspicaz pueda sondear todos sus repliegues, y solo cuando se abre por sí mismo es cuando deja ver hasta el fondo. Era evidente à los ojos del marqués que Mad. Gastoul caminaba hacia tres meses por encima de aquellas arenas movedizas que no sueltan su víctima cuando una vez han llegado à cogerla ; pero ignoraba todavía hasta qué punto se hallaba sumergida en la arena implacable y ella misma iba à decirselo. En aquel momento decisivo Mr. de Morsy sentia vacilar su valor , y hallándose à punto de saber toda la verdad se detuvo como al borde de un precipicio. En lugar de leer inmediatamente el billete , como se había propuesto pocos minutos antes, le apretó convulsivamente en la mano, y oprimido el corazón por una terrible angustia, no se sintió con valor bastante para volver à entrar en el palco y encontrarse al lado de Mad. Gastoul. Salió, pues, del teatro, sin saber à donde iba, y anduvo mucho tiempo por las calles, no sintiendo una lluvia fria pero glacial que le caia encima, y tropezando con todos los que pasaban, à los que miraba pero no veía, hasta que cerca ya de media noche se encontró en su casa sin saber cómo había ido à ella. Allí se fue disipando poco à poco su vértigo, y cuando volvió completamente en sí, hizo que se retirase su ayuda de cámara, que al verle llegar à casa à pie y en aquel estado, había creído que su amo tenía trastornada la cabeza, y no se había separado de él.

Luego que se vió solo permaneció algun tiempo sentado, con los ojos tristes y la cabeza inclinada sobre el pecho, hasta que al fin por uno de aquellos trasportes violentos que indican que la energia vuelve à recobrar su imperio, alzó la cabeza, abrió con mano firme aquella carta cuyo solo contacto habia aniquilado las facultades de su alma, y leyó sin detenerse lo que sigue:

«Desde ayer vivo en una inquietud imposible de expresar, y Vd. es la causa de ella; júzgue Vd. si tengo razon para estar sobresaltada. Sabiendo que anoche encontraria á Vd. en esa maldadada reunion de casa de... y cediendo á no sé que mal genio que me persuadió, despues de haberme negado tantas veces, habia escrito á Vd. un billete; esto fue ya cometer una falta y no tardó en venir el castigo. Como no estoy acostumbrada á esas cosas no sabia donde ocultar mi billete, y al fin imaginé ponerle dentro de un guante. ¡Terrible imprudencia! ¡Quiera Dios que no sea irreparable! Vd. se acuerda de que me desmayé y me sacaron del salon; pues al volver en mí me encontré en una sala mas pequeña rodeada por tres ó cuatro señoras, al parecer muy compasivas. Mi primer pensamiento fué Vd.; me miro á las manos y las veo sin guantes; los busco y los encuentro sobre el sofá en que me habian colocado; los tomo pero ya se habian anticipado pues el billete no estaba en ellos. Próxima á desmayarme de nuevo, miro á las señoras que me rodeaban y dos de ellas me parecen personas de buena intencion, ¡pero la tercera! Vd. conocerá cuál seria mi terror cuando sepa que en la tercera vi á mi enemiga encarnizada, á la favorita de su madre de Vd.; en una palabra, á la señorita de Boissier, á quien no ha podido casar en diez años. En la espantosa sonrisa que asomaba á su infame boca conocí que ella habia sido la que me habia quitado los guantes y habia cogido el billete; tiene, pues, en su mano mi reputacion y debo temerlo todo de ella porque me detesta y voy á manifestar á Vd. la causa.

«Hace algunos años que se habló de casamiento entre esa muger y mi marido, y como no llegó á verificarse no me ha perdonado una ruptura en que no tuve parte alguna. Ese es el motivo principal de su ódio, pero ademas yo tengo poco mas de veinte años y ella cerca de cuarenta; dicen que soy linda y á ella la tienen por ridícula; tengo coche mio y ella va en *omnibus*;

en el baile me sobran muchos que quieren bailar conmigo y de ella no se acuerda ninguno; en fin, sin contar á Vd., mas de un hombre amable ha tratado de agradarme y ella no puede encontrar un marido bueno ni malo. Ya conóce Vd. que debe aborrecerme y lo hace con toda su alma, y si anoche en lugar de flor de naranja hubiera podido echar un veneno en el vaso de agua que me dieron, lo habria hecho con muy buena voluntad. No pudo hacerlo y se contentó con robarme, pero me robó una cosa que me atormenta mas que si me hubiera envenenado; porque al fin el veneno mata, pero la calumnia deshonra.

«No recuerdo exactamente lo que decia aquel desdichado billete, pero sin duda cosas que interpretará á su manera, porque Vd. me persigue cruelmente es muy fácil dar un sentido criminal á las frases mas inocentes. Todo es crimen en manos de un enemigo, y la señorita de Boissier es enemiga mia y enemiga implacable; esto basta para que Vd. conozca que el billete que yo le habia escrito no puede quedar en sus manos, y que á toda costa es necesario arrancarle de ellas, y ¿á quién he de hacer tal encargo sino á Vd.? Sobre todo no hay que perder una hora porque de un momento á otro puede la vívora destilar su veneno, y mientras yo tenga ese temor puedo decir que no vivo.»

«P. S. Esta mañana hubiera entregado á Vd. este billete en las Tullerías y ya le tenia en el manguito, pero me lo impidió la presencia del espía.»

Al terminar la lectura del billete respiró mas tranquilo el marqués, á pesar de lo mal que se le trataba en el *post-scriptum*, porque cuando se ha temido un desastre completo, se halla facilmente valor para soportar una desgracia á medias.

— ¡Aun puede salvarse! exclamó con fervor; yo la libraré de sí misma y de los demas.

Inútil es decir que con las palabras *los demas* designaba el marqués á Mr. de Epenoy y la señorita de Boissier.

—No hay que desesperar, continuó despues de un momento de reflexion, pero el peligro es sério. Por un lado las impertinentes pretensiones de ese fátuo, por otro el ódio envidioso de la solterona: es cuanto basta y sobra para hacer añicos diez reputaciones bien establecidas. Hasta ahora he defendido el terreno palmo á palmo contra un adversario; ahora tengo que pelear

entre dos fuegos, no importa; en el momento en que ella mas necesita un amigo verdadero no le faltará por cierto mi afecto.

Mr. de Morsy pasó una parte de la noche en combinar un plan de defensa apropiado á la situacion peligrosa en que se encontraba la muger á quien amaba, y aun cuando la franqueza y lealtad de su carácter le hacian preferir en todo el camino mas recto, conoció bien que en aquella circunstancia podia ser muy útil el disimulo, indispensable la destreza y legítima cualquiera astucia.

El dia siguiente, mucho antes de las dos, se presentó en casa de Mad. de Epenoy.

—¿Qué tenemos? le preguntó esta con precipitacion. ¿Se muestra razonable el hijo pródigo?

—Señora, no le he visto anoche mas que un instante, respondió Mr. de Morsy, y no me fue posible hablarle de nuestro asunto. Pero en este momento vengo á hablar con Vd. de mí y no de él.

—Y ¡qué ademan de compuncion trae Vd.! exclamó Mad. de Epenoy riéndose. ¿Le habrá tocado á Vd. desde ayer la gracia matrimonial?

—Algo de eso hay, señora, respondió el marqués en tono grave.

—¿De veras? ¡No es posible! Vd. quiere burlarse de mí.

—Hablo con la mayor formalidad.

—Y ¿se halla Vd. dispuesto á abjurar sus heregias celibatarias?

—¿No le digo á Vd. que estoy completamente decidido?

—Pues siéntese Vd. y cuénteme cómo es eso; dijo la señora con una viveza que mostraba el interés con que oia una introduccion tan inesperada.

—Habrá Vd. notado, empezó Mr. de Morsy, que la locura de que la hablé ayer no llega hasta el punto de hacerme completamente ciego. No puedo engañarme acerca de la ridiculez de mi pasion, y mas de una vez he pensado en librarme de ella, aunque sea á costa de una resolucion violenta. Los consejos que Vd. me dió ayer encontraron el terreno mejor preparado que lo que yo aparentaba; toda la noche he estado reflexionando en lo que Vd. me dijo de que es necesario hacer en mi vida una mudanza absoluta que sustituya en lugar de las cosas quiméricas de que me alimento, un interés sustancial y positivo, y he visto que en tésis ge-

neral tiene Vd. razon y que no hay mas que el matrimonio que pueda dar ese resultado.

—Pues si en general tengo razon, en este caso particular la tengo mucho mas. Yo le conozco à Vd. como si fuera mi hermano, y estoy convencida de que si hay un hombre capaz de ser excelente marido, un marido modelo, ese hombre es Vd.

—Yo deseo que la profecia se realice si algun dia lle-go à casarme.

—Si algun dia...; no valen sies; Vd. se casará eso es cosa ya decidida, y no hay que volver à hablar de ella. ¿Cuándo? Lo mas pronto que sea posible. ¿Con quién? Eso me toca à mí, à no ser que tenga Vd. ya la eleccion hecha, lo cual no puedo creer, por que no imagino que quisiera hacer à su antigua amiga el desaire de confiar à otra una mision tan delicada é importante. Si reclamo asi mis derechos, continuó sonriéndose, es por miedo de que caiga Vd. en malas manos, porque hoy dia todo el mundo se mezcla en estas cosas de casamiento, y el clero, sobre todo, me hace algunas pasadas muy malas. ¿Hace pocos dias que me han quitado una muchacha con cuatrocientos mil francos de dote que yo deseaba para uno de mis sobrinos, y al pasó que van, dentro de poco no habrá bastantes herederas ricas en Francia para sus colegiales! Pero con respecto à Vd. me parece que puedo estar tranquila, ¿no es verdad? ¿Me será Vd. fiel? Piense Vd. que una defeccion de esa clase nos haria reñir para siempre.

—Prometo à Vd., dijo el marqués sonriéndose, que si lle-go à casarme recibiré de su mano mi esposa.

—Eso es hablar como un sábio, replicó Mad. de Epe-
noy en cuyo rostro brillaba la mas viva satisfaccion.
Veamos, machaquemos el hierro mientras está caliente.
¿Qué diría Vd. de una viuda amable, linda, de ta-
lento.....

—Nada de viudas, señora. Eso seria exponerme à comparaciones que un hombre de mi edad debe evitar cuidadosamente.

—Eso es en Vd. una modestia tan excesiva como poco comun en otros.

—No señora; no es mas que prudencia.

—Sea lo que quiera, es un modo de pensar muy jui-
cioso y yo no puedo menos de elogiarle. Pero acaso
tampoco querría Vd. una soltera demasiado jóven.....

—Eso sería todavía peor.

—Ya voy viendo que Vd. es la razón misma.

—Por lo menos sé hacerme justicia. Si yo estuviese decidido á casarme desearia que la edad de mi futura y la mia no presentasen una desproporcion chocante; tengo cincuenta y dos años y me parece que una muger de treinta y cinco á cuarenta.....

—¡Esto es milagroso! exclamó Mad. de Epenoy, cada vez mas radiante de gozo; cualquiera diria que nos hemos puesto de acuerdo y que está Vd. explicando mi pensamiento. Si, querido marqués, una muger de treinta y cinco á cuarenta años, eso es lo que á Vd. le conviene, y en esa categoria tengo partidos muy buenos. Desde luego tenemos á la señorita de Clericourt, que es de una familia distinguida de Borgoña, muy buena persona, excelente educacion, inclinaciones religiosas.....

—Permitame Vd. que la interrumpa, dijo el marqués. Creo firmemente todas las perfecciones y ventajas de la señorita de Clericourt, pero entre las que Vd. conoce hay otra en quien yo habia pensado.

—Ah! ¡Está la eleccion hecha! En ese caso á qué me estoy rompiendo la cabeza en buscar. Explíquese Vd. señor diplomático; ¿quién es esa señorita?

—Una persona á quien he visto varias veces en sociedades, y en su casa de Vd. una ó dos; y si yo no me engaño, Vd. la aprecia mucho.

—Y ¿cómo se llama?

—La señorita de Boissier.

De todos los nombres que podian salir de la boca del marqués, era este el que menos esperaba Mad. de Epenoy. Permaneció, pues, muda un instante como si se negase á creer á sus oidos, y si bien en cualquiera otra circunstancia habria acogido con la mayor alegria la ocasion que se presentaba á su protegida, la amistad verdadera que profesaba á Mr. de Morsy no pudo menor de turbar su satisfaccion, porque de repente se sintió asaltada por aquel escrúpulo que tienen á veces ciertos mercaderes, cuando no quieren vender á uno de sus parroquianos un género de calidad dudosa, que reservan para los compradores de paso.

—Seguramente, dijo, la señorita de Boissier tiene mucho mérito, pero es bastante pobre.

—Para eso yo soy rico; respondió el marqués.

—No se puede decir tampoco que sea bonita.

—No se trata de hacer un matrimonio por amor.

—Su caracter es bueno, pero bastante desigual.

—Tanto mejor. Ya sabe Vd. que el fastidio nace de la uniformidad.

—Es muy apegada à sus ideas.

—Y yo muy poco à las mias, de modo que facilmente nos pondremos de acuerdo.

«Este es un efecto de desesperacion, pensó entre sí misma Mad. de Epenoy. El amor à Mad. Gastoul le ha trastornado el juicio y no sabe lo que se hace. En conciencia no me hubiera atrevido yo à proponerle semejante boda, pero siendo él quien viene à hablarme para eso, ¿por qué me he de oponer à su voluntad? ¡Marquesa y sesenta mil francos de renta! Se va à volver loca la pobre Alfonsina.

—Pero vamos claros, dijo al marqués; ¿no es una chanza todo lo que Vd. ha dicho? ¿Quiére Vd. casarse con la señorita de Boissier?

—Probablemente no, si me deja Vd. tiempo para reflexionarlo. Desde anoche siento un aturdimiento febril que à falta de determinacion real, me hace capaz de todo. Nada hay que no sea yo capaz de hacer en este momento por romper una cadena ridícula, pero mañana ¿quién sabe.....?

—Mañana comerà Vd. conmigo, dijo interrumpiéndole Mad. de Epenoy, y convidaré à la señorita de Boissier.

—Mañana! Y ¿por qué no hoy? replicó el marqués sonriéndose de la viveza de su antigua amiga.

—Porque esta noche tengo que ir à otra parte.

—Pero de seis à nueve está Vd. libre, y tres horas son mas tiempo que el que se necesita para una conferencia de esta naturaleza. Si la muelo à Vd. asi es porque me conozco, y mañana me levantaré acaso solterón tan acérrimo como he sido toda mi vida; áteme Vd. las manos si de veras tiene deseos de casarme.

—Tiene Vd. razon, contestó Mad. de Epenoy levantándose con una prisa que hizo sonreir de nuevo al marqués. Si le dejo à Vd. tiempo para que se refracte se me escapà de entre las manos, y jamas me consolaria yo de eso.

Diciendo asi tocó la campanilla, é inmediatamente se presentó el criado.

—Vaya Vd. à buscar un coche, le dijo su ama, y venga à Justina que el señor marqués come en casa. Voy à ver à la señorita de Boissier, dijo despues que se fue

el criado, y cualesquiera que sean los compromisos que tenga, cuente Vd. con que comerá con nosotros. Con que hasta las seis, y ¡Dios le mantenga hasta entonces en sus buenas disposiciones!

CAPÍTULO VI.

Media hora despues de haberse separado de Monsieur de Morsy, verificaba Mad. de Epenoy una entrada que verdaderamente pudiera llamarse *triumfal* en el aposento que ocupaba su protegida, al principio de la calle de Bellechasse.

La señorita de Boissier, que estaba huérfana hacia mucho tiempo vivia sola, porque tan dispuesta como estaba á sacrificar su libertad al matrimonio, otro tanto aborrecia la tutela de familia, y por otra parte su edad justificaba aquella independencia. Por uno de aquellos prodigios de administracion que solo es dado realizar á las mugeres, con menos de cuatro mil francos de renta sabia tener una casa decente y presentarse bien en las reuniones casi todas las noches. Verdad es que toda su servidumbre se reducía á una criada única, doncella y cocinera en una pieza, pero el trabajo que daba á esta era casi imaginario, y por lo mismo no necesitaba quien la ayudase. Su mesa no hubiera alegrado mucho á un gastrónomo, pero ¿quién no sabe que la Providencia, que mantiene á los pajarillos del aire, da á las mugeres la coqueteria, y no necesita mas que de un espejo para hartarlas? Una muger joven, linda y vestida con elegancia, siempre ha comido bien, y á pesar de la humildad que á veces afectaba, es probable que la señorita Alfonsina creía ser todo eso.

En el momento en que Mad. de Epenoy entró en casa de su protegida, se hallaba esta de pie delante de la chimenea de una salita donde solia estar por lo comun, y que era la pieza principal de la casa. Con los codos apoyados sobre la mantita de terciopelo verde que cubria el mármol de la chimenea, contemplaba en el espejo su poco agraciado rostro, con el cual seguia un diálogo en toda regla por el rigoroso cuidado que tenia en hacer las preguntas y dar las respuestas. Sin percibirlo siquiera, habia adquirido la señorita de Boissier la costumbre de hacer monólogos, vicio que suelen contraer facilmente las personas que están casi

siempre solas, y en aquellas conversaciones ideales buscaba naturalmente una recompensa de las vejaciones que sufría en la vida real; así es que se hacía cumplimientos, se sacaba á bailar, se dirigía declaraciones amorosas y aun pedía su propia mano. El interlocutor imaginario encargado de este agradable oficio era invariablemente un joven moreno y pálido, alto, melancólico y atrevido, rico, noble como el rey, vizconde por lo menos, y á los treinta años coronel de caballería; en una palabra, era el fenix quimérico al que sacrifican en secreto tantas solteras viejas.

Aquel día el soliloquio de Alfonsina era muy animado pues los dos personajes de que alternativamente era intérprete hacían su papel con todo esmero; el vizconde estaba apasionado y exigente; la señorita reservada aunque conmovida.

«Yo se lo ruego á Vd. decía el primero, una palabra, una sola palabra que me manifieste que mi atrevimiento no la ha ofendido.—Pero ¿qué es lo que Vd. quiere de mí? respondía la segunda con una púdica pantomima.—El derecho de poder esperar.—No dudo que sus miras de Vd. son honradas.—¿Pues pudiera tenerlas de otra clase con una muger como Vd? Lo que deseo es su mano al mismo tiempo que su corazón, ¿será Vd. tan cruel que me niegue ambas cosas?—Señor vizconde....—¿Qué es lo que la detiene á Vd? ¿Acaso algun otro...?—Oh! Crea Vd. que no.—Pues entonces ¿por qué se niega Vd. á hacerme feliz? ¿No es Vd. libre?—Si señor; soy dueña absoluta de mis acciones y no tengo que dar cuenta de ellas á nadie; pero el matrimonio es una cosa tan seria que tiemblo solo de pensar en él, y Vd. mismo ¿está seguro de no engañarse? Hoy me ama Vd., á lo menos así lo dice....—Si, sí, la adoro á Vd.—Y si Vd. se casase conmigo ¿me amaría dentro de algunos años?—Oh! siempre, siempre; lo juro á los pies de Vd.—¿Qué hace Vd. vizconde? Levántese Vd., yo se lo ruego; si entrase alguien.... ¡Ay Dios mio! Abren la puerta.»

En efecto la abría Mad. de Epenoy. Al verla la señorita de Boissier se estremeció como si en realidad la hubiesen encontrado sola con el mas temible de los vizcondes, y sus sueños matrimoniales se dispersaron como una bandada de perdices se dispersa al tiro del cazador.

—Cómo! ¡Son cerca de las cuatro y aun no está Vd. vestida! exclamó la protectora al entrar. ¿En qué pien-

sa Vd? Ahora no se trata de mirarse al espejo; oigame Vd. que otro dia tendrá tiempo para admirar sus gracias. Creo que al fin estamos desencantadas, porque se nos presenta un partido magnífico, con sesenta mil francos de renta, posesiones hermosísimas en un pais delicioso, casa en Paris, y por añadidura, marquesa. ¡Marquesa hija mia! Esto es tan bueno que me cuesta trabajo creerlo. Pero menéese Vd. en lugar de estar como una estátua; vistase al momento y trate de ponerse guapa. Ya sabe Vd. que comemos á las seis.

Mad. de Epenoy hubiera podido continuar por mucho tiempo hablando en el mismo tono sin que su protegida la interrumpiese; es verdad que esta la escuchaba con los ojos fijos y la boca abierta, pero no podia comprender que aquellas palabras mágicas de «posesiones, marquesa, sesenta mil francos de renta,» se dirigiesen á ella.

—¿Está Vd. sorda ó muda? continuó Mad. de Epenoy, impacientándose de aquel silencio. ¿No oye Vd. lo que la digo? Tenemos un marido.

A esta palabra cabalística mudó Alfonsina de color, y sintiendo una especie de desmayo se sentó sin pronunciar ni una sola sílaba. Mad. de Epenoy perdonó aquel obstinado mutismo porque conoció que no provenia de otra causa que del exceso de sorpresa y de gozo. A fin de dar á su cliente el tiempo necesario para serenarse le contó toda la conversacion que acababa de tener con el marqués. La señorita de Boissier al saber que Mr. de Morsy estaba casi decidido á casarse con ella, lejos de repetir el anatema que la víspera habia lanzado contra los hombres de cincuenta años, levantó hácia el cielo una mirada enternecida; y luego arrebatada por un trasporte repentino se levantó precipitadamente y empezó á marchar desde la chimenea á la puerta, de la puerta á la ventana y de la ventana á la chimenea, haciendo una porcion de giros como dicen que hacen las personas á quienes ha picado la tarántula y exclamando acongojada:

—¡Válgame Dios! ¡Y no lo sé sino en el momento crítico! ¡Esa maldita costurera que me prometió traerme el vestido esta mañana temprano y no me le ha traído! ¡Y queria yo tomar un baño antes de comer! ¿Cree Vd. que tendré tiempo todavía?

—¡Un baño! exclamó riéndose Mad. de Epenoy. ¿Está Vd. loca?

—¿Pues no vé Vd. que colorada tengo hoy la cara? Estos disgustos solo me suceden á mi.

—Aseguro á Vd. Alfonsina, que tiene la misma cara que todos los dias.

Sin sospechar siquiera en el sarcasmo que contenia esta respuesta, la señorita de Boissier se colocó delante del espejo y empezó á examinar con cierta ansiedad las amapolas de su rostro.

—Con la luz artificial, le dijo su protectora, eso pasará por buen color.

—Vd. me tranquiliza un poco; y si no me engaño oí decir un dia al marqués de Morsy en su casa de Vd. que no comprendia la aficion de algunos hombres á las mugeres pálidas.

—Sin duda seria él; vamos, cálmese Vd. que cuanto mas se agita mas le sube la sangre á la caheza; el que esté Vd. un poco mas pálida ó mas encarnada no es el punto esencial. Trate Vd. de mostrarse sehcilla, razonable, natural; Mr. de Morsy no es un héroe de nøyela, y Vd. no es ninguna niña; así, pues, para agradarle, cuente Vd. menos con el poder de sus ojos que con sus cualidades morales, y sobre todo procure Vd. hacerle concebir una alta idea de su carácter.

—Pero, señora, dijo la señorita herida repentinamente por una idea singular; por ahí no dicen otra cosa sino que Mr. de Morsy está enamorado de la señora de quien hablábamos ayer.

—Lo está en efecto, pero ¿eso qué importa? Yo sumpongo que no tendrá Vd. la pretension de disfrutar las primicias de su corazon. Precisamente porque ama á una muger con quien no puede casarse, se ha decidido con mucha prudencia á casarse con otra á quien amarà despues. A propósito de Mad. Gastoul, acabe Vd. su historia. Vd. le quitó los guantes.....

—Y ¿sabe Vd. lo que habia dentro de uno de ellos? exclamó Alfonsina en un tono de virtuosa indignacion ¡Un billete amoroso!

—Todas las mugeres lindas están expuestas á ocultar un huesped semejante, dijo la anciana con tono indulgente; pero hubiera debido escoger otro escondite mas seguro.

—¡Un billete de su letra, señora, y escrito para un hombre!

—¿Pues para quién queria Vd. que estuviese escrito? Pero eso no prueba otra cosa que atolondramiento é

inexperiencia, porque una muger que sabe vivir en el mundo, no escribe nunca. En fin dejemos á Mad. Gastoul y sus correspondencias, que nada nos importan, y tratemos de nuestro negocio. Mr. de Morsy estará en mi casa á las seis; vaya Vd. un poco mas temprano, porque la salida á la escena es muy importante, y á pesar de todas mis lecciones todavia deja Vd. algo que desear, de modo que vale mas que esté ya allí cuando él llegue.

A la hora señalada rivalizaron en exactitud los dos convidados de Mad. de Epenoy, y á penas se habia sentado Alfonsina en la sala de su protectora cuando oyó, no sin palparla violentamente el corazon, anunciar á Mr. de Morsy. Esta puntualidad era de buen agüero, y los graciosos y afables modales del marqués confirmaron muy pronto todo lo que el agüero prometia. Al verse por primera vez en su vida objeto de cuidados y galanterias, la señorita de Boissier vió el cielo conyugal abierto, y entregada á su éstasis perdió la poca sangre fria que hasta entonces habia conservado.

La calma y la dignidad en la coqueteria no pertenecen sino á las mugeres acostumbradas á agradar; las que no lo están, turbadas y orgullosas al menor triunfo, parece que estan próximas á desprenderse de la tierra y á elevarse por el aire como un globo aerostático. Asi sucedió á Alfonsina, luego que Mr. de Morsy la hizo probar el filtro mágico de la adulacion; embriagada desde la primera gota quiso ser amable de una manera tan extremada, que Mad. de Epenoy, que ya entablada la partida se habia interesado en ella, temió que lo echase todo á perder. Pero en vano la prudente señora trató de moderar la eferescencia de su protegida; ni las miradas de desaprobacion, ni las advertencias indirectas, ni el cambio de conversacion, nada pudo disipar aquella embriaguez producida por el deseo y la esperanza de agradar. Alternativamente bulliciosa, ingénuo, sentimental, exaltada, atolondrada y entusiasta, Alfonsina agotaba su aljaba contra el marqués. A cada flecha asesina que llegaba á él correspondia Mr. de Morsy con alguna galanteria, cuyo efecto era inflamar mas y mas el humor conquistador de la doncella; cuanto mas redoblaba esta sus zalamerias mas agradablemente se sonreia el hombre de cincuenta años; cuanto mas se embrollaba en sus frases campanudas mas aprobador era el aire con que la escuchaba; en una palabra cuanto mas ridiculase mostraba ella, mas entusiasmado parecia estar él.

Despues de haber tratado de oponer un dique á aquel torrente, reconociendo la inutilidad de sus esfuerzos habia cesado Mad. de Epenoy en su inútil resistencia; y reducida poco á poco al silencio por la locuacidad de su protegida, asistia á la conferencia, de que al principio se habia prometido un resultado satisfactorio, pensativa, descontenta y aun enfadada, como lo estaria un general que despues de haber empezado un combate con muy buen pie, viese comprometido el resultado por culpa de uno de sus tenientes.

«Y van veinte y nueve! se decia á sí misma. Está visto; renuncio á casarla; que se componga como pueda, yo no me mezclo mas en sus cosas; morirá soltera y la estará bien empleado.»

Mientras meditaba esta bárbara determinacion que pretendia tomar siempre que Alfonsina llevaba nuevas calabazas, Mad. de Epenoy miraba disimuladamente al marqués, y procuraba leer en sus ojos; mas fuese cortesía de hombre de buen tono, fuese disimulo estudiado ó fascinacion inexplicable, él parecia subyugado y toda su fisonomía anunciaba la mayor satisfacción. Sorprendida pero no tranquila, aprovechó despues de comer un momento en que la señorita de Boissier hojeaba un album para hablar confidencialmente á Mr. de Morsy.

—La timidez, le dijo en voz baja, produce á veces efectos contrarios á los que se esperan de ella; su presencia de Vd. la ha turbado y para ocultar su turbacion ha tratado de hablar tanto; pero no crea Vd. que es siempre así.

—Hay derecho á hablar mucho cuando se habla tan bien como esta señorita, respondió el marqués con el tono mas natural.

Mad. de Epenoy le miró con un aire entre escrutador y admirado.

—Segun eso le ha gustado á Vd. su conversacion, continuó.

—Si no me agradase seria yo bien difícil de contentar, porque no se puede negar que tiene mucha gracia.

—Seguramente.

—Y es muy amable.

—Sin duda.

—Y me parece que tiene un carácter excelente.

—Oh! excelente.

—En una palabra, estoy muy satisfecho.

«Y yo no entiendo como sois los hombres, pensó interiormente Mad. de Epenoy. Que ella cometiese mil extravagancias, ya lo esperaba yo, pero que él se deje seducir por esa algarabía, es para mí inconcebible. ¡Dice que es amable y que tiene gracia! No sé por qué no ha dicho también que es muy bonita. El único modo que encuentro de explicar todo esto es que, como él mismo dice, su pasión le ha trastornado la cabeza. En fin, si es así, que se aproveche de ello la pobre Alfonsina.»

La conferencia conyugal se aproximaba á su fin, porque eran ya cerca de las nueve. Mr. de Morsy, que habia mandado venir su coche para aquella hora, reclamó el privilegio de llevar en él á Mad. de Epenoy á la casa á donde iba de tertulia, y al mismo tiempo solicitó el favor de conducir á su habitacion á la señorita de Boissier. Una y otra consintieron en ello, y la soltera no se mostró asustada de aquel plan, aunque conforme á él tenia que quedarse sola en el coche con el marqués.

Este, que generalmente era enemigo de la ostentacion, se habia separado aquel dia de sus costumbres, pues habia mandado á sus criados que se pusiesen las mas ricas libreas y dado órden para que llevasen el mejor de sus coches. Tan brillante carruaje exaltó, como él habia previsto, el orgullo de Alfonsina, que al verse sentada en la testera á la izquierda de Mad. de Epenoy, á quien parecia que hacia los honores, no pudo menos de pensar con delicias en el momento en que seria legalmente dueña del coche. «Le haré vestir de azul, se decia á sí misma, porque el amarillo no favorece á las rubias; por lo demas, caballos, libreas, carruaje, todo es perfecto.»

Pronto llegaron á la calle del Bac, enfrente de la casa á donde se dirigia Mad. de Epenoy. El marqués la ofreció la mano para bajar del coche, y despues de darle las gracias, volvió á subir con todo el ademan de un hombre enamorado. Al observar la viveza de aquel movimiento, poco faltó á Alfonsina para perder el sentido, segun lo violentamente que le latia el corazon. Aunque no es natural ni está en uso entablar desde la primera conferencia la solemne cuestion de matrimonio, se persuadió ella de que el marqués, contenido hasta entonces por la presencia de otra persona, habia proporcionado aquella ocasion de estar so-

los, con el objeto de confesarle sus intenciones. Esperaba, pues, la declaración con una emoción encantadora, y de antemano, y a pesar del aspecto de incertidumbre á que se creía obligada por decoro, todo en ella estaba diciendo *si*.

Sentóse Mr. de Morsy enfrente de ella, circunstancia que le pareció demostrar una exquisita delicadeza y un gran respeto hácia ella; mas en vez de tomar la palabra se quedó sumergido en una profunda meditación de que no salió, con gran sorpresa de la señorita de Boissier, sino en el momento en que paró el coche segunda vez.

—Señorita, dijo entonces con acento sério, tengo que pedir á Vd. una gracia, y es del mayor interés para mí que no me la niege. Es urgente, me atrevo á decir mas, es indispensable que me conceda Vd. algunos instantes de conversacion, y mi coche no es sitio á propósito para ello. Aunque nunca he tenido la honra de visitar á Vd. en su casa, la ruego que me permita hoy la de subir á acompañarla. Todavía no es tan tarde que mi petición pueda ser indiscreta y puede Vd. estar segura de que no abusaré de su condescendencia.

«¡Qué delicadeza! ¡Qué tacto! pensó Alfonsina, cuyo naciente mal humor se habia disipado desde la primera palabra que pronunció el marqués. Un hombre vulgar me hubiera hablado en el coche, pero él es verdaderamente un caballero. ¡Si habrá encendido fuego en la chimenea de la sala esa atolondrada de Margarita!»

Habiendo obtenido Mr. de Morsy graciosamente el favor que solicitaba, ofreció su brazo á la señorita, cuyos temores con respecto al estado de su casa se disiparon al ver un fuego mediano que ardia en la chimenea. Todo lo demas estaba tambien en orden, y el conjunto presentaba aquel aspecto aseado y metódico, propio de la habitación de las solteras de muchos años.

—Si viene alguien diga Vd. que no estoy; dijo al oído á su criada á quien esta orden extraordinaria y la visita del marqués causaron la mas profunda admiracion.

Después de haberse sentado al lado de la chimenea y enfrente de la señorita Alfonsina, Mr. de Morsy tomó la palabra y con voz insinuante dijo:

—Señorita: Mad. de Epenoy habrá hablado á Vd. del deseo que yo tenia de que me proporcionase la honra de tratarla, y de la grande importancia que daba á

este paso, pero acaso no habrá explicado á Vd. la extraña posicion en que me encuentro. Ademas, aun cuando ella hubiera podido hacerlo, yo tendria siempre que completar su explicacion, porque desde esta mañana un suceso inesperado me ha hecho variar mis resoluciones, y en el caso en que estamos, habiéndome Vd. concedido esta conferencia, debo yo darle cuenta de aquel cambio.

—Este preámbulo no correspondia demasiado á las esperanzas de la señorita de Boissier; así es que se aflijó interiormente, aunque sus labios procuraron retener la sonrisa que hasta entonces se habia mostrado en ellos.

—Mad. de Epenoy habrá dicho á Vd., continuó el hombre de cincuenta años, que despues de mucho titubear habia formado yo el proyecto de casarme, pero probablemente por discrecion habrá omitido decir á Vd. la causa fatal que principalmente me ha determinado á ello.

—Por lo menos no me ha hablado de eso sino de una manera muy vaga, respondió Alfonsina con ademan reservado.

—¡Le ha insinuado á Vd. algo! exclamó el marqués. Pues eso me anima para proseguir, y puesto que se ha roto la valla, me será menos penoso lo que me queda que manifestar, y creo que tendré valor para decirselo á Vd. todo. Si, señorita; una pasion tan violenta como insensata, un amor sin esperanza y sin ilusion, es el que despues de haberme alejado por mucho tiempo del matrimonio, me hace acudir á él como al único puerto en que podré encontrar la paz del corazon y el olvido de mis penas. Una señora á quien Vd. no conoce.....

—La conozco, exclamó la solterona sonriéndose perfidamente.

—Pues si Vd. la conoce sabrá que es hermosa, encantadora y no extrañará que yo la haya amado. La amaba con efecto, pero no me engañaba acerca de mi locura, pues bien conocia que dedicarme á una muger casada, á una edad en que yo mismo debia pensar en casarme era hacerme infeliz por un capricho; pero ¿qué puede la sensatez contra una pasion? Vd. cuyas palabras manifiestan una sensibilidad tan esquisita; Vd. que conoce tan bien estas cosas del corazon, no se admirará de la confesion que voy á hacerle. Mi ceguedad por esa muger habia llegado hasta el punto de que no pudiendo

derribar la barrera que nos separaba, habia resuelto no levantar por lo menos otra nueva entre los dos, y estaba decidido à no casarme nunca.

—Pero al fin ¿ha mudado Vd. de opinion? preguntó Alfonsina con una ansiedad mal disimulada.

—Si, señorita; habia cambiado de opinion y voy à explicar à Vd. la causa de esa mudanza. Esa muger à quien yo amaba tanto, por quien yo sacrificaba gustoso el porvenir que me resta, supe que era indigna de mi afecto, pues que olvidándose de sus deberes, queria à otro que à su marido.

Mientras el marqués articulaba esta dolorosa confesion, la esperanza, la alegria, la casi certeza del triunfo renacian en el corazon de Alfonsina, pero como prudente trató de contener una satisfaccion que hubiera contrastado demasiado con el pesar que expresaba la fisonomia de su interlocutor, y levantando hácia él una mirada de compasion, dijo con fingida sencillez.

—¡Hay mugeres tan perversas!

—Si señora: hay mugeres perversas, respondió Mr. de Morsy; cambiando repentinamente de fisonomia, pero tambien hay mugeres calumniadas. La calumnia, esa vibora espantosa, se agarra à los seres mas puros y los destroza con su veneno; pero por mas profunda que sea la herida, antes ó despues llega à curarla la verdad.

—¿Y à esa señora la calumniaban? preguntó la señorita de Boissier, cuyo color encendido y el movimiento convulsivo de sus labios manifestaban una conmocion repentina y excesiva.

—Si, señorita; la calumniaban, y la calumniaban indignamente. Las acusaciones dirigidas contra ella eran mentiras: las faltas que le atribuian puras invenciones; las cartas que decian que habia escrito, suposiciones gratuitas.

—Ah! ¿Con que le habian hablado à Vd. de cartas?

—Y ¿de qué no me habian hablado? Pero al fin he descubierto, hace pocas horas, que todo cuanto me habian dicho no es mas que uno de esos cuentos despreciables que circulan en la sociedad, que todos oyen con gusto por un instinto de malevolencia, pero de que nadie quiere ser responsable. Me habian prometido darme pruebas, pero las pruebas no se forjan tan facilmente como las calumnias, y al fin todos han tenido que convenir en que habian sido demasiado crédulos. En una palabra, esa muger à quien yo acusaba es digna de todo

respeto; esa señora que yo creía culpada es inocente.

—Inocente! repitió la señorita de Boissier con aire burlon.

—Ahora es cuando necesito de toda la indulgencia de Vd; continuó Mr. de Morsy, que disimuladamente estudiaba las alteraciones de la fisonomía de su interlocutora; si hablase con otra dudaría continuar, pero el mas digno homenaje que se puede tributar á una persona del talento de Vd. y de su caracter es decirle la verdad, y toda la verdad. Confesaré á Vd., pues, que la solemne justificación de la persona de quien hablamos me hace renunciar á todo proyecto de matrimonio.

Herida en el corazón fijó Alfonsina una mirada feroz en la alfombra, como si viese en ella las ruinas de su castillo en el aire que se venia á tierra por la vigésima nona vez.

—Siento infinito no haber salido de mi error algunas horas antes, prosiguió Mr. de Morsy, porque hubiera evitado molestar á Vd., pero puesto que el mal está ya hecho, la ruego que me disimule. Si yo estuviese libre, permítame Vd. que le haga esta confesion, conozco que tendria el mayor placer en poner á sus pies mi nombre, mi título, mis bienes; si fuese libre me tendria por feliz de poder ofrecer á tan relevantes cualidades un pedestal digno de ellas; pero lo he jurado.

—¿Ha jurado Vd.? dijo la señorita levantando con lentitud los ojos.

—Si señora; he jurado no casarme mientras ella sea digna de mi afecto. Para mí este juramento es sagrado y solo ella podría absolverme de él, cometiendo alguna falta; pero falta comprobada, evidente, materialmente probada; en tal caso no titubearia; pero es inocente y las calumnias de que acaba de ser objeto le dan nuevos derechos á mi fidelidad. Vd. aprueba mi modo de pensar, ¿no es verdad?

—Hago todavía mas; admiro á Vd.

Sin darse por entendido del acento burlon de la respuesta, continuó el marqués en tono agradable:

—A Dios, señorita; crea Vd. que no olvidaré nunca las horas que he pasado á su lado.

Diciendo así saludó con un tierno ademán á Alfonsina, en cuya cabeza parecia que se preparaba un terrible huracan, y se alejó poco á poco. Mas al llegar á la puerta volvió la cabeza oyendo que la señorita de Boissier le decia:

—No; yo no debo sufrir que un hombre tan apreciable sea víctima de su confianza y lealtad. Entre Vd. señor marqués; mi conciencia me manda que hable.

Al apoderarse del billete que encontró en el guante de Mad. Gastoul, la señorita de Boissier había cedido à una inspiracion dañina mas bien que à un cálculo hostil. Contenta con tener en su mano un medio de perjudicar à la muger à quien detestaba, acaso nunca hubiera pensado hacer uso de él, porque no podía desconocer que dar publicidad à su descubrimiento era exponerse ella misma à la censura de todas las personas delicadas. Pero la voz de la prudencia que se hubiera dejado oír en las circunstancias comunes, fué ahogada en aquel momento por el grito poderoso del interés personal. Ver à su alcance el anillo del matrimonio, la corona de marquesa; los bienes de la fortuna; todo lo que anhelaba muchos años hacia; estar à punto de atraparlo; encontrar un obstáculo y no necesitar mas que una sola palabra para vencerle; poder, en fin, realizar de una manera magnífica el sueño de toda su vida, y al mismo tiempo vengarse de una enemiga, tal era la posicion en que se creía colocada la señorita de Boissier. Una prueba semejante hubiera destruido discreciones de mejor temple que la suya, y no pudo menos de sucumbir à la tentacion, que era lo que el marqués esperaba.

—Explíquese Vd. señorita, la dijo éste volviéndose à sentar. La solemnidad de las palabras que acaba Vd. de pronunciar me indican que tiene alguna cosa importante que decirme.

La señorita de Boissier se mantuvo en silencio un instante, y tomando en seguida la palabra con aire modesto y voz candorosa, dijo:

—Espero, señor marques, que no interpretará Vd. mal la revelacion que arranca à mi ordinaria reserva la conviccion en que me hallo de que ilustrando à Vd. en este punto no hago mas que cumplir un deber. Además de que soy yo demasiado imperfecta para creerme con derecho à juzgar à los demas me es en extremo penoso hablar de otra muger no siendo para elogiarla, y à no ser por la estimacion que Vd. ha sabido inspirarme, acaso no me resolveria à vencer mi aversion à todo aquello que, mal interpretado, puede atribuirse à maledicencia.

—Yo aprecio la noble generosidad de su carácter de

Vd. respondió Mr. de Morsy inclinando la cabeza.

—Si yo tuviese algun interés en dar á conocer á Vd. la verdad , la delicadeza natural en ese caso me impondria silencio ; pero los lisonjeros cumplimientos que Vd. me ha dirigido no forman ningun compromiso y me dejan lo mismo que á Vd. en completa libertad. Voy, pues, á hablarle sin ningunã intencion reservada , y sentiria mucho que pudiera Vd. creer otra cosa en este punto.

—Seria una necesidad odiosa y de la cual soy incapaz, replicó el marqués en tono respetuoso ; pero Vd. ve que espero con la mayor ansiedad la revelacion que me ha prometido , ruégola, pues, que no la dilate mas y que se explique desde luego.

—Es que con explicarme voy á hacerle á Vd. sufrir, dijo ella con tono de compasion. Lo mejor será dejarlo; cuando una ilusion es grata , ¿por qué se ha de querer destruirla?

—Ha dicho Vd. ya demasiado , y en este momento el silencio sería una crueldad.

—Puesto que Vd. lo exige lo diré , pero no se puede figurar lo que me cuesta. Dios sabe que mis intenciones son las mas puras, y sin embargo me parece que hago mal.....

Al mismo tiempo que pronunciaba estas palabras con el aire cándido y sencillo de una educanda de convento, se levantó , y acercándose á una papelera sacó una caja y la abrió con una llavecita que llevaba colgada de la cadena del reloj. Volvió luego hácia donde estaba el marqués ; y con una especie de gravedad dolorosa, presentándole un papel que habia tenido buen cuidado de desdoblar , le dijo :

—Pase Vd. la vista por ese billete y él le dirá lo que desea saber. Me es muy sensible el pesar de Vd. que preveo de antemano ; pero bien sabe que no ha dependido de mí el evitársele.

Monsieur de Morsy se apoderó de la carta de Madame Gastoul , y la leyó con una emocion que nada tenia de fingida. Durante este tiempo Alfonsina le observaba con disimulo y estudiaba en su fisonomia los reflejos del pesar que habia bien calculado , y sobre el cual habia especulado matrimonialmente. Su esperanza no se realizó , porque en vez de indignarse , como ella habia creído que sucederia , el marqués cuando acabó la lectura se quedó pensativo y silencioso ; con el objeto

de sacarle de aquella distraccion , cuya calma le parecia de mal agüero , tomó de nuevo la palabra con aire compungido , y dijo asi :

—Un acaso muy ageno de mi voluntad ha traido á mis manos ese billete , y no necesito decir á Vd. que mi intencion era devolverle á la persona que le ha escrito , para lo cual solo esperaba una ocasion favorable. En mostrársele á Vd. he cometido una indiscrecion de que me reconvendria eternamente si no estuviese segura de que es incapaz de abusar de mi confianza , porque la publicidad de ese billete perjudicaria extraordinariamente á la señora que le ha escrito , y yo tendria un sentimiento horroroso de haber dado lugar á ello. ;Harto desdichada debe ser ya ! ; La virtud ofrece unos goces tan puros ! No se concibe como se puede renunciar á ellos por algunos placeres tan falsos como pasajeros. ; Perder todo pudor , engañar á su marido , ultrajar el nombre del que 'ha honrado á una con su eleccion ! Parece imposible. Cuando pienso en semejantes horrores creo que estoy soñando. Pero ¿ cómo pueden vivir esas mugeres ? Yo las compadezco verdaderamente ; ; debe ser tan triste el ser criminal !

Mr. de Morsy habia escuchado con una seriedad imposable la homilia de la solterona , y cuando acabó fijando en ella una mirada glacial dijo en tono muy severo :

—Señorita : sin duda son culpadas esas mugeres de quienes Vd. habla , porque nada hay que justifique el olvido de los deberes. Sin embargo , la inexperiencia de la juventud y el arrebató de una pasion , pueden á veces atenuar su falta y recomendarlas á la indulgencia de los corazones generosos. Pero ¿ cómo caracterizaremos la conducta de otras mugeres , cuyo retrato voy á presentar á Vd. ? Hay en el mundo algunas criaturas sin gracia y dañinas , condenadas por la suerte á pasar una vida solitaria y estéril ; jamas la mirada de un hombre ha solicitado sus miradas , jamas una mano trémula de amor ha oprimido la suya , jamas una palabra de ternura ha llegado á sus oidos. Viejas desde la juventud , con la fealdad de su alma pintada en el rostro , el carácter encruddido por el abandono , desdeñadas por el amor , en una palabra , excluidas de la vida , conciben un ódio espantoso á todo lo que es juventud , belleza , pasion. Si encuentran en el mundo á una muger encantadora , pero debil , se apegan á ella como el gusano á la flor para

marchitarla; se constituyen espías suyas y si es menester la toleran para perderla. A esas mugeres es necesario compadecer, señorita, porque esas son verdaderamente miserables.

Levantóse el marqués, guardó tranquilamente en el bolsillo la carta que hasta entonces habia tenido en la mano, y haciendo una cortesía con desdeñosa urbanidad á la señorita de Boissier que parecia convertida en estatua, se dirigió hácia la puerta. Mas en el momento mismo en que iba á abrirla la señorita salió de su estupor y se adelantó para impedirselo.

— ¿Qué significa ese lenguaje? le dijo con voz alterada. ¿Corresponde Vd. de esa manera á mi confianza? Vuélvame Vd. esa carta caballero. Esa conducta es una indignidad.

Monsieur de Morsy se sonrió tranquilamente, y cogiendo la mano que Alfonsina, fuera de sí, habia puesto en el boton de la cerradura, la obligó á que le soltase.

— Su intencion de Vd. respondió con una ironía incisiva, era segun me ha dicho, entregar esta carta á la persona que la ha escrito; pues con su licencia yo me encargo de ese cuidado. Por lo demas, permítame Vd. que me retire porque es ya tarde, y una conferencia más larga á solas con un hombre respecto al cual se ha mostrado Vd. tan amable hace algunas horas podria traer peligros, y yo sentiría muchísimo servir de estorbo á los proyectos matrimoniales de Vd.

Estas últimas palabras parecieron tan bárbaras á la señorita de Boissier que la hicieron retroceder de indignacion. El marqués aprovechó aquel momento para esquivarse, y atravesó rápidamente la antesala, á cuya puerta exterior encontró á la criada con un candelero en la mano, oponiéndose á que entrase un individuo que deseaba hacerlo. A la luz de la bujia reconoció el hombre de cincuenta años en el que pugnaba por entrar á Luis de Epenoy, quien conociendo al marqués, cogió por el brazo á la criada y la hizo ir dando vueltas hasta la mitad de la antesala.

— ¡Vive Dios! exclamó el jóven, que por lo que mostraban el brillo de sus ojos y la animacion de su tez, habia comido muy bien; seguro estaba yo de que la señorita de Boissier se hallaba en casa. Señor marques, muy buenas noches. ¡Ah! Ya caigo. No me dejaban entrar porque estaba Vd. ahí. ¡Toma, toma! Amable camarista

vuelvo á Vd. toda mi estimacion porque ya veo que su deber era morir en la brecha.

— ¡Muy alegre se encuentra Vd. esta noche, Epenoy! dijo Mr. de Morsy sonriéndose de la necia idea que parecia haber entrado en la cabeza de aquel.

— Pues no es oro todo lo que reluce, contestó Epenoy. Vamos á ver, muchacha, ¿acabará V. de decir á su ama que estoy aqui?

La criada viendo violada su consigna juzgó inútil resistir por mas tiempo y se dirigió hácia la puerta de la sala, donde la siguió Mr. de Epenoy, despues de haber saludado al marqués, que salió de la casa pensando con una satisfaccion secreta que el otro llegaba ya tarde.

CAPITULO VII.

No se engañaba Mr. de Morsy acerca del motivo que conducia á su rival á casa de la señorita de Boissier. Despues de la escena del teatro francés, Epenoy, que al pronto se habia puesto furioso, fué poco á poco recobrando su sangre fria y acabó por reflexionar tranquilamente acerca del partido que deberia tomar.

«Parece que la fatalidad me persigue, se decia á sí mismo; ¡dos cartas, y las primeras, las únicas que me ha escrito, robadas una y otra! A la verdad es una desdicha inaudita; pero no se trata de lamentarse, sino de obrar. Por lo que hace al segundo billete, me causa muy poca inquietud, porque el ratero que le ha cogido creyendo hacer un hurto magnífico, le habrá hecho pedazos tan luego como haya reconocido su error; pero la primera carta que hurtó esa infame solterona, esa es la que no puede menos de darme cuidado. Arrancársela de las manos, eso se dice muy facilmente, pero ¿cómo se hace? Sin embargo, es absolutamente preciso.»

Despues de haber buscado mucho tiempo, admitido y desechado sucesivamente las invenciones mas ó menos practicables que le ocurrieron, se fijó por último en un plan que si bien bastante absurdo en la realidad, le pareció el mas ingenioso. La ejecucion de él exigia bastante audacia, y por eso su autor corroboró maquinalmente su valor con una ó dos botellas de Champagne, precaucion cuya prudencia pueden poner en duda tan solo los bebedores de agua.

El amante de Mad. Gastoul entró en la sala de Al-

fonsina aparentando el aire de gravedad que por lo regular tiene el que va encargado de una misión de importancia, y encontró á la dueña de la casa en el mismo punto en que el marqués la habia dejado. Al oír abrir la puerta dirigió al jóven Epenoy una mirada muerta que indicaba bien que allí no habia pensamiento alguno.

—Señorita, le dijo Epenoy que llevaba estudiada su lección; ruego á Vd. que me perdone el que la venga á interrumpir, pero el negocio que me trae no admite ningun retardo. Mi madre desea hablar á Vd. inmediatamente y me ha mandado que venga á buscarla; mi coche está á la puerta, y si tiene Vd. la bondad de acompañarme.....

—¿Su madre de Vd.? interrumpió la señorita de Boissier con aire distraído, ¡ pues si apenas hará una hora que me he separado de ella!

—Ya lo sé, respondió Epenoy, aunque algo turbado porque no habia previsto aquella circunstancia; pero eso no importa nada. Se trata de una cosa sumamente importante, y que debe interesar á Vd. Yo no estoy en el secreto, pero me parece que le adivino, porque he oído hablar algo de un americano muy rico, soltero.... En fin, mi madre explicará á Vd. eso mejor que yo; me parecería que usurpaba sus atribuciones si me permitiese hablar de matrimonios.

La señorita de Boissier estaba muy abatida y casi sin aliento, pero hubiera sido necesario que estuviese muerta para permanecer insensible á la última palabra. Levantando, pues, de pronto la cabeza como un caballo de batalla empina las orejas al oír el sonido de la trompeta, fijó en Epenoy una mirada animada, y le dijo:

—¿Un americano?

—Con dos ó tres millones de francos, buena presencia, y que apenas tendrá cuarenta años.

—Segun eso Vd. le conoce.

—Le he visto algunas veces en una casa á donde suelo concurrir, respondió Epenoy, á quien nada costaba una mentira mas ó menos.

—Yo estoy siempre á las órdenes de Mad. de Epenoy, dijo Alfonsina, cuya imaginación dejando el luto de su vigésimo nono matrimonio frustrado, volvía á recoger las rosas, símbolo de la esperanza, y se veía ya viajando por las savanas de América.

Púsose el sombrero, se envolvió en el chal, y aceptó el brazo de Epenoy, que la bajó hasta el coche que tenía á la puerta; ayudó á la señorita á subir á él, dijo algunas palabras al oído al lacayo que tenía la puertecilla, y subió á sentarse al lado de la señorita de Boissier.

«Ahora que apriete el cochero, pensó entre si luego que el carruaje se puso en marcha. Mi americano es un rasgo de ingenio; ¡cómo lo ha creído la pobre muger!»

Agoviada por las sensaciones de todas especies que habia experimentado en el espacio de pocas horas, guardó Alfonsina por algun tiempo un silencio que respetó su compañero, y acaso le hubiera continuado indefinidamente, si mirando por la puertecilla no hubiese visto que el coche atravesaba un puente.

—Pues no hay que pasar ningun puente para ir desde la calle de Bellechasse á casa de Mad. de Epenoy, exclamó con tono de sorpresa.

—Es que no la llevo á Vd. á casa de mi madre, respondió tranquilamente Epenoy.

En aquel mismo instante salió el coche del puente de Luis XVI, que acababa de atravesar, volvió hácia la izquierda y se metió rápidamente en los Campos Eliseos.

—Pues ¿á dónde vamos? preguntó Alfonsina cada vez mas admirada.

—Pronto lo sabrá Vd.; es una sorpresa que mi madre la prepara y he jurado guardar secreto.

«¡Una sorpresa! ¡Un americano! ¿Qué querrá decir todo esto?» se preguntaba á si misma la solterona, quebrándose la cabeza por adivinar.

Reinó de nuevo el silencio en el coche. Luis aparentaba dormir y la señorita de Boissier se habia entregado de nuevo á sus meditaciones.

—¡Pero salimos de Paris! exclamó de repente viendo á corta distancia el gigantesco arco de la Estrella.

—En efecto salimos de Paris, respondió Epenoy sin alterarse; pero tranquilícese Vd. que aunque la he hablado de un americano, no tengo el proyecto de llevar á Vd. á América. Se trata solo de algunas leguas.

—¡Algunas leguas! repitió la señorita trocándose la admiracion en una vaga inquietud; Vd. no habla con seriedad. No es probable, no es posible, que Mad. de Epenoy, de quien me he separado á las nueve en la calle del Bac, me espere en este momento á algunas leguas de Paris.

—Y ¿le importa à Vd. mucho ver à mi madre? preguntó Epenoy con tono burlon.

—Caballero, ¿qué significa.....?

—Esto significa, señorita, que todas las preguntas que Vd. me haga en este momento quedarán sin respuesta. Dentro de una hora habremos llegado à donde vamos y entonces hablaré à Vd.

—Señor de Epenoy... ese lenguaje.... Permítame Vd. que baje del coche.

—¿En medio del campo? Eso no es posible.

Alfonsina bajó el vidrio del coche, dirigió sus ojos asustados à los árboles que parecia que huían por el camino, y por entre los cuales à pesar de la oscuridad se divisaba la vasta llanura que rodea à Paris, y volviéndose hàcia su vecino, exclamó con el tono mas patético que puede imaginarse:

—¡Pero esto es un rapto!

—¡Un rapto! exclamó Epenoy, soltando una carejada bastante descortés. A lo menos, si lo es, no me expongo à que me condenen à galeras por haber robado una niña de menos de diez y seis años.

La señorita de Boissier se arrinconó en uno de los ángulos del coche, como si el elegante joven que iba sentado junto à ella se hubiese convertido de repente en un mónstruo horrible y pestífero.

Los caballos parecia que tuviesen alas y hacia un corto rato que habían dejado el camino real y tomado à la izquierda otro mas estrecho.

—Pero, en fin, caballero, ¿à donde piensa Vd. llevarme? preguntó con voz ronca Alfonsina, que había observado el cambio de direccion.

—He tenido la honra de decir à Vd., contestó Epenoy, que no puedo responder à sus preguntas hasta que hayamos llegado al término de nuestro viage, y ya poco podemos tardar. Hasta entonces tenga Vd. paciencia: y sobre todo, añadió con tono burlon, esté Vd. persuadida de que conozco demasiado el respeto que la debo para separarme de él jamás. Su virtud de Vd. no corre el menor riesgo, yo le doy mi palabra de caballero francés.

Esta declaracion, muy propia para tranquilizar tomada en su sentido literal, era casi un insulto por el modo con que se pronunció. Las mugeres llevan muy à mal generalmente que no se las encuentre dignas de un ultrage, y la exageracion del respeto les choça à ve-

ces tanto como les chocaria la absoluta falta de él. Así, cada vez mas irritada contra su raptor, la señorita de Boissier cesó de dirigirle la palabra, y esperó con una extraña mezcla de inquietud, impaciencia y curiosidad el desenlace de aquella extraña aventura.

Despues de haber corrido bastante tiempo llegó el carruaje á una puerta colocada en el ángulo de las tapias de una posesion campestre; entró en un gran patio rodeado de árboles y se detuvo á la entrada de una casa cuya elegante arquitectura se percibia á pesar de la oscuridad de la noche. Epenoy bajó del coche y presentando la mano á su compañera para que hiciese otro tanto, dijo con tono tan grave que Alfonsina no pudo menos de experimentar una sensacion desagradable que se parecia un poco al miedo:

—Ya hemos llegado.

Ofreció el brazo á la señorita de Boissier, y la condujo á la misteriosa habitacion, á cuya puerta acababa de salir un criado con un candelero en cada mano. Este personaje, grave y silencioso como un mudo del serrallo, alumbró á la pareja cuya llegada parece que esperaba, y despues de haber atravesado un vestibulo, subido una escalera y recorrido varias piezas, dejó á la señorita y á su raptor en una salita bien iluminada y en cuya chimenea ardia un buen fuego.

El lujo voluptuoso que caracterizaba el adorno de aquella sala, el aire perfumado que se respiraba en ella, las escenas mitológicas que representaban los cuadros colocados sobre las puertas y el aspecto de coqueteria que presentaban todos los permenores, recordaban aquellos asilos misteriosos del siglo de Luis XV que han dejado un nombre tan célebre en los anales de la galanteria. Encontrábase alli todo lo necesario para contentar ó asustar, segun su carácter, á la víctima de un rapto, y á pesar del respeto jurado, parece que Alfonsina experimentó lo último cuando vió que el silencioso criado cerraba la puerta y los dejaba solos. Dió un salto de gallina asustada, se aproximó á la ventana, abrió la vidriera, y volviéndose hácia el joven, que la contemplaba admirado, le dijo en el tono mas dramático.

—Caballero: sepa Vd. que una muger como yo no titubea un instante entre la infamia ó la muerte.

En algunos ejércitos del norte parece que es de disciplina achisparr un poco á los soldados en el momento de entrar en batalla, porque se cree que así son

mas valientes. Epenoy, como hemos dicho, antes de ejecutar su atentado habia puesto en práctica esta receta, de una manera bastante moderada para conservar el uso de la razon, si bien suficiente para ponerse alegre y llegar al estado que pudiera llamarse el limbo ó borde de la embriaguez. Al ver á la señorita de Bois-sier dispuesta á morir por su virtud, como la guardia imperial por su bandera, el joven burlon hizo un gesto de sorpresa y exclamó:

— ¡Ivanhoe puro! Pero si Vd. es linda, jóven y virtuosa como Rebeca, yo estoy muy lejos de valer lo que Brian de Bois-Guilbert. ¡Oh! ¡Ya no existen aquellos magníficos templarios! La prueba es que por haber bebido dos miserables vasos de Champagne estoy seguro de tener mañana jaqueca. ¡ Los templarios! ¡ Aquellos eran verdaderos leones! Pero no se trata de eso, añadió pasándose la mano por la frente; vamos á la cuestion prévia, como dicen nuestros ilustres diputados. La cuestion prévia es la siguiente. Permitame Vd. que cierre la vidriera.

— No se acerque Vd. á mí, exclamó con púdica conmocion Alfonsina.

— Como Vd. guste, señorita, contestó Epenoy yendo á colocarse de espaldas á la chimenea. A Vd. parece que le gusta el aire fresco, y á mí me sabe bien el fuego aunque sea en julio, pero la diferencia de nuestras opiniones en esta parte no debe ser un motivo que nos impida conversar. Esta casa pertenece á un amigo mio que la pone á mi disposicion cuando la necesito. No se puede Vd. figurar los horrores que se han cometido en ella desde que su primer dueño la mandó construir en tiempo de la Regencia. Desde el punto en que Vd. se halla puede observar facilmente que estamos en medio de un bosque, y si Vd. percibe otra cosa que árboles, consiento en arrojarme yo por esa ventana en que Vd. se ha colocado de una manera tan virtuosa. Aquí no hay vecinos, no hay espías, no hay fisgones; en esta deliciosa mansion se podria matar, asesinar, degollar á uno, sin que nadie lo sospechase siquiera.

— Vd. trata de amedrentarme, dijo la solterona; pero yo no creo que pueda tener la intencion.....

— ¿De degollar á Vd.? De ninguna manera, señorita; no soy tan sanguinario. Pero cierre Vd. y venga á calentarse, porque en realidad hace un fresco poco agradable.

Sea que se hubiese tranquilizado acerca de los peligros que podía correr su virtud, sea que la crudeza de una noche de marzo triunfase de su rigorismo, la señorita de Boissier cerró la ventana y se acercó á la chimenea, junto á la cual le puso Epenoy un sitial con la mayor cortesía.

—Espero, caballero, dijo sentándose con magestad, que al fin tendrá Vd. la bondad de explicarme la causa de la inconcebible alevosia de que en este momento soy víctima.

—¡Alevosia! ¡rapto! No se esmera Vd. ciertamente en la eleccion de las palabras, pero poco importa. Vamos á lo esencial. En algun rincón de su casa de Vd. debe haber un papelillo á que yo doy una grande importancia y ese papelillo es el que yo necesito. Vd. va á tener la bondad de escribir una esquela á su criada, diciéndole que no pensando volver á su casa esta noche, necesita tales y cuales cosas, incluyendo entre ellas el billete de que hablo. Si está guardado con llave, como es probable, tendrá Vd. la bondad de confiármela, y escrita la carta, vuelvo á Paris y dentro de dos horas estoy aqui otra vez á poner á Vd. en libertad, porque hasta mi regreso se queda en rehenes en esta agradable mansion.

Esta declaracion hecha con franqueza y comprendida desde la primera palabra, aumentó la antipatia de la señorita de Boissier á Mad. Gastoul. «Esa muger los ha hechizado á todos,» pensó entre sí misma, y como ella jamás habia hechizado á nadie, le pareció aquella conducta abominable.

—Aqui hay todo lo necesario para escribir, continuó Epenoy señalando una papelera colocada en uno de los ángulos de la sala.

Inspirada repentinamente por su ódio, y cogiendo por los cabellos la ocasion que se le presentaba para vengarse, dirigió Alfonsina á Epenoy una mirada, en que estaba perfectamente fingida la admiracion.

—¿De qué papel habla Vd? preguntó. ¿Es acaso de una carta escrita por Mad. Gastoul?

—Bien lo sabe Vd., respondió en tono seco el joven.

—Pues es extraña coincidencia, replicó Alfonsina como pensativa. Efectivamente la casualidad trajo á mi poder una carta escrita por esa señora; pero ya han venido á reclamarla.

—¿Quién?

—La persona que salía de mi casa cuando Vd. llegó.

—¿Monsieur de Morsy?

—El mismo. Me pidió esa carta como hombre que tenía derecho à exigirla, y como yo estoy muy poco acostumbrada à esa clase de intrigas se la he dado.

—¡Ah marqués, marqués! Eso pasa de castaño oscuro; exclamó Epenoy empezando à pasearse precipitadamente por la sala. Que sea Vd. espia, pase; pero ladron! Ladron, si señor, porque es un verdadero hurto y Vd. abusa de sus capas. Señorita, continuó parándose de pronto; yo tengo en Vd. la mayor confianza, pero sé por experiencia que con las mugeres es necesario asegurarse bien. Vd. tendrá la condescendencia de quedarse aqui, en el concepto de que al primer campanillazo tendrá doncellas y todo lo que necesite. Por lo que hace à mí, me vuelvo à Paris.

—¿Cómo! ¿Piensa Vd. dejarme aqui?

—Sí, señora. Si Mr. de Morsy ha recibido realmente el papel de que se trata, mañana temprano vengo à buscar à Vd. y la llevo à su casa; en caso contrario recuerde Vd. mi ultimatum, que se queda aqui en rehenes hasta tanto que me haya entregado la carta que reclamo.

—Pero esa conducta es espantosa. Ningun caballero procede asi con una señora, y Vd. no ha pensado sin duda à lo que se expone.

—Y ¿à qué me expongo, señorita?

—Pues ¿cree Vd. que no me quejaré yo de esta odiosa violencia?

—¡Violencia! No, señorita, no se quejará Vd.; al contrario, guardará el mas profundo silencio.

—Pues le digo à Vd. que me quejaré.

—En tal caso, me quejaré yo tambien.

—¿Y de qué se quejará Vd?

—¿De qué piensa Vd. acusarme? De haber cometido un rapto con su amable persona; pues bien yo retorceré el argumento y sostendré que Vd. es la que me ha robado de mi casa.

—¡Qué horror!

—Y ¿por qué? Lo mismo puede robarse un buen mozo que una muger hermosa, y crea Vd. que hartó trabajo me ha costado el no haberlo sido ya. Por lo demas, yo no creo que hubiera un juez de buen sentido que no condenara à Vd. à la primera confrontacion. Y sobre todo debe Vd. pensar en lo que diria mi madre, tan útil

amiga suya, si supiese que le habia Vd. robado su hijo. El diablo me lleve si trataba mas de buscarla marido.

—Mr. de Epenoy, su conducta de Vd. es indigna de un caballero, exclamó Alfonsina sobremanera irritada por las últimas frases.

—Convengo en que mi conducta es un poco digna del tiempo de la Regencia, pero la de Vd. al apoderarse de esa carta no fue tampoco escesivamente ejemplar; por consiguiente estamos pagados. Si Vd. tiene hambre, si quiere acostarse, en una palabra, si desea cualquiera cosa, no tiene mas que tocar la campanilla. Aquí tiene Vd. un piano y algunos libros; en fin, está Vd. en una casa en que nada falta, y en que ninguna muger amable se ha quejado de la hospitalidad que ha encontrado en ella. Lo que si advierto á Vd. es que no se canse en querer seducir á los criados, porque saben muy bien su oficio, y tendrían encerrados con llave á su padre y á su madre, sin faltar á la consigna que se les ha dado. Con que, buenas noches, señorita; mañana tendré la honra de ofrecer á Vd. mis respetos.

Inclinóse Epenoy con aire desembarazado, y salió del salon sin que la señorita de Boissier, aturdida de una escena que le parecia un sueño, tuviese tiempo de oponerse á su marcha.

CAPITULO VIII.

Despues de haber dado las órdenes convenientes respecto á la custodia de la prisionera, volvió á subir Epenoy en su coche y regresó á Paris, á donde llegó á la una de la noche, á pesar de toda su prisa. Era ya demasiado tarde para ir entonces mismo á casa de Mr. de Morsy: acostóse, pues, y gracias á los vapores narcóticos del vino de Champagne, no se despertó hasta las once de la mañana siguiente. Levantóse inmediatamente, echando pestes contra sí mismo, se vistió de prisa, y sin pensar siquiera en desayunarse corrió á casa del marqués de Morsy. Pero á pesar de ser bastante temprano, ya le habia ganado por la mano otro personage, y este personage era Mr. Gastoul.

Antes de las once habia visto Mr. de Morsy entrar en su sala al candidato electorál, aun mas afanado que de costumbre.

— ¡Gran noticia! dijo al entrar. Nuestro hombre no ha muerto, pero es lo mismo, porque su dimision llegó ayer á la cámara, hoy se leerá en la sesion y dentro de pocos dias se convocará el colegio electoral. Y ¿qué se hizo Vd. ayer que le busqué por todas partes sin poder hallarle? El asunto va bien; he visto á los de la junta directiva y he quedado contento de ellos. Decididamente soy el candidato elegido; mi circular les ha parecido muy bien, escepto algunas modificaciones insignificantes; ya sabe Vd. que la junta hace alguna variacion para mostrar autoridad, así es que donde yo habia puesto *movimiento*, han sustituido *progreso*, y en lugar de decir *las gloriosas jornadas*, han querido que se diga *la inmortal revolucion de 1830*. ¡Bagatelas! He cedido ahora, que luego que esté nombrado ya será otra cosa. Pero lo mas malo del asunto es lo siguiente. Todo el mundo es de la misma opinion que Vd. y me dice que debo ir á Limoges.....

— Oh! No puede Vd. menos.

— Yo bien lo sé; pero Mad. Gastoul se ha empeñado en que le prometí estar en París hasta el mes de junio y no quiere oír hablar de marcha.

— Mad. Gastoul es suficientemente razonable para ceder á la necesidad.

— No conoce Vd. á mi muger. Es sumamente amable; pero tan terca! Ayer la estuve predicando mas de dos horas sin ganar un palmo de terreno.

— ¿Quiere Vd. que yo pruebe si mi elocuencia tendrá mejor éxito que la de Vd.? preguntó el marqués lanzando un débil suspiro.

— Precisamente venia á rogárselo. Mad. Gastoul tiene mucha deferencia á Vd. y espero que no resistirá á las reflexiones que la haga. En casa está; hágame Vd. el gusto de ir inmediatamente á hablarla.

— Es todavia muy temprano, dijo el marqués mirando al reloj.

— Mi muger no es etiquetera, y le recibirá á Vd. inmediatamente, y acaso si va mas tarde habrá ya salido.

Sin necesidad de esta solicitacion, estaba el marqués decidido á ir aquel mismo día á casa de Mad. Gastoul. Solo esperaba que fuese hora oportuna y autorizado para quebrantar la etiqueta, prometió al futuro diputado servirle en cuanto pudiese, mandó que pusiesen el coche y poco tardó en estar en casa de la muger seduc-

tora pero coqueta, en quien pensaba exclusivamente hacia tanto tiempo.

A pesar de sus inquietudes y de la especie de ódio que habia tomado en los últimos dias á su enamorado guardador, Mad. Gastoul le recibió con una graciosa amistad. Confiada en el imperio que ejercia sobre el marqués, y contando por débil obstáculo la resistencia que últimamente habia opuesto, pensaba convertirle en un poderoso auxiliar contra su marido, sin reflexionar que este, por su parte, tendria la misma idea. Fué, pues, ella la primera que entabló con aire de gracioso enfado la gran cuestion de la vuelta á Limoges.

—Siempre tengo mucho gusto en ver á Vd., le dijo, pero hoy mas que nunca. Mr. Gastoul no tardará en volver á casa, y á pesar de lo que Vd. me dijo el otro dia, cuento con que le reducirá á la razon.

—Señora, respondió el marqués, á quien pienso reducir primero á la razon es á Vd.; y este atrevimiento que de parte de cualquiera otro podria parecerle extraño, no la sorprenderá viniendo de un espia.

Esta última palabra, pronunciada de una manera expresiva, hizo salir repentinamente los colores al rostro de Mad. Gastoul, que contestó tartamudeando:

—¿Un espia! Yo jamás he dicho eso.

—Y ¿no lo ha escrito Vd. nunca?

Turbada por esta pregunta, que suponía el conocimiento de una chanza que solo debían saber ella y Epenoy, la joven sintió un momento de confusion inexplicable y en lugar de responder bajó los ojos. Al ver aquella confusion se creyó el marqués suficientemente vengado, y en vez de aprovecharse de la ventaja que habia conseguido, como acaso hubiera hecho otro menos generoso, estuvo á punto de arrepentirse de lo dicho.

—El espia ruega á Vd. que levante esos hermosos ojos, continuó con una melancólica sonrisa, porque aunque Vd. le trata muchas veces bien mal, no le es posible tenerla rencor. Además espera no desagradar á Vd. hoy, porque la trae buenas noticias.

—¿Qué noticias? preguntó Mad. Gastoul atreviéndose á mirarle.

Monsieur de Morsy sacó del bolsillo un papel cerrado y se le presentó en silencio á la joven. Esta rompió el sello maquinalmente, pero cuando quitó el sobre y

encontró sus dos cartas á Epenoy, sintió una emocion tan viva que el marqués tuvo que sostenerla y sentarla en una silla.

—Cálmese Vd. hija mia, le dijo con aquella ternura indulgente y resignada que solo es propia de los viejos; todo está remediado y nada tiene Vd. que temer. La señorita de Boissier no se atreverá á decir ni una sola palabra, yo respondo de su silencio; Epenoy espero que callará tambien y ademas su indiscrecion seria poco peligrosa estando en poder de Vd. las dos cartas. En cuanto á mí, creo que puede Vd. estar segura de que no la he de faltar.

—¡Qué idea habrá Vd. formado de mí! exclamó ella ocultando el rostro entre las manos. Estoy segura de que Vd. me desprecia.

—Yo! ¡Despreciar á Vd. yo, que la quiero.... como la querría un padre!

—¿Y no lo merezco? Ah! solo ahora conozco mi falta.

—Diga Vd. su imprudencia, porque hasta ahora no hay otra cosa en la conducta que ha observado. ¿Qué muger á su edad de Vd. y en su situacion no tiene un momento de irreflexion y de arrebato? No exagere Vd. una falta fácil de remediar todavia, pero recuerde el peligro de que hoy se ha librado, y sea ese recuerdo un aviso para lo sucesivo. ¿Qué no hubiera podido suceder si en lugar de venir á parar estas cartas á manos de un hombre que tanto aprecia á Vd. hubiesen quedado en poder de una enemiga poco escrupulosa, y de un joven entre cuyas virtudes no brilla demasiado la discrecion? ¿Se necesita mas para perder á una muger? Y Vd. que es tan noblemente orgullosa; cuánto no hubiera padecido si hubiese tenido que sufrir los desdenes de una sociedad implacable!

—Tiene Vd. mucha razon, respondió Mad. Gastoul; solo Vd. es quien me da buenos consejos.

Mr. de Morsy apretó con efusion la mano que le alargaba la joven, y volviendo á tomar la palabra con voz animada, continuó:

—Pues ya que conoce Vd. que mis consejos son buenos sígalos Vd. por Dios. Vd. ve que su permanencia en Paris es peligrosa; la fiebre que se respira aqui es la que ha turbado por un momento la serenidad de su alma. ¿No recuerda Vd. aquellas reuniones sencillas que teniamos en nuestras casas de campo, aquella existencia tan tranquila, aquellos placeres tan puros? Entonces

era Vd. feliz, ¿lo es Vd. ahora? ¿No tiene Vd. deseo ninguno de ver á su familia, que la espera con impaciencia, su casa entristecida por la ausencia de tan amable dueño, su jardín lleno de flores, sus pobres que ya creen que los ha olvidado? Vaya Vd. á Limoges, señora, yo se lo suplico. He entregado á Vd. esas dos cartas sin poner condicion alguna; y sin embargo; qué no hubiera Vd. hecho por recogerlas! Pero para mi hubiera sido cruel no deber su consentimiento sino á la necesidad y á la violencia; yo quiero obtenerle de los nobles instintos de su corazón. Sepa yo que al esperar de Vd. un generoso esfuerzo, no he presumido demasiado de su carácter, de su razón y de su virtud. Marchará Vd. ¿no es verdad?

—Vd. solo es mi verdadero amigo, dijo Mad. Gastoul, arrebatada por la emoción del momento; marcharé.

En el instante mismo en que pronunciaba esta palabra decisiva, se abrió la puerta y entró en la sala Luis de Epenoy cuya fisonomía anunciaba una tempestad próxima á estallar.

La conversacion de Mad. Gastoul y el marqués se veia interrumpida en el momento en que la primera, un poco repuesta de su emoción iba á tratar de satisfacer su curiosidad. Entre los hechos inexplicados pero seguros que presentaba la restitution de sus cartas, la habia sorprendido singularmente uno, y la habia irritado sobremanera. El hombre á quien se inclinaba su corazón, habia perdido ó se habia dejado coger el billete que le habia escrito, y fuese descuido, atolondramiento ó indiscrecion, la falta era odiosa; era uno de aquellos crímenes que una muger perdona dificilmente. Asi es que estando ya incomodada contra Epenoy se aumentó mucho su enfado al verle llegar tan fuera de tiempo y entrar en su casa de una manera tan poco ceremoniosa. Arreglando, pues, al momento su semblante á las circunstancias, le recibió con un ademan glacial, y al mismo tiempo que le saludaba miró con afectacion á las manecillas de la péndola, que aun no señalaban las doce. A pesar de su agitacion, no se ocultó á Epenoy aquel lenguaje mudo destinado á darle á conocer la importunidad de su visita; y aunque le desconcertó algun tanto aquel recibimiento, que hacia mas duro la presencia del marqués, trató de disimular su descontento.

—Señora, dijo con una sonrisa forzada, espero que

Vd. me disimulará esta visita siendo todavía tan temprano; yo no me hubiera tomado la libertad de presentarme en su casa de Vd. á esta hora, si al pasar por aquí no hubiese visto á la puerta el coche de Mr. de Morsy, que me hizo creer que estaba Vd. visible.

Mad. Gastoul no dió otra respuesta á esta apología que una ligera inclinación de cabeza, y volviéndose inmediatamente hácia el marqués le preguntó, como siguiendo la conversacion interrumpida por Epenoy:

—Y Vd. ¿tardará mucho en ir al Limosino?

—A fines de mayo, respondió Mr. de Morsy, á menos que el pleito que me obliga á permanecer en París no dure entonces todavía.

—Por consiguiente yo voy dos meses antes. Ya verá Vd. como no pierdo el tiempo; cuando Vd. llegue ha de estar ya construido el kiosqui de la isla pepueña, y la primera vez que venga Vd. á vernos comerá en él con nosotros.

—¿Cómo señora! Pues que ¿se vuelve Vd. á Limoges? preguntó Epenoy, muy sorprendido de lo que acababa de oír.

—Si señor, respondió secamente Mad. Gastoul.

—¿Muy pronto?

—Lo más pronto que pueda.

—Pues es una resolución bien repentina, porque estos dias pasados decia Vd. lo contrario. ¿No pensaba Vd. permanecer en París parte del verano?

—He cambiado de opinion.

El laconismo de las respuestas de Mad. Gastoul, el tono decisivo con que las pronunció y la mirada altiva con que fueron acompañadas, encantaron al marqués tanto como incomodaron á Epenoy.

« ¿Qué mala yerba habrá pisado? se decia á sí mismo este último: apostaría á que es algun nuevo enredo de este viejo entrometido.»

Miró de soslayo al marqués, y le vió sonriéndose con aire de aprobacion. Entonces, no pudiendo ya contener su despecho le dijo:

—Señor marqués, vengo de su casa de Vd. y deseaba hablarle un momento.

Antes que el marqués respondiese se levantó Madame Gastoul y dijo:

—Aquí pueden Vds. hablar; entretanto yo voy á vestirme, porque la víspera de un viaje hay muchísimas cosas que hacer.

—¿Se va Vd. mañana, señora? preguntó Epenoy con una vehemencia mal comprimida.

—Eso dependerá de Mr. Gastoul; por mí, ya quisiera haberme ido. Paris es muy hermoso, pero no está uno bien sino en su casa. Mr. de Morsy ¿tendrá Vd. la bondad de acompañarme á hacer varias compras que necesito? Siento incomodar á Vd. pero acaso esa sujecion le durará hasta la hora de comer.

—Yo estoy siempre á las órdenes de Vd. señora, respondió inmediatamente el marqués.

Epenoy conoció bien lo que significaban aquellas palabras, y se dijo á sí mismo: «Es un modo muy fino de darme á entender que no piense en volverla á ver hoy. Pero ¿qué he hecho yo á esta caprichosa?»

A pesar de su mal humor dirigió una mirada suplicante á la jóven, mas ésta, lejos de ablandarse con aquella solicitacion, le dijo en tono frio y de etiqueta:

—Es muy posible, caballero, que no tenga el gusto de ver á Vd. otra vez antes de marchar. En tal caso vea qué manda para Limoges.

Epenoy bajó la cabeza, aunque el corazon rebotaba de cólera, y cuando levantó la vista, la coqueta corregida estaba ya cerca de la puerta de su habitacion.

—¿Está Vd. contento de mí? preguntó en voz baja á Mr. de Morsy que la habia acompañado hasta aquel punto.

—Es Vd. un ángel, respondió el marqués, en cuyo semblante se pintaban la satisfaccion y la alegría.

Acaso el hombre de cincuenta años veía por un prisma demasiado lisonjero la conducta severa que acababa de observar Mad. Gastoul con su amante, pues el despecho tenia, cuando menos, tanta parte en ella como la razon; pero cuando una accion es buena ¿para que se ha de ir á investigar su causa? La virtud es una fruta muy hermosa que debe admirarse con la vista; pero sin llegarla con la mano, porque á veces una presion indiscreta hace salir jugo que no es tan puro como prometia la exterioridad.

Con la alegría en los ojos y en el corazon por mas que se esforzaba á disimularla, volvió Mr. de Morsy hácia el amante desconcertado cuya desgracia acababa de conseguir.

—¿Tiene Vd. alguna cosa que decirme? le preguntó en tono amistoso, pues en medio de su alegría estaba dispuesto á perdonarle el que fuese su rival. Hable

Vd. mi querido Luis; ¿tendré la dicha de poderle ser útil en algo?

Esta pregunta, hecha de buena fé, pareció á Epenoy una burla intolerable, y no pudo menos de sonreirse amargamente.

—No señor, contestó con un acento que sin faltar á la deferencia que exigía la edad del marqués manifestaba una cólera concentrada y próxima á estallar; no tengo que pedir á Vd. ningún favor sino una explicacioncita. Vd. es amigo de mi madre; conozco los miramientos que se deben á ese título y espero no olvidarme de ellos; si se me escapa, á pesar mio, alguna palabra un poco viva, ruego á Vd. desde ahora que me la perdone, pero si consigo explicarme en los términos convenientes, esa moderacion será muy meritoria, porque nada es tan difícil de digerir como una cólera legítima:

—¿Con que está Vd. encolerizado? replicó el marqués en tono tranquilo.

Epenoy parece que empleó mentalmente la receta calmante que consiste en pensar siete veces lo que se vá á decir antes de hablar, pues estuvo un rato en silencio y al fin exclamó:

—Creo que no falto al respeto que debo á Vd. con decirle que daría de muy buena gana la mitad de cuanto poseo, porque en este momento tuviese Vd. mi misma edad.

—Y yo amigo mio, respondió el otro sonriéndose, daría por eso todos mis bienes, aunque además tuviese que pagar el rejuvenecimiento con un paseito con Vd. al bosque de Bolonia ó á Vincennes.

Segun eso ¿Vd. confiesa que tengo derecho á quejarme de su conducta? Pero vamos por partes. Permitame Vd. primero que le haga una pregunta: ¿Es cierto que anoche le entregó á Vd. la señorita de Boissier una carta?

—Es muy cierto.

—Muy bien; pues ahora tendrá Vd. la bondad de decirme qué se ha hecho de esa carta, sobre la cual creo que tengo yo un derecho legítimo.

—Está en manos de una persona, cuyos derechos en ese punto son, por lo menos, tan legítimos como los de Vd.

—Ah! Eso es lo que me ha proporcionado el recibimiento glacial que acabo de tener. Ahora comprendo

que Vd. se complace en su propia obra , pero no puedo menos de decirle lo que pienso de semejante modo de proceder. Es odioso , continuó Epenoy animándose por grados, es infame tratar á un hombre como Vd. me está tratando hace tres meses. Si señor, sépalo Vd.; amo á Mad. Gastoul , porque todo el mundo tiene derecho á amarla, y Vd., mismo vive Dios, usa de ese derecho como yo.

—¿Vd. piensa lo que dice? exclamó el marqués en tono sério.

—Si señor, lo pienso muy bien, porque no soy ciego. Somos rivales y eso nada tiene de particular. Por mi parte trato de agradar, Vd. la hace la corte por la suya; enhorabuena, cada uno haga para sí y Dios para todos. Esto es lo que se hace entre personas bien educadas; pero ¿es eso lo que Vd. ha hecho conmigo? ¿He procurado yo impedir á Vd. que se valga de todos los medios que quiera para conseguir su objeto? Si Vd. puede lograr su amor lógrele enhorabuena, yo no me opondré á ello; ¿por qué no tiene Vd. la misma tolerancia conmigo? ¿De donde nace esa obstinacion, ese encarnizamiento á cerrarme el camino? Si Vd. fuese casado podría suponer que era enemigo mio por espíritu de cuerpo, pero no siéndolo ¿no es la misma nuestra posicion?

—Si, con la diferencia de veinte y cinco años de edad; dijo Mr. de Morsy, ahogando un suspiro.

—Y ¿qué importa eso?

—Eso hace que yo mire con frialdad y con razon una cosa que Vd. juzga con arreglo á las pasiones de un joven. Escúcheme Vd. Luis; desde luego aleje Vd. de su imaginacion la absurda idea de una rivalidad que mi edad haria ridícula. Yo no estoy enamorado, como acaba Vd. de suponer, pero profesó á esa señora una amistad paternal.....

—Oh! paternal!

—Si señor, paternal. Su marido no cuida de ella tanto como debería.....

—No diga Vd. mal de él, interrumpió Epenoy sonriéndose á pesar de su mal humor; es un hombre excelente, y sabe vivir en el mundo.

—Casada con un ente semejante, continuó el marqués con una indignacion de desprecio, se encuentra expuesta á mil peligros. ¡Ojalá mi amistad, que á Vd. le parece tan incómoda, y mi afecto, que Vd. trata de espionage, puedan librarla siempre de ellos! En la posicion

en que se encuentra, admitir el amor de un hombre, y sobre todo el de Vd. es acarrearle pesares muy seguros.

—No calumnie Vd. á mi amor, que es sincero y profundo.

—Hable Vd. mas bajo, pues está en la pieza inmediata y podría oírnos. Si el amor de Vd. es tal como supone, debe conocer las fatales consecuencias que puede traer á su tranquilidad. Supongamos que corresponda á ese amor, continuó con voz alterada, será hacerse infeliz para toda la vida. Un poco antes ó un poco despues es preciso que vuelva á Limoges; ¿qué sería entonces de ella, si de veras le amase á Vd.? Y Vd. mismo ¿qué haría en ese caso?

—Seguirla á todas partes.

—Para desacreditarla á los ojos de todo el mundo, en una ciudad pequeña que, como todas las de su clase, es un foco de chismes y de murmuraciones. Ese paso sería mas que una locura; sería una acción infame y Vd. no sería capaz de cometerla. Vamos, querido Epenoy, sea Vd. razonable. Vd. es joven y yo no quiero que tenga las virtudes de un anacoreta; pero ¿faltan en París mugeres dignas de agradarle? ¿No es tiempo ya de que vaya Vd. pensando en casarse?

—¿Ha visto Vd. á mi madre! dijo irónicamente Epenoy

—Si, señor; he visto á su buena madre de Vd. Hemos hablado mucho tiempo de Vd. y de sus bellas cualidades, un poco de sus calaveradas, y sobre todo de los proyectos, dictados por el amor y la ternura, que forma para Vd. en lo sucesivo. Su madre de Vd. me ha hablado con el corazon en la mano, como debía hacerlo con un amigo tan antiguo, y no le ocultaré que el mal estado en que Vd. tiene sus bienes le causa alguna inquietud. Daria cualquier cosa por ver á Vd. salir de esa vida ociosa, desarreglada y al mismo tiempo monotoná. Es imposible que un hombre del talento de Vd. no conozca la vaciedad de ese género de vida, y estoy seguro de que con mucha frecuencia la sociedad de esos moralvetes con quien Vd. se junta le parece lo que es en realidad. Su madre de Vd. al manifestarme el placer que tendría en verle cambiar de conducta, me indicó algo de arreglo de sus negocios. Vd. tiene deudas y no me parece que ha de estar muy distante de pagarlas.

—A eso no me opondré yo, respondió con prontitud el hijo pródigo.

—Pero ya conoce Vd. que para eso pondria alguna condicion.

—¿Que me retirase à la Trapa acaso?

—No se trata de la Trapa, sino de dar algun paso que probase que tiene Vd. intencion de justificar las bondades de su madre, reformando su modo de vivir. La prueba que se exige de Vd. nada tiene de desagradable. ¿Qué diria Vd. de un viajecito à Italia, à Alemania, en fin, à donde quisiese?

—Por ejemplo, à Limoges; exclamó Epenoy con acento irónico.

—Me parece que la chanza no viene à cuento, replicó el marqués en tono sério.

—Y à mí me parece que menos viene à cuento que me quieran predicar sermones cuando tengo motivos para quejarme. Nuestra conversacion ha descrito una curva terrible; permítame Vd. que volvamos à nuestro punto de partida.

El jóven enamorado iba sin duda à recapitular sus quejas contra el marqués, mas se lo impidió Mr. Gastoul, que en aquel mismo instante entró en la sala.

—Buenos dias, señores, dijo con la sequedad de un hombre cargado de negocios y cuidados. Que tal marqués ¿habló Vd. à mi muger? ¿A qué altura nos hallamos?

—Mad. Gastoul està dispuesta à ir con Vd. à Limoges, respondió Mr. de Morsy en tono sério.

—Bravísimo! es Vd. un hombre como hay pocos; exclamó el marido frotándose las manos, mientras Epenoy se burlaba entre dientes. ¿Qué lástima que ese maldito pleito le obligue à Vd. à permanecer en Paris. Si no fuese por él estoy seguro de que hubiera Vd. llevado la condescendencia hasta el punto de venir con nosotros. Hubiera Vd. sido mi guia en la patria de Pourceaugnac.

—Siento mucho no poder complacerle en eso, respondió el marqués; pero ya sabe Vd. que en este momento me es imposible salir de Paris.

Monsieur Gastoul se volvió hácia el amante de su muger, como inspirado repentinamente, y exclamó:

—Voto va! Vd. no tiene pleitos; el carnaval ha terminado ya; un *leon* como Vd. no puede decentemente pasar el verano en Paris; ¿quién le impide à Vd. venir con nosotros à dar una vueltecita por el Limosino?

—Absolutamente nadie, respondió Epenoy, cuyos ojos

brillantes con la satisfacción se fijaron como burlándose en la fisonomía consternada de su rival.

—Y ¿será Vd. capaz de conceder un poco de tregua á sus víctimas de París, para venirse á pasar pastoralmente un mes ó dos en nuestro desierto?

—No solo soy capaz, sino que tendré en ello la mayor satisfacción. Cabalmente el médico me ha mandado los aires del campo.

—Pues entonces, toque Vd., dijo Mr. Gastoul alargándole la mano.

—Con mil amores.

—Pero no crea Vd. que voy á dejarle gozar de las delicias campestres antes de mi elección. No, amigo mio los negocios lo primero. Además, no quiero ocultar á Vd. que entra un poco de egoísmo en mi invitación, porque cuento con sus talentos diplomáticos para adquirir partidarios. Desde luego yo he de dar algunas comidas, y Vd. tendrá la bondad de auxiliar á Mad. Gastoul, porque yo con mis distracciones continuas soy un detestable jefe de casa, mientras que Vd. es un Anfitrión de primer orden. Después me ayudará Vd. á manejar la materia electoral, porque es necesario que haga Vd. su aprendizaje. En este momento no piensa Vd. mas que en agradar á las mugeres lindas y engañar á los pobres diablos de los maridos, pero dentro de algunos años, cuando Vd. se halle ya casado, y no sirva mas que para diputado, le entrará la ambición, y bueno será que para entonces haya estudiado por práctica el modo de engolosinar constitucionalmente á los buenos electores. Una elección es una verdadera caza de pájaros con reclamo. Ya verá Vd. como se divierte.

—Desde ahora me divierto en pensarlo; contestó Epenoy riéndose malignamente.

—Pues asunto concluido. Acaban de decirme que mi muger se está vistiendo; voy á darle las gracias por el sacrificio que hace por mí, y á comunicarle lo que acabamos de tratar. Espéreme Vd. aquí.

Diciendo así, el paciente marido se dirigió hácia la habitación de su esposa. Luego que salió de la sala, Mr. de Morsy que, durante el final del diálogo anterior habia guardado el mas profundo silencio, se acercó á Epenoy, cuya sonrisa burlona parecia que le insultaba, y le dijo imperativamente.

—No piense Vd. en ir á Limoges.

—Si iré por cierto; respondió él en tono decidido.

—Pues yo le digo á Vd. que no irá.

—Y ¿quién será quien me lo impida?

—La fuerza, si no son bastantes la razón y la delicadeza.

—Y ¿quién se encargará de hacer uso de esa fuerza?

—Yo; respondió con firmeza el marqués. Hasta aquí he usado con Vd. el lenguaje de la amistad, pero si me obliga á ello, emplearé otros medios mas eficaces. Si en el dia no hay Bastilla en que encerrar por una real órden á un jóven de mala conducta, hay cárceles destinadas para los que no pagan sus deudas. Vd. me debe tres mil francos.

—¡Yo le debo á Vd. tres mil francos! Pues lo ignoraba completamente.

—Si señor; tres mil francos, en tres pagarés firmados por Vd. á favor de Mr. Jolibert, y endosados por este á mi órden. Esa cantidad es exigible hace ya muchos dias y su falta de pago lleva consigo la prision. Yo sé que Vd. no tiene dinero, y ahora le declaro que si no me dá su palabra de honor, de que no irá á Limoges, hoy mismo salen á campaña alguaciles y escribanos.

—Pues que vengan á mi casa y yo les haré saltar por la ventana, exclamó el jóven exasperado por aquel contratiempo. Además, continuó en tono mas tranquilo, de aquí á mañana yo encontraré dinero, é ire á Limoges, y todos los diablos del infierno no me impedirán que concurra á la casa electoral que quiere hacer este honrado ciudadano; y si puedo atraparle á el mismo.....

—Calle Vd. que viene; dijo Mr. de Morsy, prudente aun en su cólera.

En efecto, entraba en la sala Mr. Gastoul, y se encaminaba hácia los dos rivales como contrariado.

—Amigo Epenoy, dijo al fin dirigiendo á este la palabra con una sonrisa forzada; me temo que me adelanté demasiado en lo que manifesté antes. Vd. no sabe lo que es estar casado; no siempre es uno dueño de hacer lo que quiere. Mad. Gastoul, á quien he participado nuestro proyecto, dice que tendria mucho gusto en recibir á Vd. en su casa, pero me ha hecho observar que acaso pareceria extraño en Limoges.... Ya sabe Vd. lo que són los pueblos de provincia.... una hipocresia refinada.... y de todo murmuran.... En una palabra, mi muger teme, y acaso con razon, que el tener en casa á

un jóven como Vd. dé lugar á habladurias desagradables que desea evitar. ¿Cómo ha de ser, amigo mio? Ahora paga Vd. el tener buena figura. Sin embargo, creo que eso no impedirá el que mas adelante vaya á vernos algunos dias.

Al paso que Mr. Gastoul anunciaba esta declaracion desagradable, arrugaba Epenoy el entrecejo, y la fisonomía del marques recobraba su serenidad.

«¡Coqueta infernal!» decia el uno interiormente.

«¡Angel del cielo!» pensaba el otro para si.

A pesar de la formal determinacion de un rompimiento que anunciaba la conducta de Mad. Gastoul, Epenoy no se dió por vencido. Tres dias seguidos se presentó en casa de su amada, mas esta se mostró tan obstinada en su virtuosa resolucion como él parecia decidido á continuar su persecucion amorosa. Fuese un esfuerzo de la razon, fuese un resto de despecho, Mad. Gastoul fué inexorable en no recibirle, y al tercer dia el amante furioso pero no desesperado, supo por el mismo marido, que le recibia siempre de la manera mas amistosa, que la mañana siguiente debian marchar los dos esposos. A la hora indicada por el benévolo marido, los habitantes de la calle de Provenza, pudieron observar en la acera no lejos de la calle de Taitbout un jóven embozado en una capa á la española. Despues de haber llevado un planton aun mas largo que el que dias antes habia llevado en las Tullerias, percibió Epenoy una silla de posta que salia de una de las casas que caian enfrente del punto en que se habia colocado. Al momento levantó la capa hasta los ojos y permaneció inmóvil.

En uno de los ángulos de la silla de posta iba Monsieur Gastoul con una gorrita en la cabeza, sus anteojos azules, y como entregado á una de aquel las meditaciones de política sublime que en él eran tan frecuentes. A su derecha iba su esposa, envuelta en una elegante capa de viage, y sumergida en una meditacion no menos profunda que la del marido. Visiblemente preocupada, á pesar del aire de indiferencia que procuraba aparentar, al salir de la casa dirigió por toda la calle una mirada escrutadora que al momento descubrió al amante puesto en emboscada; y viendo este que el ambicioso candidato, segun su costumbre, se ocupaba de todo menos de las acciones de su muger, se descubrió el rostro y dirigió á la cruel reina de su corazon una mirada tan elocuente, un semblante tan pálido y un gesto

tan humilde y amoroso, que Mad. Gastoul por una recaída repentina, no pudo menos de llevarse la mano al cabello.

Mas esta escena fue verdaderamente un relámpago; un momento despues habia desaparecido la silla, y Epenoy volviéndose atras se embozó con movimiento digno de un andaluz, y tarareando una marcha triunfal se dirigió al café inglés, donde almorzó con muy buen apetito.

CAPITULO IX.

La marcha de Mad. Gastoul quebró el hilo que habia unido durante algun tiempo á los diversos personajes de nuestra historia; cada cual de ellos echó por su lado y volvió á su vida acostumbrada, como en el teatro los actores que han representado juntos una pieza, se separan luego que cae el telon. Pero aqui la pieza no se habia acabado, y antes de pasar al último acto deberemos completar algunos pormenores accesorios pero no inútiles.

La señorita de Boissier, puesta en libertad el dia siguiente al de su raptó, volvió á su casa en un estado tal de exasperacion, que aquella crisis, unida al disgusto producido por tantos chascos matrimoniales, y á ciertos humores ácidos que son propios de algunos célibes, produjo una enfermedad inflamatoria que la hizo quedar en cama algunas semanas y la tuvo á las puertas de la muerte. Sin embargo, á pesar de su furor contra Epenoy, Alfonsina como habia bien previsto su atrevido robador, se guardó muy bien de contar á nadie su aventura, porque un raptó por poco sério que pueda ser, es mala recomendacion para un esposo, y la solterona, superior á todos los reveses de la fortuna, estaba muy lejos de renunciar al matrimonio.

La enfermedad de la señorita de Boissier dió á su protectora un descanso bastante largo, para terminar durante él dos ó tres pequeñas negociaciones matrimoniales que habia descuidado algun tanto por atender esclusivamente al establecimiento de *la pobre Alfonsina*. Pero semejante morralla de casamientos no podia ser sino un intermedio para el espíritu activo de Mad. de Epenoy, cuya imaginacion ocupó bien pronto, con exclusion de todo otro cuidado, un negocio muy sério y que la tocaba muy de cerca.

Mr. de Morsy y Luis de Epenoy se habian vuelta á

encontrar muchas veces sin buscarse ni evitarse, y cuando se hallaban se abstendian de comun acuerdo de hablar de Mad. Gastoul, y parecia que hubiesen olvidado que habian sido rivales. Vivian, pues, como anteriormente, el joven mostrando mucha deferencia al amigo de su madre, y el hombre de cincuenta años lleno de benevolencia para con el hijo de su antigua amiga.

Epenoy parecia que llevaba con resignacion el golpe que habia sufrido su amor, y poco tiempo despues, otros cuidados de naturaleza poco sentimental vinieron á distraerle de las penas amorosas. Ostigado por sus acreedores, conoció al fin la necesidad de poner orden en sus cosas, y resignándose á un paso que por mucho tiempo habia desechado su orgullo, se decidió, para evitar una ruina completa, á recurrir á la providencia terrestre que se llama amor maternal.

Una mañana, pues, compareció ante su madre el hijo pródigo, no pálido, descarnado, lleno de lodo y cubierto de harapos como el de la Biblia, sino elegante, ligero, gracioso, y con la sonrisa en los labios. Despues de haber declarado en tono poco contrito, que venia á hacer una confesion general de sus enormes pecados se sentó en un alzapies delante de su madre y empezó una narracion tan cómica de sus errores, imitó con tanta gracia las fisonomias feroces de sus acreedores, pintó con un tono tan patético las torturas que le esperaban en las celdillas de la calle de Clichy, si no pagaba sus deudas, que la buena madre embobada de ver al hijo que á cada pecado le besaba humildemente las manos, no pudo menos de abrazarle tambien, como por forma de absolucion.

—Levántate, bribon, le dijo cuando hubo acabado la confesion de sus culpas; se pagarán todas las deudas pero cuidado con hacer otras nuevas. Me harás un poder para que yo pueda desempeñar tu hacienda de Tillots, y tendrás la bondad de salir inmediatamente para Italia, donde permanecerás hasta que yo te llame. La penitencia no me parece que es severa, y te servirá de pretexto para romper las amistades, nada escogidas por cierto, que cultivas hace algunos años.

En medio de la indulgencia y dulzura de este lenguaje, se notaba una resolucion firme que no trató de destruir Epenoy. Sea que, cediendo á la necesidad, hubiese tomado el partido de obedecer sin discusion, sea que alguna idea reservada hubiese debilitado su aver-

sion á los viages, prometió á su madre una sumision absoluta, y cumplió su palabra marchando algunos dias despues. Al cabo de un mes, Mad. de Epenoy, á quien su hijo habia escrito una carta desde Génova, recibió otra con fecha de Roma en que le anunciaba que pensaba pasar en aquella capital la mayor parte del verano. Satisfecha, pues, de un resultado que parecia que se dirigia hácia una vida juiciosa y por consiguiente hácia un matrimonio que tanto deseaba, no pensó ya en otra cosa que en descubrir y conquistar para su hija el fenix de las herederas ricas.

Durante este tiempo se habia verificado en Limoges la eleccion de que hemos hablado, y á pesar del patronato de la junta de oposicion y de la elocuencia de su propia circular, Mr. Gastoul no habia sido electo. El mismo diputado vencido fué quien participó su derrota al marqués en una carta en que, bajo una indiferencia afectada é irónica se dejaban percibir el despecho y la rabia. «No soy diputado, le decia, y acaso no lo seré nunca; pero la imprenta vale tanto como la tribuna. Mañana salgo para mi casa de campo y alli pienso escribir durante el verano uno ó dos tomos por el estilo de las Cartas de Junius, imitando la manera de Courier, que harán reir sin gana á mas de cuatro de nuestros espadas políticos.»

Por lo que hace al hombre de cincuenta años, personaje principal de nuestra historia, permanecia en Paris, no solo por su pleito, sino por efecto de una determinacion muy prudente que habia tomado. Libre ya del tormento de los celos habia reflexionado que el único medio de evitar que se repitiesen era quitarles todo alimento, curándose radicalmente de una pasion insensata, y para ello habia tomado la heroica resolucion de no ir al Limosino, confiando la curacion de su locura á la ausencia, que es el gran medicamento contra el amor.

Por espacio de cerca de tres meses el marqués llevó heroicamente adelante su resolucion; pero ¡qué virtud tan enérgica necesitó para perseverar en ella! ¡Qué vacío tan profundo se habia formado de repente en su vida! ¡Qué soledad encontraba en medio de aquella multitud indiferente! ¡Qué ociosidad! ¡Qué fastidio! ¡Qué primavera tan triste!

Habia tomado ódio á las casas en que solia encontrar á Mad. Gastoul, y huia de todos los sitios que para él estaban llenos de aquel dulce y cruel recuerdo, pero

¿cómo sustraerse al recuerdo mismo que le seguía á todas partes? Las mas fútiles circunstancias, las casualidades mas ímpensadas, le recordaban á cada instante, á cada paso, la peligrosa imagen que quería olvidar. Si llegaban á su oído los sonidos de un piano, se le figuraba oír el wals en que habia admirado su gracia seductora, ó el romance que ella prefería cantar. Si pasaba junto á él una jóven de cuerpo esbelto y de continente gracioso, le recordaba que aquel era su modo de andar; y cuando parecia adormecida aquella continua preocupacion, unos cabellos rubios, un perfume, una flor, una nada, la resucitaba mas viva y dolorosa que nunca.

Al principio del verano ganó su pleito Mr. de Morsy, y se le acabó aquel cuidado, que á lo menos algunas veces le habia servido de distraccion, con lo cual el mal amoroso quedó dominador exclusivo y aumentó su violencia y su intensidad, de manera que el marques vino á caer en un triste abatimiento. A los que venian á felicitarle por haber ganado el pleito respondia con una sonrisa tan triste como si el triunfo hubiese sido su ruina. Nada conseguia arrancarle de sus melancólicas distracciones, en las cuales percibia sin cesar en lo mas interior de un valle y bajo la sombra de los castaños de Indias, al ser encantador pensamiento único de su corazon y tormento de su vejez; y estos pesares, esta tristeza, estos deseos, no tardaron en convertirse en una verdadera nostalgia. En la atmósfera de Paris se ahogaba Mr. de Morsy porque para su alma el aire y la vida se hallaban donde ella estaba; luchó sin embargo todavia algun tiempo, pero al fin sucumbió á la violencia de la pasion, y una mañana sin preparativos, sin meditacion, y hasta sin voluntad, por decirlo asi, impelido por una fuerza irresistible, salió para Limoges.

Una hermosa tarde del mes de junio, Mr. de Morsy, que habia llegado á su casa de campo una hora antes, se dirigia por una senda hácia la casa que habitaba Madame Gastoul, á un cuarto de legua de la suya. Caminaba con tal rapidez, que un jóven se hubiera fatigado de seguirle, pero á pesar de su impaciencia, sus ojos recorrian con avidez todos los pormenores de la campiña que atravesaba. Allí, al pie de aquella colina estaba el bosque de castaños de Indias, en el cual se habia sentado tantas veces á su lado; á la izquierda, en lo mas bajo del valle corria el rio en que estaba atada junto á unos

sauces, y moviéndose á voluntad de la corriente la barquilla que ella sabia dirigir con tanta gracia; en fin, al extremo del camino empezaba á distinguir entre los árboles la casita de fachada blanca y ventanas verdes que tantas veces habia visto en sueños en Paris. Turbado dulcemente por los recuerdos que se escitaban en él tumultuariamente, sentia nacer dentro de sí mil emociones gratas y deliciosas, flores perennes de una alma siempre jóven, y en aquel momento, celos, mal humor, pesares, desaliento, disgusto de la vida, todo lo olvidaba completamente. Iba á ver al angel amado, cuyas blancas alas habia protegido y librado de las manchas de un mundo corrompido, y se figuraba de antemano el recibimiento que le haria, acogiéndole como á un amigo, como á un salvador. ¡Qué recompensa! ¡Qué triunfo! ¿Podria prometerse dias mas felices la pasion correspondida? No se lo figuraba por lo menos, y pensando en las delicias que deben hallarse en el agradecimiento de una muger amada, le parecia mas ligera su vejez y menos insensato su amor.

En lugar de atravesar el patio principal, entró Monsieur de Morsy por una puerta pequeña abierta en las tapias contiguas á la casa, y llegó al vestibulo sin que le viese ningun criado. Subió la escalera sin hacer ruido y se dirigió á la sala en que acostumbraba estar Mad. Gastoul; la puerta se hallaba entreabierta, y tan conmovido como un muchacho que está enamorado por primera vez en su vida, la abrió con cuidado y aun dió un paso dentro de la sala; pero se detuvo al momento quedándose pálido como si le hubiesen clavado un puñal en el corazon.

A un lado de la sala, tendido en un sofá que cubrian una multitud de periódicos y folletos, dormia Mr. Gastoul con el sueño del justo. Cerca de una ventana su muger muellemente extendida en un sitial, tenia sobre las rodillas una labor de bordado, pero no trabajaba en ella, y enfrente Luis de Epenoy, sentado en un taburetillo y teniendo en la mano un libro, que no leia, parecia que adoraba á la hermosa, expiando de cuando en cuando el sueño del bendito marido. Las manos de los dos amantes se habian encontrado, sus miradas se confundian, y todo en ellos manifestaba inteligencia secreta, pasion mútua, amor satisfecho.

Próximo á desmayarse Mr. de Morsy se apoyó en el cerco de la puerta, y su movimiento, aunque pequeño,

sacó de su éxtasis á la pareja afortunada. Mad. Gastoul se levantó dando un salto de gamuza sorprendida, se puso encendida como una grana, y cediendo á un movimiento de confusion de que probablemente hubiera triunfado algunos años despues, salió precipitadamente de la sala. Al ruido de la puerta que cerró con violencia como si temiese que la persiguieran despertó Monsieur Gastoul, se incorporó en el sofa, se estregó los ojos, y percibió en fin á la puerta de la sala á Mr. de Morsy que contemplaba á Epenoy con aire espantado.

— ¡Es Vd. marqués! exclamó levantándose con precipitacion. ¡Cuánto me alegro! Ya creíamos que las delicias de Paris le habian hecho á Vd. olvidar el Limosino. Mad. Gastoul tendrá el mayor gusto en verle.... Pero ¿por qué mira Vd. así á nuestro amigo Epenoy, como si fuese algun animal raro? Ah! ¡Ya caigo! Vd. tambien ha creído lo del viage á Italia. ¡Vaya, vaya! ¡Si decia yo que era una invencion admirable!

Mr. Gastoul soltó una carcajada que no encontró imitadores, porque á pesar de su ordinaria frescura Epenoy estaba como desconcertado, y el marqués miraba, sin ver distintamente, y no oía mas que un zumbido confuso, pues la accion de sus sentidos parecia paralizada.

— Pero entre Vd. y no se quede así á la puerta, continuó el dueño de la casa, llevando hasta un sitio al marqués que se sentó maquinalmente sin decir una palabra.

— Ante todas cosas, prosiguió el dueño de la casa, cuya alegría parecia que tuviese necesidad de comunicarse, es preciso que le cuente á Vd. las proezas de nuestro comun amigo Epenoy, que se halla presente, y si no se rie de ellas, digo que tiene un esplin bien acondicionado. Hará mes y medio que el jóven Epenoy, á quien su mamá enviaba á viajar por Italia, se nos apareció aquí una mañana, aunque para venir á vernos habia tenido que separarse de su camino, prueba de amistad que yo le agradecí sobremanera. Nos contó desde luego que eso de ir á besar la chinela al Padre Santo le parecia una carga muy pesada, no porque un viage á Italia fuese penoso en sí mismo, sino porque todo lo que se hace por obligacion se mira con ódio por ese solo hecho, y en efecto, tal es el corazon humano; yo por mi parte jamas he sabido obedecer. Compadezcame de la suerte del peregrino, cuando de repente me ocurrió una idea felicisima. Y ¿quién le impide á Vd., le dije, viajar por Italia sin salir ni un solo dia

de Francia? Miróme el hombre como espantado, y yo riéndome en sus bigotes continué: Yo tengo amigos en Génova, en Roma, en Nápoles, y en otros puntos; les envío con sobre y cerradas, cartas escritas por Vd. á su madre con fecha de aquellas ciudades, y mis correspondencias no tienen mas trabajo que echarlas al correo para que vengan de Italia á Paris. En cuanto al contenido de las cartas, en mi biblioteca encontrará Vd. treinta obras relativas á Italia, de manera que sin salir de aquí podrá Vd. extenderse cuanto quiera acerca del Coliseo ó el Herculano, y esa erudicion no dejará de agradar mucho á Mad. de Epenoy. Mi amigo juzgó admirable el pensamiento y se adhirió á él de muy buena gana; se ha ido escribiendo la correspondencia italiana, y en Paris todos le creen por allá ¿Que le parece á Vd.?

Mr. Gastoul se dejó caer riendo á carcajadas sobre el respaldo del sofá, y cuando hubo reído bastante, se volvió hácia el jóven y le dijo muy familiarmente:

—Mientras yo hago compañía al marqués, vaya Vd. á ver dónde está mi muger; estoy seguro de que si supiese que se halla aquí nuestro amable vecino ya estaría con nosotros.

Epenoy que se encontraba con disgusto y violencia al lado del marqués, aprovechó la ocasion para retirarse, aparentando que iba á cumplir lo que Mr. Gastoul deseaba.

—¡Qué buen muchacho es este! exclamó Mr. Gastoul. Servicial, alegre, siempre contento; no tiene ninguna instruccion sólida, pero tiene gracia, chispa, lo que los ingleses llaman *humour*, y no deja de serme útil. Estoy escribiendo, como Vd. sabe, mis *Cartas* á imitacion de los folletos de Courier, y habiéndole confiado algunas partes cómicas para que las puliese, le han ocurrido chistes increíbles. Ya se las leeré á Vd. cuando esté acabada la obra, porque me parece que los señores electores de Limoges se arrepentirán de no haberme dado sus votos. En fin, es asunto concluido entre ellos y yo; al salir de su ciudad sacudí el polvo de las sandalias. Pero no dice Vd. nada; ¿qué tiene Vd? ¿Está Vd. malo?

—No; respondió Mr. de Morsy, haciendo un grande esfuerzo para pronunciar esta sola palabra.

—Epenoy no habrá encontrado á mi muger, continuó Mr. Gastoul, y voy yo á buscarla, porque si Vd. se volviese á su casa sin haberla visto, no me lo perdona-

ria, aunque eso no podría ser porque supongo que Vd. cenará con nosotros.

El sucesor de Courier salió á buscar á su muger, á quien no pudo encontrar en parte ninguna. Mad. Gastoul se habia refugiado en un bosquecillo del jardin, y allí confusa, humillada y tal vez arrepentida, esperaba que el marqués se marchase. Epenoy por su parte habia desaparecido tambien, y Mr. Gastoul cansado de hacer pesquisas inútiles volvió á la sala; mas con gran sorpresa suya no halló á nadie, pues Mr. de Morsy se habia marchado.

El dia siguiente despues de comer, anunció Mr. Gastoul que iba á pagar al marqués su visita, y Epenoy no pudo menos de acompañarle. Fueron, pues, juntos á casa de Mr. de Morsy, y encontraron á todos los criados sumidos en la mayor admiracion, pues dijeron que su amo, tan luego como volvió la víspera por la noche habia enviado á buscar caballos de posta á Limoges, y habia salido de alli antes de ser de dia, sin que nadie supiese á donde habia ido.

— ¡Es cosa extraña! dijo Mr. Gastoul á su huesped. ¿No observó Vd. ayer que habia un no sé qué de perturbacion en su fisonomia?

— Con efecto, continuó Epenoy que tenia interés en ocultar la verdadera causa de la conducta del marqués; pero eso no debe admirarle á Vd. porque mi madre que le conoce desde muy jóven, me ha contado que ya muchas veces se han notado en él extravagancias increíbles.

— Pues yo no lo habia observado nunca, pero realmente en esto de ahora hay algun poco de locura.

La marcha del marqués pasó asi por uno de los caprichos que suele producir la turbacion momentánea de las facultades intelectuales, y Mr. Gastoul, sin volver á pensar en este incidente sino alguna vez para compadecer á su vecino, continuó con nuevo ardor su importante obra destinada á oscurecer las cartas de Junius. Demasiado vano para ser accesible á los celos, cada dia se mostraba mas satisfecho de Epenoy, quien por su parte era cada vez mas amable con él y prestaba al escritor politico toda la causticidad de su ingenio, aunque haciéndoselo pagar bien caro. Asi pasaron hasta dos meses, pero al fin llegó un dia en que se descubrió en París el engaño de las cartas con fecha de Italia.

La señorita de Boissier, que tenia una gran correspondencia, como sucede á todas las solteras viejas, su-

po por una de sus amigas que vivia en Limoges , que el supuesto viajero se encontraba en la casa de campo de Mr. Gastoul , y como no dejaba de conservar algun rencorcillo á su impertinente robador , no quiso perder aquella ocasion de vengarse. Corrió , pues , á decirselo á Mad. de Epenoy , á quien contrarió mucho la noticia , no tanto porque la indulgente señora tuviese por criminal la obstinacion amorosa de su hijo , cuanto porque temió encontrar en aquellas relaciones , que creia ya desvanecidas , un sério obstáculo al magnífico casamiento que le preparaba , y para el cual ya habia puesto las primeras piedras.

Sin perder tiempo escribió una carta en que la sensatez y la ternura materna hablaban un lenguaje tan enérgico , que Luis no pudo menos de conmoverse , y no encontrando nada plausible que contestar á su madre se resignó á obedecerla. Dos ó tres meses antes , el colaborador de Mr. Gastoul hubiera opuesto acaso mas resistencia , pero ya habia venido el tiempo en auxilio de la razon. Habia disfrutado cien dias de amor feliz ; un gran imperio no ha durado mas , y muchas pasiones que se creen violentas , suelen durar menos. Asi , pues , el desenlace mas vulgar y mas inevitable terminó aquel amor que debia ser eterno. Sin duda hubo lágrimas y juramentos de amarse siempre ; pero juramentos que resisten muy mal á la ausencia , y lágrimas dolorosas en que solo pueden fiarse los que nunca han llorado.

La separacion de los dos amantes fue triste , apasionada , cruel ; pero antes de un año estaba casado Epenoy , segun deseaba su madre , porque habiendo llegado á la edad en que el interés y la ambicion hablan con mas fuerza que la frivolidad y la galanteria , habia creido que debia contraer lo que en el mundo se llama un casamiento excelente ; es decir , se habia casado con una gran cantidad de dinero. Mad. Gastoul llevaba entonces todavia el luto de su primer amor , pero su desesperacion se iba cambiando ya en melancolia , y sabido es que la melancolia hace buenas migas con la existencia , aunque aparente aborrecerla , y se alimenta con lo pasado sin renunciar por eso al porvenir.

Y en tanto que sucedian estas cosas tan comunes , un marido joven que olvida la fealdad de su muger y admira la hermosura de sus cabellos , y una víctima de amor derramando lágrimas sin un dolor verdadero , ¿qué le habia sucedido á Mr. de Morsy ? Esta pregunta

se estuvieron haciendo unos à otros sus amigos por espacio de dos años. Sin duda se hallaba viajando con el corazon traspasado por la flecha envenenada que no habia podido arrancar de él, pero ¿por qué países paseaba sus tormentos? Este punto fue siempre un misterio impenetrable. Al fin un dia se presentó Mr. de Morsy de improviso en una reunion del barrio de San German, y su presencia, en que no fijaron la atencion la mayor parte de las gentes, fue un objeto de viva curiosidad para los que estaban al corriente de su historia.

Entre las señoras presentes se hallaban Md. de Epenoy y la señorita de Boissier; la primera ocupada como siempre en casar á las demas, y la segunda deseando mas que nunca en contrar un marido. La protectora y la protegida estaban sentadas juntas, y Alfonsina que habia entrado en la categoria de alma del Purgatorio hacia algunos dias, parecia entregada á una negra melancolia, cuando sus ojos verdosos percibieron al hombre á quien detestaba mas en el mundo, pues aunque habia tomado el partido de aborrecer à todos, el marqués era objeto de un ódio particular! Al verle se sonrió malignamente, y volviéndose à su vecina dijo con un acento de compasion y desprecio:

—Mire Vd. allí á Mr. de Morsy. Pero; qué viejo está! Qué cascado! Cualquiera diria que tiene setenta años. Vea Vd.; ¡está lleno de canas! Y; qué flaco!; Y le ha puesto en ese estado una coqueta de provincia! ¡Pobre hombre!

Al observar los destrozos que habia causado el pesar mas que el tiempo en la persona de su antiguo amigo, sintió Md. de Epenoy una compasion verdaderamente dolorosa, é irritada de la ironía insultante que se traslucia entre las fingidas palabras de su protegida, respondió à esta mirandola con severidad.

—Señorita; es facil perdonar un extravio ridículo, pero no debe haber indulgencia para las malas intenciones. Vd. tiene mal corazon, y de hoy en adelante creeria cargar con una responsabilidad demasiado grande, si inclinase à un hombre à que se casara con Vd.

Diciendo así volvió la espalda la señorita de Boissier, à quien faltó poco para desmayarse al oír aquella sententia que la condenaba à un celibato forzado y perpétuo.

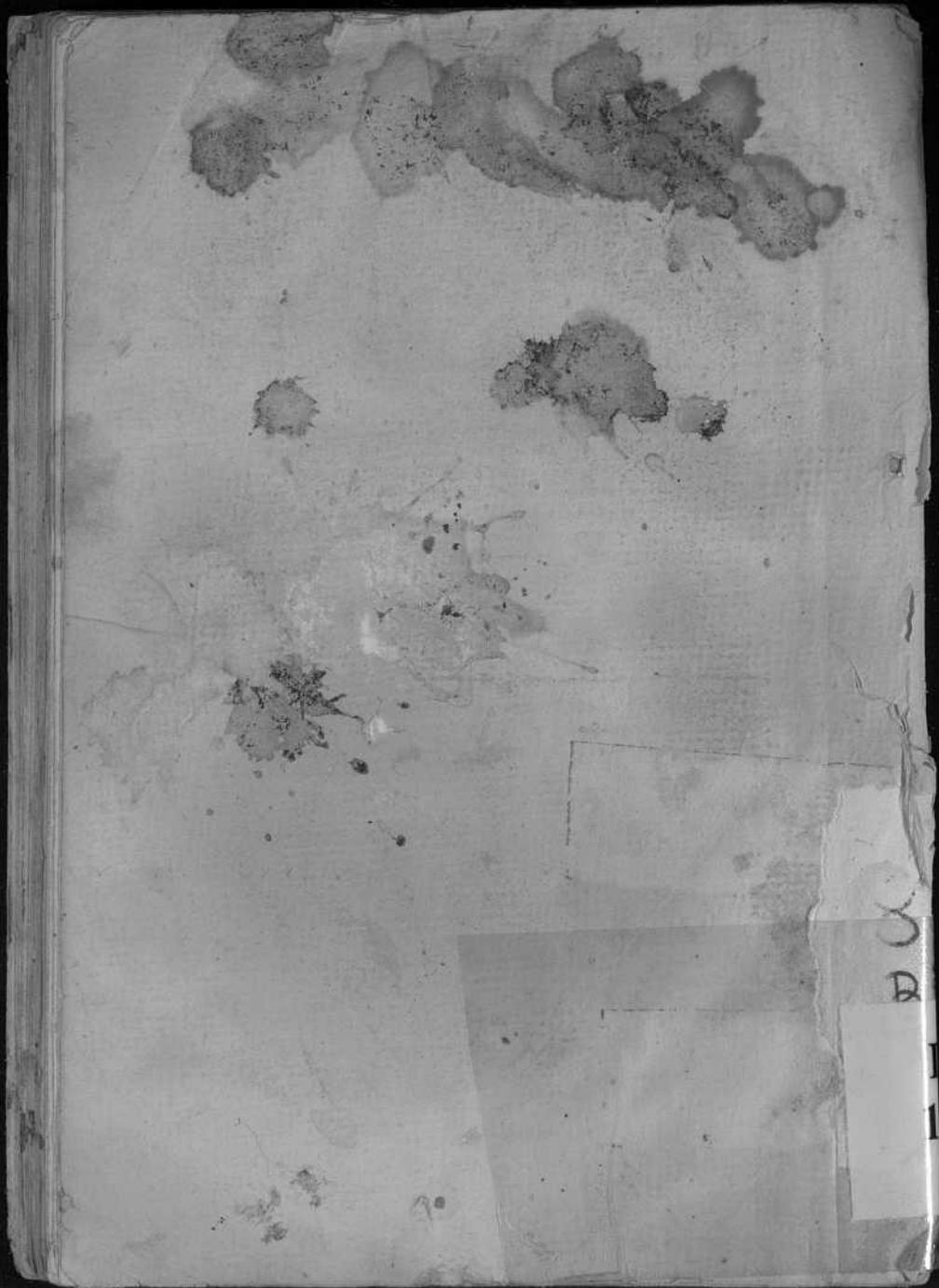
Desde aquel dia volvió Mr. de Morsy, á lo menos en la apariencia, à su vida acostumbrada; trató como antes à sus amigos y visitó las casas que frecuentaba en otro

tiempo. Eexcepto una vejez prematura, que podia atribuirse á diferentes causas, los que le veían le encontraban muy poco cambiado. Sus modales eran, como siempre habian sido, graves pero benévolos y aun afectuosos; hablaba poco, se sonreía rara vez y nunca tomaba parte en la alegría de los demas. Sin embargo, aquella gravedad, modificada por una urbanidad esquisita, nada tenia que no fuese propio de su edad y de su posicion, y al verle con un aspecto tan tranquilo, con una fisonomía tan serena y con un trato tan agradable, nadie hubiera podido adivinar que tenia en el corazon una incurable herida.

○ A los cincuenta años no se mata un hombre por una herida de amor, pero cuando ha recibido esta herida no sana de ella jamás. El alma á esa edad no puede adherirse ya á las ilusiones, hilos dorados y frágiles que desde lo alto del cielo echa la Esperanza á la juventud. Deseos impotentes, desaliento absoluto, desprecio de sí mismo, mortal tristeza en el corazon, tal es la suerte del imprudente que no ha buscado á tiempo en los vínculos y afectos de la familia un alimento al fuego que no han podido extinguir los años en su pecho. ¡Canas en la cabeza, una alma todavia ardiente, y sin familia á quien amar! ¡Fatal destino! En vez de burlarse de los que le sufren, como es muy comun hacer, debe tenérseles compasion, pues se encuentran bastante castigados por haber desconocido la ley divina que, dividiendo la vida del hombre en dos partes, ha dado un tesoro á cada una de ellas; el amor á la juventud, á la vejez la paternidad.









D-1

1154